

Un grupo de cuatro amigos que se resisten a ser anulados por el sistema, ven en el suicidio de Lola, una joven estudiante del sur de Rumanía que intenta escapar de la pobreza durante el régimen de Ceausescu, una razón para continuar resistiéndose. Porque La bestia del corazón nos habla de la resistencia que se ha de tener para que no destruyan nuestra individualidad. Y habla también de la corrupción y la asimilación social, de la violación de las normas, del hastío del mundo, de ser «un error para nosotros mismos». Herta Müller nos describe en esta sobrecogedora novela, llena de poesía, una sociedad que excava su propia tumba a través de la supresión y de las privaciones materiales: «Si nos mantenemos en silencio, nos odiamos a nosotros mismos. Si hablamos, nos volvemos ridículos».

Título Original: *Herztier*

Traductor: Blanch Tyroller, Bettina

©1994, Müller, Herta

©2009, Siruela

Colección: Nuevos tiempos (Siruela), 166

ISBN: 9788498413731

**Herta Müller**

**La bestia del corazón**

**Traducción del alemán de**

**Bettina Blanch Tyroller**

## La bestia del corazón

*Todo el mundo tenía un amigo en cada pedazo de nubees lo que pasa con los amigos en un mundo donde todo es terror también mi madre me dijo: es muy normal los amigos no vienen a cuentopienso en cosas más serias*Gellu Naum

Cuando callamos, nos tornamos desagradables, dijo Edgar. Cuando hablamos, nos tornamos ridículos.

Llevábamos demasiado rato en el suelo, delante de las fotos. Se me habían dormido las piernas de estar sentada.

Con las palabras en la boca aplastamos tantas cosas como con los pies sobre la hierba. Pero también con el silencio.

Edgar guardó silencio.

Aún hoy no puedo imaginarme una tumba. Sólo un cinturón, una ventana, una nuez y una soga. Cada muerte es para mí como un saco.

Si te oyen decir eso, dijo Edgar, te tomarán por loca.

Y cuando pienso en ello, tengo la sensación de que cada muerto deja tras de sí un saco repleto de palabras. Siempre me acuden a la mente el barbero y la tijera de manicura, porque los muertos ya no los necesitan. Y también se me ocurre que los muertos ya nunca más perderán un botón.

Tal vez intuyen cosas distintas a nosotros, dijo Edgar, quizás intuyen que el dictador es un error.

Poseían la prueba, pues también nosotros éramos un error para nosotros mismos. Porque en este país nos veíamos obligados a andar, comer, dormir y amar con miedo hasta que volvíamos a necesitar al peluquero y la tijera de manicura.

Alguien que sólo por el hecho de andar, comer, dormir y amar hace cementerios, dijo Edgar, es un error aún mayor que nosotros. Es un error para todos, un error dominante.

La hierba despunta sobre la cabeza. Cuando hablamos queda segada. Pero también cuando callamos. Y entonces, la segunda y la tercera hierba crecen a su antojo. Y pese a todo, somos afortunados.

Lola procedía del sur del país, y se advertía en ella una tierra que no había logrado salir de la miseria. No sé dónde se advertía, tal vez en los pómulos, en la comisura de los labios o en el centro de los ojos. Resulta difícil afirmarlo con seguridad, se trate de una tierra o de un rostro. Todas las tierras del país habían quedado sumidas en la miseria, también todos los rostros. Pero la tierra de Lola, ya se detectara en los pómulos, las comisuras de los labios o el centro de los ojos, era aún más pobre quizás. Más tierra que paisaje.

La aridez todo lo devora, escribe Lola, salvo las ovejas, los melones y las moreras.

Pero no fue la aridez lo que empujó a Lola a la ciudad. Lo que aprendo nada le importa a la aridez, escribe Lola en su cuaderno. La aridez no nota cuánto sé. Sólo lo que soy, o sea quien soy. Convertirme en alguien en la ciudad, escribe Lola, y regresar al pueblo al cabo de cuatro años. Pero no abajo, al camino polvoriento, sino arriba, a las ramas de las moreras.

También en la ciudad había moreras. Pero no en las calles, sino en los patios. Y no en muchos. Sólo en los patios de los ancianos había moreras. Y bajo el árbol había una silla de asiento acolchado y tapicería de terciopelo. Pero el terciopelo aparecía salpicado de manchas y desgarrado. Y alguien había rellenado el agujero desde abajo con paja. La paja estaba aplastada por el peso de quienes se sentaban, y pendía bajo el asiento como una trenza.

Si te acercabas a la silla desechada, podías distinguir las briznas de la trenza. Y comprender que algún día habían sido verdes.

En los patios con moreras, la sombra caía como un manto de tranquilidad sobre un rostro anciano sentado en la silla. Como un manto de tranquilidad, porque yo entraba en aquellos patios para mi propia sorpresa y raras veces regresaba. Y en aquellas raras ocasiones, un hilillo de luz que descendía en línea recta desde la copa del árbol sobre el rostro anciano mostraba una tierra lejana. Un escalofrío me recorría la espalda, porque aquella tranquilidad no procedía de las ramas de la morera, sino de la soledad de los ojos. No quería que me vieran en aquellos patios. Que alguien me preguntara qué hacía allí. No hacía nada más de lo que veía. Contemplaba las moreras durante largo rato. Y entonces, antes de marcharme, me volvía una vez más hacia el rostro de la silla. En aquel rostro había una tierra. Veía un muchacho o una muchacha abandonar aquella tierra con un saco en el que llevaba una morera. Veía todas las moreras traídas a la ciudad.

Más tarde leí en el cuaderno de Lola: lo que se saca de la tierra se lleva en el rostro.

Lola quería estudiar cuatro años de ruso. El examen de ingreso había sido fácil, pues las plazas no escaseaban ni en la universidad ni en las escuelas rurales. Poca gente quería estudiar ruso. Los deseos son difíciles, escribe Lola, los objetivos resultan más sencillos. Un hombre que estudia, escribe Lola, lleva las uñas limpias. Dentro de cuatro años vendrá conmigo, pues este tipo de hombres sabe que será un señor en el pueblo. Que el barbero vendrá a su casa y se descalzará antes de entrar. Nunca más ovejas, escribe Lola, nunca más melones, sólo moreras, pues todos tenemos hojas.

Un pequeño cubículo por habitación, una ventana, seis chicas, seis camas, bajo cada una de ellas una maleta. Junto a la puerta un armario empotrado, en el techo sobre la puerta un altavoz. Los coros obreros cantaban del techo a la pared, de la pared a las camas hasta que caía la noche. Sólo entonces callaban, como las calles ante la ventana y el parque desgredado por el que ya nadie paseaba. En cada residencia había cuarenta de aquellos cubículos.

Alguien dijo que los altavoces ven y oyen todo lo que hacemos.

La ropa de las seis chicas estaba apretujada en el armario. Lola era quien menos ropa tenía. Se ponía los vestidos de todas las demás. Las medias de las chicas se guardaban en las maletas que yacían bajo las camas.

Alguien cantó:

*Mi madre dice que me dará cuando me case veinte cojines grandes llenos de mosquitos veinte cojines pequeños llenos de hormigas veinte cojines blandos llenos de hojas podridas*

y Lola se sentó en el suelo, junto a la cama, para abrir su maleta. Rebuscó entre las medias y levantó un amasijo de piernas, dedos y talones. Dejó caer las medias al suelo. Le temblaban las manos, y parecía tener más de dos ojos en el rostro. Tenía las manos vacías, más de dos manos en el aire. Casi tantas manos en el aire como medias en el suelo.

Ojos, manos y medias no se soportaban en una canción que se cantaba a dos camas de distancia. Que se cantaba desde una cabeza pequeña que se mecía con una arruga de pesar en la frente. Una canción de la que la arruga desaparecía de inmediato.

Bajo cada cama había una maleta llena de medias de algodón enredadas. En todo el país recibían el nombre de medias estándar. Medias estándar para chicas que querían medias lisas y transparentes. Y también querían laca, rímel y esmalte de uñas.

Bajo las almohadas de las camas había escondidas seis cajitas de rímel. Seis chicas escupían en la caja y removían el tizne con palillos hasta que la pasta negra se adhería a ellos. Luego abrían los ojos de par en par. El palillo les arañaba los párpados, las pestañas se tornaban negras y espesas. Pero al cabo de una hora se abrían lagunas grises en las pestañas. La saliva se secaba, y el tizne se desplomaba sobre las mejillas.

Las chicas querían tizne en las mejillas, rímel en el rostro, pero nunca más el hollín de las fábricas. Sólo un montón de medias transparentes, porque se hacían

carreras en seguida, y las chicas tenían que atraparlas en los tobillos y en los muslos. Atraparlas y sellarlas con esmalte de uñas.

Costará mantener blancas las camisas de un señor. Será mi amor cuando al cabo de cuatro años regrese conmigo a la aridez. Si consigue deslumbrar a los paseantes del pueblo con muchas camisas blancas, será mi amor. Y si es un señor a cuya casa acude el barbero y se descalza antes de entrar. Costará mantener blancas las camisas con toda esa porquería infestada de pulgas.

Pulgas incluso en las cortezas de los árboles, dijo Lola. No son pulgas, contestó alguien, sino piojuelos. Lola escribe en su cuaderno: Los piojuelos son peores aún. Alguien dijo, no atacan a la gente, porque la gente no tiene hojas. Lola escribe, lo atacan todo cuando quema el sol, incluso el viento atacan. Y todos tenemos hojas. Las hojas caen cuando dejamos de crecer, porque la niñez ha terminado. Y las hojas vuelven cuando nos marchitamos, porque el amor ha terminado. Las hojas crecen a su antojo, escribe Lola, como la hierba alta. Dos o tres niños del pueblo no tienen hojas y viven una gran niñez. Son hijos únicos cuyos padres son personas cultas. Los piojuelos convierten a los niños mayores en niños pequeños, a un crío de cuatro años en uno de tres, a uno de tres en uno de un año. Y en uno de medio año, escribe Lola, y en un recién nacido. Y cuantos más hermanos crían piojuelos, más pequeña es la niñez.

Un abuelo dice: Mi tijera de podar. Envejezco y cada día me encojo y adelgazo más. Pero mis uñas crecen más deprisa, más gruesas. Se cortaba las uñas con la tijera de podar.

La niña no se deja cortar las uñas. Duele, dice. La madre ata a la niña a la silla con los cinturones de sus vestidos. La niña grita con los ojos nublados. A la madre se le cae la tijera de manicura. La tijera cae al suelo por cada dedo, piensa la niña.

Uno de los cinturones, el de color verde hierba, se mancha de sangre. La niña sabe que sangrar significa la muerte. Los ojos de la niña se empapan, y la madre se desdibuja ante ella. La madre quiere a la niña. La ama con locura y no puede controlarse, pues su razón está atada al amor igual que la niña está atada a la silla. La niña sabe: la madre debe cortarles los dedos a causa de su amor atado. Debe guardarse los dedos cortados en el bolsillo de la bata y salir al patio, como si fuera a tirar los dedos. Y en el patio, donde nadie la vea, debe comerse los dedos de la niña.

La niña intuye que, por la noche, la madre mentirá y asentirá cuando el abuelo le pregunte si ha tirado los dedos.

Y también intuye lo que ella misma hará por la noche. Gritará *Los tiene ella* y

lo delatará todo:

Ha salido con los dedos al patio. Ha estado en la hierba, también en el jardín, en el camino y en el parterre. Ha andado a lo largo de la pared, detrás de la pared. Ha estado en el armario de las herramientas, con los tornillos. Y también en el ropero. Ha llorado en el armario. Se secaba las mejillas con una mano mientras metía la otra en el bolsillo de la bata. Una y otra vez.

El abuelo se lleva una mano a la boca. Quizás quiere mostrar aquí en la casa cómo se come un dedo en el patio, piensa la niña. Pero la mano del abuelo permanece inmóvil.

La niña sigue hablando, y algo se le queda pegado a la lengua. La niña piensa, no puede ser más que la verdad, posada sobre la lengua como un hueso de cereza que no quiere bajar por la garganta. Mientras la voz sigue entrando en el oído, espera la verdad. Pero en cuanto calla, piensa la niña, todo se convierte en mentira, porque la verdad ha caído al pozo de la garganta. Porque la boca no ha pronunciado la palabra *comido*.

La niña es incapaz de articular esa palabra. Sólo: Ha estado junto al ciruelo, no ha pisoteado la oruga en el sendero, la ha esquivado.

El abuelo baja los ojos.

La madre intenta escurrir el bulto y saca aguja e hilo del armario. Se sienta en la silla y se alisa la bata hasta dejar al descubierto el bolsillo. Hace un nudo en el hilo. La madre miente, piensa la niña.

La madre cose un botón. El hilo recién cosido cubre el viejo. Algo de verdad hay en la mentira de la madre, porque el botón está suelto. Cose el botón con el hilo más grueso. También la luz de la bombilla tiene hilos.

La niña cierra los ojos con fuerza. Tras los párpados cerrados, la madre y el abuelo penden de una soga de luz e hilo encima de la mesa.

El botón cosido con el hilo más grueso será el más resistente. La madre jamás lo perderá; antes se romperá en pedazos.

La madre arroja la tijera al ropero. Al día siguiente, y cada miércoles desde entonces, el barbero del abuelo entra en la habitación.

El abuelo dice: Mi barbero.

El barbero dice: Mi tijera.

En la Primera Guerra Mundial se me cayó el pelo, dice el abuelo. Cuando me quedé completamente calvo, el barbero de la compañía me dio friegas de savia en el cuero cabelludo. El pelo volvió a crecerme. Más bonito que antes, me dijo el

barbero. Le gustaba jugar al ajedrez. Se le ocurrió la idea de la savia porque yo había traído unas ramas cubiertas de follaje de las que tallé un juego de ajedrez. Las ramas de aquel árbol tenían hojas color gris ceniza y rojo. Y tan distinta como las hojas era la madera. Tallaba la mitad de las figuras con la madera oscura y la otra mitad con la madera clara. Las hojas claras no oscurecían hasta finales de otoño. Los árboles eran de dos colores porque las ramas gris ceniza crecían con mucho retraso cada año. Los dos colores les sentaban bien a mis figuras de ajedrez, dijo el abuelo.

El barbero le corta el pelo al abuelo. El abuelo permanece sentado en la silla sin mover la cabeza. El barbero dice: El pelo se enmaraña si no lo cortas. Mientras, la madre ata a la niña a la silla con los cinturones de sus vestidos. El barbero dice: Si no te cortas las uñas, los dedos se convierten en palas. Sólo los muertos tienen derecho a llevarlas así.

Suéltame, suéltame.

De las seis niñas del cubículo, Lola era la que tenía menos medias transparentes. Y las pocas que tenía estaban llenas de parches de esmalte en los tobillos y los muslos. También en las pantorrillas. Las carreras se formaban también cuando Lola no podía frenarlas, porque ella misma tenía que ir a la carrera, ya fuera en la acera o en el parque desgredado.

Lola tenía que correr y huir con su anhelo de camisas blancas, ese anhelo que seguía siendo tan pobre como su tierra aun en la felicidad más extasiada.

A veces, Lola no podía frenar las carreras de las medias porque estaba en clase. Con el catedrático, decía Lola sin saber cuánto le gustaba aquella palabra.

Por la noche, Lola colgaba sus medias en la ventana con los pies hacia afuera. No podían gotear, porque nunca las lavaba. Las medias pendían de la ventana como si llevaran en su interior los pies y las piernas de Lola, los dedos y los talones endurecidos, las pantorrillas y las rodillas abolladas. Podrían haber atravesado solas el parque desgredado hasta la ciudad en tinieblas.

Alguien del cubículo preguntó, dónde están mis tijeras de la manicura. Lola dijo, en el bolsillo del abrigo. Alguien preguntó, en qué abrigo, en el tuyo, por qué te la volviste a llevar anoche. Lola dijo, me la llevé al tranvía, y dejó la tijera sobre la cama.

Lola siempre se cortaba las uñas en el tranvía. A menudo viajaba en él sin rumbo. Durante el trayecto se cortaba y limaba las uñas, se retiraba las cutículas con los dientes hasta que la media luna blanca de cada uña se convertía en una alubia.

En las paradas, Lola se guardaba la tijera en el bolsillo y miraba hacia la puerta cuando subía alguien. Porque de día siempre sube alguien que actúa como si nos conociéramos, escribe Lola en su cuaderno. Pero de noche, esa misma persona sube como si me buscara.

De noche, cuando ya nadie paseaba por la calle ni por el parque desgredado, cuando se oía el viento y el cielo no era más que el ruido que emite, Lola se puso sus medias transparentes. Y antes de cerrar la puerta tras de sí, se advirtió a la luz del cubículo que Lola tenía pies dobles. Alguien preguntó, adónde vas. Pero los pasos de Lola ya resonaban en el pasillo largo y desierto.

Tal vez en los primeros tres años, yo me llamaba alguien en aquel cubículo. Pero todos menos Lola podían llamarse alguien. Porque alguien de aquel cubículo no quería a Lola. Y ese alguien eran todas.

Alguien se acercó a la ventana, pero no vio la calle ni a ninguna Lola pasar por allí. Sólo una diminuta mancha saltarina.

Lola fue al tranvía. Cuando alguien subió en la siguiente parada, abrió los ojos de par en par.

Alrededor de medianoche sólo subían los hombres que volvían a casa después del último turno en la fábrica de detergentes o en el matadero. Surgen de la noche a la luz del tranvía, escribe Lola, y veo a un hombre tan cansado que dentro de su ropa no queda más que una sombra. Y en su cabeza hace tiempo que no hay amor, y en el bolsillo no tiene dinero. Sólo detergente robado o despojos de animales sacrificados: lenguas de buey, entrañas de cerdo o hígados de ternera.

Los hombres de Lola se sentaban en el primer banco. Se adormecían en la luz, bajaban la cabeza y se sobresaltaban cuando chirriaban las vías. En un momento dado se aprietan las bolsas contra el pecho, escribe Lola, y veo sus manos sucias. A causa de las bolsas me miran un instante.

En esa mirada breve, Lola encendía una llama en una cabeza fatigada. Ya no cierran los ojos, escribe Lola.

En la parada siguiente, un hombre se apeaba detrás de Lola. En los ojos llevaba las tinieblas de la ciudad. Y la codicia de un perro famélico, escribe Lola. Lola no se volvía, sino que apretaba el paso. Atraía a los hombres abandonando la calle, tomando el camino más corto que se adentraba en el parque desgredado. En silencio, escribe Lola, me tumbo sobre la hierba, escribe Lola, y él deja la bolsa bajo la rama más larga y baja. No hay nada que decir.

En la noche se levantaba el viento, y sin pronunciar palabra, Lola agitaba la cabeza y el vientre. Más allá de su rostro susurraban las hojas, como antaño sobre

el rostro de un bebé de medio año, un sexto hijo a quien nadie amaba salvo la pobreza. Y como entonces, las piernas de Lola se llenaban de arañazos por culpa de las ramas. Pero su rostro no.

Desde hacía varios meses, Lola cambiaba una vez a la semana los recortes de periódico de la vitrina de la residencia. Movía las caderas en la vitrina, junto a la puerta de entrada. Soplabla para sacar las moscas muertas y limpiaba el vidrio con dos medias estándar de su maleta. Con una de las medias mojaba el vidrio, con la otra lo secaba. Luego cambiaba los recortes, arrugaba el penúltimo discurso del dictador y pegaba el último. Cuando terminaba, tiraba las medias.

Cuando Lola había gastado casi todas las medias estándar de su maleta, empezó a coger medias de otras maletas. Alguien dijo, esas medias no son tuyas. Lola dijo, pero si ya no os las ponéis.

El padre clava el verano en el jardín con el azadón. Junto al parterre, la niña piensa: El padre sí que sabe cosas de la vida. Porque el padre guarda sus remordimientos en las plantas más necias y luego las arranca. Poco antes, la niña ha deseado que las plantas más necias escapen al azadón y sobrevivan al verano. Pero no pueden huir, pues no les crecen plumas blancas hasta el otoño. No es hasta entonces que aprenden a volar.

El padre nunca se vio obligado a huir. Había llegado al mundo cantando. Había hecho cementerios para luego salir de esos lugares a toda prisa. Una guerra perdida, un soldado de la SS que regresa a casa, una camisa de verano recién planchada en el armario, y en la cabeza del padre no se veía aún una sola cana.

El padre se levantaba muy temprano, le gustaba tumbarse en la hierba. Contemplaba desde allí las nubes rojizas que anunciaban el día. Y puesto que la mañana era tan fría como la noche, las nubes rojizas tenían que rasgar el cielo. Arriba en el cielo despuntaba el alba, abajo en la hierba la soledad se apoderó de la cabeza del padre. La soledad lo empujó a la piel cálida de una mujer. Ahí entró en calor. Había hecho cementerios y no tardó en hacerle un hijo a la mujer.

El padre guarda los cementerios en la garganta, ahí donde, entre el cuello de la camisa y el mentón, se encuentra la laringe. La laringe es afilada y está cerrada a cal y canto. Así de sus labios jamás podrán brotar los cementerios. Su boca bebe licor de las ciruelas más oscuras, y sus canciones son pesadas y borrachas para el *führer*.

El azadón proyecta una sombra en el parterre; la sombra no cava, sino que permanece inmóvil y contempla el sendero del jardín, donde una niña se llena los bolsillos de ciruelas verdes.

Entre las plantas más necias, arrancadas, el padre dice: No comas ciruelas

verdes, porque el hueso aún está blando y muerdes la muerte. No hay nada que hacer; te mueres. La fiebre te consume el corazón desde las entrañas.

Los ojos del padre están vidriosos, y la niña ve que el padre la quiere con locura. Que no puede controlar su amor. Él, que ha hecho cementerios, desea a la niña la muerte.

Por eso la niña espera y más tarde se come las ciruelas. Todos los días, cuando el padre no la ve, la niña se esconde árboles enteros en el vientre. Come y piensa, esto es para morir.

Pero el padre no ve nada, y la niña no muere.

Las plantas más necias eran abrojos. El padre sabía mucho de la vida. Al igual que todo aquel que habla de la muerte sabe cómo sigue la vida.

A veces veía a Lola en las duchas, por la tarde, cuando era demasiado tarde para el aseo diurno y demasiado pronto para el nocturno. A lo largo de su espalda veía una línea casposa, y sobre el pliegue del trasero, un círculo casposo. La línea y el círculo parecían un péndulo.

Lola me volvía la espalda con brusquedad, y entonces yo veía el péndulo en el espejo. Tendría que haber sonado, porque Lola se había sobresaltado al verme entrar en las duchas.

Pensé, Lola tiene la piel excoriada, pero nunca un amor. Sólo espasmos en el vientre sobre la hierba del parque. Y encima de ella los ojos perrunos de los hombres que durante todo el día oían caer el detergente al tubo grueso y escuchaban los estertores de los animales. Aquellos ojos ardían encima de Lola, porque durante todo el día habían estado apagados.

Todas las chicas que vivían en una misma planta de la residencia, cubículo junto a cubículo, guardaban su comida en la nevera del comedor. Queso de cabra y embutido de casa, huevos y mostaza.

Al abrir la nevera, veía al fondo una lengua o un riñón. El hielo secaba la lengua, el riñón estallaba. Al cabo de tres días desaparecían.

En el rostro de Lola advertía la pobreza de su tierra. Nunca sabía si se comía las lenguas y los riñones o los tiraba; no lo adivinaba en sus pómulos, en las comisuras de sus labios ni en el centro de sus ojos.

Ni en la cafetería ni en el gimnasio lograba adivinar si se comían o tiraban los despojos de los animales sacrificados.

Quería saberlo. Ardía en deseos de humillarla. La espí hasta quedarme ciega. Pero por mucho que la observara, lo único que veía era la tierra en su rostro.

Sólo una vez la sorprendí friéndose unos huevos sobre la plancha encendida para luego rascarlos con el cuchillo y comérselos. Pero lo único que hizo fue acercarme la punta del cuchillo para que probara. Están buenos, dijo Lola, porque no quedan tan grasientos como en la sartén. Después de comer, Lola guardó la plancha en el rincón.

Alguien dijo: Limpia la plancha. Y Lola dijo: Si de todas formas ya no se puede planchar con ella.

Aquella ceguera me atormentaba. A mediodía, cuando hacía cola con Lola en la cafetería y luego me sentaba con ella a la mesa, pensaba, esta ceguera se debe a que sólo nos dan cucharas para comer. Nunca tenedores ni cuchillos. De forma que sólo podemos aplastar la carne con la cuchara y luego desgarrarla con la boca. Esta ceguera se debe, pensaba, a que nunca nos dejan cortar con cuchillo y pinchar con tenedor. A que tenemos que comer como animales.

Todos están hambrientos en la cafetería, escribe Lola en su cuaderno, un rebaño deprimente que mastica. Cada individuo, una oveja testaruda. Y el conjunto, una jauría de perros glotones.

En el gimnasio pensaba que mi ceguera se debía a que Lola no sabía saltar el potro, a que doblaba los codos bajo el vientre en lugar de extenderlos con fuerza, a que levantaba las rodillas sin entusiasmo en lugar de abrir las piernas en tijera. Lola se quedaba atascada y resbalaba por el potro sobre el trasero. Luego caía sobre la colchoneta de cara en lugar de aterrizar de pie, y permanecía tumbada en el suelo hasta que el profesor gritaba.

Lola sabía que el profesor de gimnasia la agarraría por los hombros, el trasero, las caderas. Que una vez se le pasara el enojo, la tocaría donde se terciara. Y Lola se hacía aún más pesada para que el profesor tuviera que agarrarla con más fuerza.

Todas las chicas se quedaban de pie al otro lado del potro. No podían saltar, no podían volar, porque el profesor tenía que darle un vaso de agua a Lola. Se lo traía del vestuario y lo sostenía delante de sus labios. Lola sabía que le sujetaría la cabeza durante más rato si bebía despacio.

Después de la clase de gimnasia, las chicas iban a las estrechas taquillas del vestuario y volvían a ponerse sus vestidos. Alguien dijo, llevas mi blusa. Lola dijo, no me la voy a comer, sólo la necesito hoy porque tengo una cita.

Cada día, alguien del diminuto cubículo decía, es que esos vestidos no son tuyos. Pero Lola se los ponía y se marchaba a la ciudad. Lola llevaba los vestidos en consonancia con los días. Quedaban arrugados, empapados de sudor, lluvia o nieve. Lola volvía a colgarlos muy apretados en el armario.

En el armario había pulgas porque en las camas había pulgas. En las maletas con las medias estándar, en el largo pasillo. También en el comedor y en las duchas, incluso en la cafetería había pulgas. En el tranvía, en las tiendas, en el cine.

Durante las oraciones, todo el mundo se rascaba, escribe Lola en su cuaderno. Iba a la iglesia cada domingo. También el cura se rascaba. Padrenuestro, que estás en los cielos, escribe Lola, y en toda la ciudad hay pulgas.

Era de noche en el diminuto cubículo, aunque no muy tarde. El altavoz cantaba sus canciones obreras, en la calle aún resonaban pasos, aún se oían voces en el parque desgredado, el follaje aún aparecía gris, no negro.

Lola estaba tumbada en la cama, desnuda salvo por las gruesas medias estándar. Por la noche, mi hermano trae las ovejas de vuelta a casa, escribe Lola, tiene que atravesar un campo de melones. Se ha marchado del pastizal demasiado tarde, cae la noche, las ovejas pisan con sus patas finas el campo y se hunden en la tierra. Mi hermano duerme en el establo, y las ovejas tienen las patas enrojecidas toda la noche.

Lola se metió una botella vacía entre las piernas y empezó a agitar la cabeza y el vientre. Todas las chicas se agolpaban alrededor de su cama. Alguien le tiró del pelo. Alguien se echó a reír muy fuerte. Alguien se llevó la mano a la boca y contempló el espectáculo. Alguien rompió a llorar. No recuerdo quién era.

Pero sí recuerdo que aquella noche me mareé después de mirar la ventana durante largo rato. La habitación temblaba en el vidrio. Nos vi a todas, figuras pequeñas agolpadas en torno a la cama de Lola. Y sobre nuestras cabezas, Lola, una figura enorme que surcaba el aire, flotaba a través de la ventana cerrada y volaba hacia el parque desgredado. Vi a los hombres de Lola esperando en la parada. En mis sienes palpitaba un tranvía. Avanzaba como una caja de cerillas. La luz del vagón vacilaba como la llamita de una cerilla al viento. Los hombres de Lola se empujaban y propinaban codazos. De sus bolsillos caía detergente y despojos de animales sacrificados sobre las vías. De repente, alguien encendió la luz, y la imagen del vidrio desapareció, sólo quedaron las farolas alineadas al otro lado de la calle. Y otra vez me hallaba entre las demás chicas, junto a la cama de Lola. Bajo la espalda de Lola, sobre la cama, oí un ruido que nunca olvidaré ni confundiré con ningún otro sonido del mundo. Oí a Lola segar el amor que nunca había crecido, cómo cortaba cada brizna sobre su sábana blancuzca.

Aquel día, el péndulo casoso sonó en mi cabeza mientras Lola gemía, fuera de sí.

Sólo a uno de los hombres de Lola no había visto en el reflejo del vidrio.

Lola iba a ver al catedrático cada vez más a menudo, y aquella palabra

seguía gustándole mucho. La decía cada vez más y aún no sabía cuánto le gustaba. Hablaba cada vez más de la consciencia y de la equiparación de ciudad y pueblo. Lola pertenecía al partido desde hacía una semana y exhibía su libro rojo. En la primera página se veía la fotografía de Lola. Las chicas se iban pasando el libro del partido. Y en la fotografía distinguí aún con más claridad la tierra pobre, porque el papel relucía. Alguien dijo, pero si vas a la iglesia. Y Lola dijo, los demás también van. Basta con fingir que no conoces a los demás. Alguien dijo, Dios cuida de ti allá arriba, y el partido cuida de ti aquí abajo.

Junto a la cama de Lola se amontonaban los panfletos del partido. Alguien susurró en el diminuto cubículo, y alguien calló. Hacía tiempo que las chicas susurraban y callaban cuando Lola estaba en el cubículo.

Lola escribe en su cuaderno: Mi madre va conmigo a la iglesia. Hace frío, pero no lo parece gracias al incienso del cura. Todos se quitan los guantes y los sostienen en las manos entrelazadas. Estoy sentada en el banco de los niños. Me he sentado en el borde para poder ver a mi madre.

Desde que Lola limpiaba la vitrina, las chicas se hacían señas con las manos y los ojos cuando no querían decir algo en presencia de Lola.

Mi madre dice que también reza por mí, escribe Lola. Mi guante tiene un agujero en la yema del pulgar, un agujero con una aureola de puntos afilados, como una corona de espinas.

Lola estaba sentada sobre la cama y leía un panfleto sobre la mejora de la labor ideológica del partido.

Tiro del hilo, escribe Lola, y la corona de espinas se vuelve hacia abajo. La madre canta, que Dios se apiade de nosotros, y yo tiro del pulgar del guante.

Lola subrayaba muchas frases del delgado panfleto, como si la mano no la dejara ver con claridad. La pila de panfletos crecía junto a la cama como una mesilla torcida. Al subrayar, Lola reflexionaba largo rato entre frase y frase.

No tiro la lana, escribe Lola, aunque esté muy enredada.

Lola ponía paréntesis alrededor de las frases de los panfletos. Junto a cada paréntesis escribía un gran asterisco en el margen.

La madre vuelve a tricotarme el pulgar, escribe Lola, y para la yema usa lana nueva.

Una tarde, cuando Lola iba a cuarto, todos los vestidos de las chicas yacían sobre las camas. La maleta de Lola estaba abierta bajo la ventana abierta; dentro de ella, sus escasos vestidos y los panfletos.

Aquella tarde descubrí por qué no había visto a uno de los hombres de Lola en el reflejo de la ventana. Era distinto de los hombres de cada medianoche y cada último turno. Comía en la universidad del partido, no iba en tranvía, nunca seguía a Lola al parque desgredado, tenía coche y chófer.

Lola escribe en su cuaderno: Es el primero de camisa blanca.

Así fue aquella tarde, poco antes de las tres, cuando Lola iba a cuarto y casi se había convertido en alguien: los vestidos de las chicas sobre las camas, separados de los de Lola. El sol bañaba ardiente el cubículo, el polvo formaba un manto gris sobre el linóleo. Y junto a la cama de Lola, de donde habían desaparecido los panfletos, se veía una mancha oscura y desnuda. Y Lola, colgada de mi cinturón en el armario.

Y llegaron tres hombres. Fotografiaron a Lola en el armario. Luego desanudaron el cinturón y lo guardaron en una bolsa de plástico transparente, delgado como las medias de las chicas. Los hombres se sacaron tres cajitas de los bolsillos de las chaquetas. Cerraron la maleta de Lola y abrieron las cajitas, que estaban llenas de un polvo color verde chillón. Lo esparcieron sobre la maleta y la puerta del armario. Era un polvo tan seco como el rímel sin saliva. Yo los observaba, como el resto de las chicas. Me sorprendió descubrir que también existía rímel color verde chillón.

Los hombres no nos preguntaron nada. Ya conocían la razón.

Junto a la entrada de la residencia había cinco chicas. En la vitrina se veía la foto de Lola, la del libro del partido. Bajo la foto, un papel. Alguien leyó en voz alta:

Esta estudiante se ha suicidado. Deploramos y despreciamos su acción. Es una vergüenza para todo el país.

A última hora de la tarde encontré el cuaderno de Lola en mi maleta. Lo había escondido bajo mis medias estándar antes de coger el cinturón.

Me guardé el cuaderno en el bolso y fui a la parada. Subí al tranvía y empecé a leer. Empecé por la última página. Lola escribe: Por la noche, el profesor de gimnasia me ordenó que fuera al gimnasio y cerró la puerta por dentro. Los únicos testigos eran las grandes pelotas de cuero. Con una vez, él habría tenido suficiente. Pero yo lo seguí y encontré su casa. Será imposible mantener blancas sus camisas. Me ha denunciado al catedrático. Nunca lograré librarme de la aridez. Dios no me perdonará lo que tengo que hacer. Pero mi hijo jamás pastoreará ovejas de patas enrojecidas.

Por la noche, sin que nadie me viera, volví a guardar el cuaderno de Lola en

mi maleta, bajo las medias. Cerré la maleta y escondí la llave bajo la almohada. Por la mañana me llevé la llave. La até al elástico del pantalón corto, pues a las ocho teníamos gimnasia. Por culpa de la llave llegué un poco tarde.

Las chicas ya estaban en la cabecera del cajón de arena, ataviadas con pantalones cortos negros y camisetas blancas. Dos de las chicas esperaban al otro lado con la cinta métrica. El viento agitaba el denso follaje de los árboles. El profesor de gimnasia alzó el brazo, chasqueó los dedos, y todas las chicas volaron por los aires en pos de sus pies.

La arena del cajón estaba seca. Sólo se humedecía en los puntos que pisaban los pies de las chicas. La sentí tan fría bajo los dedos como la llave contra el vientre. Levanté la vista hacia los árboles antes de tomar carrerilla. Luego volé en pos de mis pies, pero mis pies no llegaron muy lejos. Mientras volaba pensé en la llave de la maleta. Las dos chicas midieron el salto y gritaron la cifra. El profesor de gimnasia anotó la distancia en su cuaderno como si de una hora se tratara. Vi el lápiz afilado en su mano y pensé, qué típico de él, al otro lado del cajón sólo puede medirse la muerte.

Y cuando volé por segunda vez, la llave había alcanzado la temperatura de mi piel. Ya no me oprimía el vientre. Tras hundir los dedos de los pies en la arena húmeda, me levanté a toda prisa para que el profesor de gimnasia no me tocara.

Dos días después de ahorcarse, a las cuatro de la tarde, Lola fue expulsada del partido y de la universidad en la sala de actos. En el acontecimiento participaron cientos de personas.

En el púlpito, alguien dijo: Nos ha engañado a todos, no merece ser estudiante de nuestro país ni miembro de nuestro partido. Todos aplaudieron.

Por la noche, alguien dijo en el cubículo: Todos aplaudieron demasiado rato porque en realidad tenían ganas de llorar. Nadie se ha atrevido a ser el primero en dejar de aplaudir. Cada uno de los presentes observaba las manos de los demás mientras aplaudía. Algunos habían dejado de aplaudir, pero luego se habían asustado y habían seguido aplaudiendo. En un momento dado, los aplausos habían querido extinguirse, se advertía que perdían el ritmo, pero a causa de aquellos pocos que habían vuelto a empezar con brío, la mayoría había seguido aplaudiendo. No fue hasta que la ovación empezó a trepar por las paredes como un descomunal zapato que el orador dio la señal de parar.

La fotografía de Lola permaneció dos semanas en la vitrina. Pero al cabo de dos días, el cuaderno de Lola desapareció de mi maleta cerrada.

Los hombres del polvo verde chillón colocaron a Lola sobre la cama y se llevaron el mueble del cubículo. Por qué sacaron la cama por la puerta con los pies

por delante. A la cabecera iba uno con la maleta de los vestidos y la bolsa en la que habían guardado mi cinturón. Llevaba la maleta y el cinturón en la mano derecha. Por qué no cerró la puerta tras de sí, si tenía la izquierda libre.

En el cubículo quedaron cinco chicas, cinco camas, cinco maletas. Cuando sacaron la cama de Lola, alguien cerró la puerta. En cada movimiento se enredaban hilillos de polvo en el aire claro y ardiente. Alguien se peinaba junto a la pared. Alguien cerró la ventana. Alguien se colocó los cordones de los zapatos de un modo distinto.

Ningún movimiento en aquella habitación tenía objetivo alguno. Todas las chicas guardaban silencio y ocupaban las manos, pues nadie se atrevía a colgar de nuevo los vestidos en el armario.

La madre dice: Si no soportas la vida, ordena el armario. Así, las preocupaciones pasarán a través de tus manos, y tu mente se liberará.

Pero para ella es fácil decirlo. En casa tiene cinco armarios y cinco baúles. Y aunque la madre se pase tres días seguidos ordenando los armarios y los baúles, nadie dirá que no está trabajando.

Fui al parque desgrefñado y arrojé la llave de la maleta entre los arbustos. No había llave que protegiera la maleta de manos desconocidas cuando ninguna de las chicas estaba en la habitación. Quizás tampoco había llave que protegiera de manos conocidas que removían el tizne con el palillo, encendían o apagaban la luz, o limpiaban la plancha tras la muerte de Lola.

Tal vez nadie debería haber susurrado o callado cuando Lola estaba en la habitación. Tal vez alguien debería habérselo dicho todo a Lola. Tal vez precisamente yo debería habérselo dicho todo a Lola. La cerradura de la maleta se había convertido en una mentira. En el país había tantas llaves de maleta como coros obreros. Cada llave era una mentira.

Cuando volví del parque, alguien cantaba en el cubículo por primera vez desde la muerte de Lola:

*Anoche el viento me empujó los brazos de mi amor si me hubiera empujado más en sus brazos me habría quebrado qué suerte que dejara de soplar.*

Alguien cantaba una canción rumana. En la noche, a través de la canción, vi un rebaño de ovejas con las patas enrojecidas. Oí el viento dejar de soplar en aquella canción.

La niña yace en la cama y dice: No apagues la luz, que entran los árboles negros. Una abuela arroja a la niña. Duérmete en seguida, dice, cuando todos

duermen, el viento se posa en los árboles.

El viento no podía dejar de soplar. En aquel lenguaje infantil, el viento siempre se posaba.

A una seña del rector, los aplausos murieron en la sala de actos, y el profesor de gimnasia se acercó al púlpito. Llevaba una camisa blanca. Se anunció una votación para excluir a Lola del partido y expulsarla de la universidad.

El profesor de gimnasia fue el primero en levantar el brazo. Y todos los brazos le siguieron. Cada uno de los presentes observaba el brazo alzado de los demás. Si su brazo no destacaba tanto como los otros, estiraba el codo un poquito más, con la palma abierta hasta que los dedos se doblaban cansados y los codos empezaban a ceder. Entonces miraba en derredor, y puesto que nadie bajaba aún el brazo, volvía a estirar los dedos y el codo. Se distinguían manchas de sudor en las axilas, costuras desplazadas de camisas y blusas. Cuellos estirados, orejas enrojecidas, labios entreabiertos. Las cabezas inmóviles, pero los ojos inquietos.

Reinaba tal silencio entre aquellas manos, dijo alguien en el cubículo, que podía oírse el aliento resbalar por la madera de los bancos. Y el silencio no se rompió hasta que el profesor de gimnasia posó el brazo sobre el púlpito y dijo: No hace falta contar; por supuesto, todo el mundo está a favor.

Todos los que caminan por estas calles, pensé al día siguiente en la ciudad, habrían saltado el potro en la sala de actos siguiendo el brazo del profesor de gimnasia. Todos habrían erguido los dedos, estirado los codos y movido los ojos en medio del silencio. Conté los rostros que pasaban junto a mí bajo aquel sol ardiente. Conté novecientos noventa y nueve. Entonces empezaron a quemarme las plantas de los pies, me senté en un banco, doblé los dedos de los pies y apoyé la espalda en el respaldo. Me llevé el índice a la mejilla y me incluí en el recuento. Mil, me dije antes de tragarme el número.

Y delante del banco pasó una paloma; la seguí con la mirada. Daba saltitos con las alas plegadas. Tenía el pico entreabierto por el calor. Picoteaba el suelo, y su pico emitía un sonido parecido al de la hojalata. Se comió una piedra. Y mientras la paloma se tragaba la piedra, pensé: También Lola habría levantado el brazo. Pero eso ya no contaba.

Seguí con la mirada a los hombres de Lola, que volvían a mediodía de las fábricas al terminar el primer turno. Eran campesinos llegados del pueblo. Nunca más ovejas, habían dicho también ellos, nunca más melones. Como necios habían seguido el rastro del tizne urbano y los tubos gruesos que surcaban los campos hasta las afueras de cualquier pueblo.

Los hombres sabían que su hierro, su madera y su detergente carecían de

valor. Por ellos sus manos seguían toscas, hacían tarugos y bultos en lugar de industria. Todo cuanto debía ser grande y cuadrado se convertía en ovejas de hojalata entre sus manos. Lo que debía ser pequeño y redondeado se transformaba en melones de madera entre sus manos.

El proletariado de las ovejas de hojalata y los melones de madera entraba en la primera taberna al acabar el turno. Siempre en manada en los patios de verano de una bodega. Mientras los cuerpos pesados se dejaban caer en las sillas, el camarero daba la vuelta al mantel rojo. Corchos, cortezas de pan y huesos caían al suelo junto a los tiestos. Las hojas secas, la tierra removida por los cigarrillos apagados con prisas. En la valla de la bodega pendían macetas de geranios con tallos desnudos. En las puntas brotaban tres o cuatro hojas nuevas.

Sobre las mesas humeaba el rancho. Siempre manos y cucharas, nunca cuchillos y tenedores. Desgarrando y arrancando con la boca, así comían todos los despojos de animales sacrificados que tenían en el plato.

También la bodega era una mentira, los manteles y las plantas, las botellas y los uniformes color granate de los camareros. Allí nadie era un comensal, sino un advenedizo de la tarde carente de sentido.

Los hombres se tambalearon y gritaron hasta que empezaron a romperse mutuamente botellas vacías en la cabeza. Sangraban. Cuando un diente cayó al suelo, se echaron a reír como si alguien hubiera perdido un botón. Uno de ellos se agachó y arrojó el diente a su vaso. El diente pasó de vaso en vaso porque traía suerte. Todos lo querían.

En un momento dado, el diente desapareció, como las lenguas y los riñones de Lola desaparecían de la nevera. En algún momento, uno de los hombres se había tragado el diente. No sabían quién. Arrancaron los últimos brotes de los geranios y masticaron con aire suspicaz. Repasaron los vasos uno a uno y gritaron con la boca llena de hojas de geranio: Hay que comer ciruelas, no dientes.

Señalaron a uno de ellos, todos señalaron al de la camisa verde claro. Y él lo negó. Se metió el dedo en la garganta. Vomitó y dijo: Ahora podéis buscarlo. Hay hojas de geranio, carne, pan y cerveza, pero un diente no. Los camareros lo echaron mientras los demás aplaudían.

Entonces dijo el de la camisa a cuadros: He sido yo. En plena risotada rompió a llorar. Los demás callaron y clavaron las miradas en la mesa. Nadie era un comensal allí.

Campesinos, pensé, sólo ellos pasan de la risa al llanto, del grito al silencio. No cabían en sí de alegría inocente o rabia ciega. En su ansia de vivir, cada instante podía extinguir la vida de un mazazo. En la oscuridad, todos ellos habrían seguido

a Lola al parque con idénticas miradas perrunas.

Si al día siguiente permanecían sobrios, paseaban solos por el parque para recobrar el dominio de sí mismos. Tenían los labios partidos por el alcohol. Las comisuras hundidas. Plantaban los pies en la hierba con aire pensativo y repasaban mentalmente cada palabra que habían gritado entre vapores etílicos. Se dejaban envolver como niños por las lagunas de memoria del día anterior. Temían haber gritado algo político en la bodega. Sabían que los camareros daban parte de todo.

Pero el alcohol protege el cerebro de lo prohibido, y el rancho protege la boca. Aunque la lengua ya no pueda más que barbotar, el hábito del miedo no abandona la voz.

En el miedo se sentían a sus anchas. La fábrica, la bodega, las tiendas y los barrios, las estaciones de ferrocarril y los viajes en tren entre campos de trigo, girasoles y maíz velaban por ellos. Los tranvías, los hospitales, los cementerios. Y si a pesar de todo, como sucedía tan a menudo, el alcohol se tornaba descuidado en lugares de mendacidad, solía tratarse de un error de las paredes, los techos o el cielo abierto, y no de la intención del cerebro de un hombre.

Y mientras la madre ata a la niña a la silla con los cinturones de los vestidos, mientras el barbero corta el pelo al abuelo, mientras el padre le dice a la niña que no debe comer ciruelas verdes, durante todos esos años hay una abuela sentada en el rincón. Asiste tan distante a la actividad de la casa que se diría que ya por la mañana el viento se ha posado, que en el cielo el día se ha dormido. Durante todos esos años, la abuela tararea una canción.

La niña tiene dos abuelas. Una de ellas se acerca de noche a la cama con su amor, y la niña vuelve los ojos al techo blanco del cuarto porque está a punto de rezar. La otra se acerca de noche a la cama con su amor, y la niña contempla sus ojos oscuros porque está a punto de cantar.

Cuando la niña ya no distingue el techo ni los ojos oscuros, se hace la dormida. La primera abuela no termina la oración; se levanta y se va. La segunda abuela termina la canción; tiene la cara torcida porque le gusta mucho cantar.

Cuando acaba la canción, cree que la niña duerme a pierna suelta. Dice: Reposo la bestia de tu corazón, hoy has jugado mucho.

La abuela que canta vive nueve años más que la abuela que reza. Y la abuela que canta vive seis años más que su razón. Ya no reconoce a ninguno de los de la casa. Sólo conoce sus canciones.

Una noche sale de su rincón, se acerca a la mesa y dice a la luz de la lámpara: Estoy tan contenta de que estéis todos conmigo en el cielo. Ya no sabe que

vive y tiene que cantar hasta la muerte. De ella no se apodera enfermedad alguna que pueda ayudarla a morir.

Tras la muerte de Lola pasé dos años sin llevar cinturón en los vestidos. Los ruidos más estruendosos de la ciudad sonaban lejanos en mi cabeza. Cuando un camión o un tranvía se acercaban, cada vez más grandes, sus vibraciones le sentaban bien a mi frente. Bajo mis pies temblaba el pavimento. Quería aproximarme a las ruedas, y por ello saltaba a la calzada justo delante de ellos. Intentaba llegar al otro lado. Dejaba que las ruedas decidieran por mí. El polvo me engullía unos instantes, mis cabellos flotaban entre la dicha y la muerte. Llegaba a la otra acera, me echaba a reír y había vencido. Pero me oía reír desde fuera, desde muy lejos.

Con frecuencia iba a la tienda en cuyo escaparate se alineaban cuencos de aluminio llenos de lenguas, hígados y riñones. La tienda nunca me iba de camino; llegaba en tranvía. En la tienda, las tierras de los rostros se hacían inmensas. Hombres y mujeres sostenían en las manos bolsas con pepinos y cebollas. Pero yo les veía sacar moreras de la tierra y hundírselas en el rostro. Elegía a alguien no mayor que yo y lo seguía. Siempre acababa en los bloques de pisos de los barrios nuevos, me adentraba en un pueblo por entre los abrojos. Entre los abrojos se veían manchas de tomates color rojo chillón y nabos blancos. Cada mancha era un trocito de campo malogrado. No veía las berenjenas hasta casi pisarlas. Relucían como manos repletas de moras negras.

El mundo no había esperado a nadie, me decía. No tenía que andar, comer, dormir y amar con miedo. Antes de existir no había necesitado al barbero ni la tijera de manicura, no había perdido ningún botón. Mi padre aún luchaba en la guerra, vivía cantando y disparando en la hierba. No tenía que amar. La hierba debería habérselo quedado, porque cuando en casa alzó la mirada hacia el cielo del pueblo, dentro de su camisa creció de nuevo un campesino que puso manos a la obra sin tardanza. El soldado repatriado había hecho cementerios y tenía que engendrarme.

Me convertí en su hija y tuve que crecer contra la muerte. Me hablaban en siseos, me pegaban en las manos antes de mirarme a la cara con la rapidez del rayo. Pero nadie me preguntó jamás en qué casa, en qué lugar, a qué mesa, en qué cama y tierra habría preferido andar, comer, dormir y amar con miedo.

Sólo atar, porque desatar tardaba demasiado en convertirse en una palabra. Quería hablar de Lola, y las chicas del cubículo me dijeron que me callara de una vez. Habían comprendido que la cabeza era más ligera sin Lola. En lugar de la cama de Lola habían colocado una mesa y una silla en el cubículo. Y sobre la mesa una dulcera grande con ramas largas del parque desgredado, rosas enanas blancas

de finas hojas dentadas. Las ramas echaban raíces blancas en el agua. Las chicas podían andar, comer y dormir en el cubículo. Ni siquiera al cantar ante las hojas de Lola sentían miedo.

Quería conservar en la memoria el cuaderno de Lola.

Edgar, Kurt y Georg buscaban a alguien que hubiera compartido habitación con Lola. Y puesto que no podía conservar el cuaderno de Lola en la memoria sin ayuda, empecé a quedar con ellos a partir del día en que me hablaron en la cafetería. Cada día. No creían que la muerte de Lola hubiera sido un suicidio.

Les hablaba de los piojuelos, las ovejas de patas enrojecidas, las moreras y la tierra en el rostro de Lola. Cuando pensaba en Lola a solas, no recordaba muchos detalles. Pero cuando ellos me escuchaban, volvían a ocurrírseme. Había aprendido a leer mentalmente ante sus ojos fijos. Cuando me concentraba encontraba cada frase desaparecida del cuaderno de Lola y la decía en voz alta. Edgar escribía muchas frases en su cuaderno. También tu cuaderno desaparecerá cualquier día, dije, porque Edgar, Kurt y Georg también vivían en una residencia de estudiantes al otro lado del parque desgredado, en una residencia para chicos. Pero Edgar dijo: Tenemos un lugar seguro en la ciudad, una casa de verano en medio de un jardín descuidado.

Guardamos el cuaderno en un saquito de hilo y lo colgamos en la cara interior de la tapa del pozo, dijo Kurt. Reían y siempre decían nosotros. Lo colgamos de un gancho, dijo Georg. El pozo está en la casa, la casa y el jardín pertenecen a un hombre muy discreto. Ahí también están los libros, dijo Kurt.

Los libros de la casa de verano procedían de muy lejos, pero conocían cada tierra de los rostros de aquella ciudad, cada oveja de hojalata, cada melón de madera. Cada borrachera, cada risa en la bodega.

Quién es el hombre de la casa de verano, pregunté y en seguida me dije: No quiero saberlo. Edgar, Kurt y Georg guardaron silencio. Los ojos entornados, oblicuos; en los rabillos blancos, donde confluían las venitas, relucía inquieto el silencio. Empecé a hablar atropelladamente. Hablé de la sala de actos, del compás de un pie gigantesco que trepaba por la pared durante los aplausos. Y del aliento que reptaba sobre la madera de los bancos cuando se alzaron los brazos para la votación.

Y al hablar percibí que se me quedaba algo pegado a la lengua, como un hueso de cereza. La verdad esperaba a las personas contadas y al dedo apoyado en mi mejilla. Pero no conseguía pronunciar la palabra mil. Tampoco hablé del pico de hojalata de la paloma que picoteaba piedras. Seguí hablando del potro, de los vuelos sobre el cajón de arena, de los toqueteos y los vasos de agua, de la llave de

la maleta atada al elástico del pantalón. Edgar me escuchaba con el bolígrafo en la mano, sin escribir ni una sola palabra en su cuaderno. Y pensé: Espera la verdad, siente el silencio en mis palabras. Y entonces dije: Es el primero de camisa blanca. Y Edgar escribió. Y luego dije: Todos tenemos hojas. Y Georg dijo: Eso no se entiende.

Las frases de Lola podían pronunciarse, pero no escribirse. Yo no podía escribirlas. Eran como los sueños, que caben en la boca pero no sobre el papel. Al escribir, las frases de Lola se disolvían en mi mano.

Los libros de la casa de verano decían más de lo que estaba acostumbrada a pensar. Me los llevaba al cementerio y me sentaba en un banco. Iban llegando ancianos que se dirigían solos hacia una tumba que pronto sería también la suya. No llevaban flores; las tumbas estaban llenas de flores. No lloraban, sino que permanecían allí con la mirada perdida en el vacío. A veces sacaban el pañuelo, se agachaban, se limpiaban el polvo de los zapatos, se ataban los cordones con más fuerza y volvían a guardarse el pañuelo. No lloraban porque ya no querían agotar sus mejillas. Porque su rostro ya aparecía sobre la lápida, mejilla a mejilla con el muerto, en una foto redonda. Llegaban y esperaban, quién sabe desde cuándo, a que el encuentro en la lápida se hiciera realidad. Sus nombres y fechas de nacimiento estaban esculpidas en la piedra. Un espacio liso y vacío, del tamaño de una mano, aguardaba el día de su muerte. No se quedaban mucho rato junto a la tumba.

Mientras se dirigían a la salida por los senderos estrechos, entre flores, las lápidas y yo los seguíamos con la mirada. Cuando salían del cementerio, los numerosos espacios lisos y vacíos se colgaban de ese día de verano pesado y soñoliento a causa de las flores. Al verano del cementerio no le apetecía que soplara el viento ardiente. Arqueaba el cielo hacia arriba y esperaba más muertes. En la ciudad se decía: La primavera y el otoño son peligrosos para los ancianos. Los primeros calores y los primeros fríos se llevan a los ancianos por delante. Pero aquí se advertía que era el verano el más indicado para abrir las fauces de la trampa. El que cada día sabía cómo convertir a ancianos en flores.

Las hojas reaparecen cuando el cuerpo se encoge, porque el amor ha terminado, escribe Lola en su cuaderno.

Respiré en silencio, con la mente repleta de frases de Lola, para que las frases de los libros no tropezaran por estar detrás de las hojas de Lola.

Había aprendido a vagabundear; la calle se deslizaba bajo mis pies. Conocía a los mendigos, las voces quejumbrosas, los santiguamientos, los juramentos, el dios desnudo y el diablo andrajoso, las manos deformadas y las piernas mutiladas.

Conocía a los locos de cada barrio:

El hombre de la pajarita negra que sostenía en la mano un ramo de flores siempre marchitas. Desde hacía años estaba parado junto a la fuente seca y miraba la calle, al final de la cual se alzaba la cárcel. Cuando le hablaba me decía: Ahora no puedo hablar, llegará en seguida, puede que no me reconozca.

Llegará en seguida, dice desde hace años. Y cuando lo decía, a veces llegaba un policía o un soldado por la calle. Y su mujer, lo sabía todo el mundo, llevaba mucho tiempo fuera de la cárcel. Yacía en una tumba del cementerio.

A las siete de la mañana, un convoy de autobuses con cortinas grises bajaba por la calle. Y a las siete de la tarde regresaba por el mismo camino. En realidad, la calle no era una cuesta, el final no era más elevado que la plaza de la fuente. Pero producía esa sensación. O quizás sólo se decía que subía porque allí estaba la cárcel, adonde sólo iban policías y soldados.

Cuando los autobuses pasaban junto a la fuente, por las aberturas de las cortinas corridas se vislumbraban los dedos de los presos. No se oía ningún motor, ningún golpe ni rugido, ningún chirrido de frenos. Sólo el ladrido de los perros. Armaban tal escándalo que parecía que dos veces al día pasaran perros sobre ruedas junto a la fuente.

A los caballos con zapatos de tacón se unían los perros sobre ruedas.

La madre viaja una vez por semana en tren a la ciudad. A la niña le permiten acompañarla dos veces al año. Una vez a principios de verano y otra a principios de invierno. En la ciudad, la niña se siente fea porque anda envuelta en mucha ropa gruesa. A las cuatro de la mañana, la madre va con la niña a la estación. Hace frío, también a principios de verano hace frío a las cuatro de la mañana. La madre quiere estar en la ciudad a las ocho, porque a esa hora abren las tiendas.

Entre una y otra tienda, la niña se quita un par de prendas y las lleva en la mano. Por ello pierde un par de ellas en la ciudad. Por eso a la madre no le gusta llevar a la niña a la ciudad. Pero existe una razón más profunda: la niña ve a los caballos trotar sobre el asfalto. La niña se detiene, quiere que la madre también se detenga y espere a que aparezcan más caballos. La madre no tiene tiempo para esperar, pero tampoco puede continuar sola. No quiere que la niña se extravíe en la ciudad. Tira de la niña. La niña se cuelga de ella y dice: Te das cuenta que los cascos hacen un ruido diferente que en casa.

Entre una y otra tienda, en el regreso en tren y aún días después, la niña pregunta: Por qué los caballos llevan zapatos de tacón en la ciudad.

Conocía a la enana de la plaza Trajans. Tenía más cuero cabelludo que pelo,

era sordomuda y llevaba una trenza de hierba como las sillas desechadas a la sombra de las moreras de los ancianos. Comía los desperdicios de la verdulería. Cada año la dejaban embarazada los hombres de Lola que salían a medianoche del último turno. La plaza era un lugar oscuro. La enana no lograba escapar de ellos porque no les oía llegar. Y tampoco podía gritar.

En las inmediaciones de la estación vagabundeaba el filósofo. Confundía los postes telefónicos y los troncos de los árboles con personas. Hablaba al hierro y la madera de Kant y del cosmos de las ovejas que pastaban. En las bodegas iba de mesa en mesa, bebía los restos de los vasos y los secaba con su larga barba blanca.

Delante del mercado se sentaba la vieja del sombrero de alfileres y papel de periódico. Desde hacía años, *tanto en* verano como en invierno, recorría las calles tirando de un trineo repleto de sacos. En uno de los sacos había papel de periódico doblado. La vieja se hacía un sombrero nuevo cada día. En otro saco guardaba los sombreros que ya había llevado.

Sólo los locos no habían alzado el brazo en la sala de actos. Habían confundido el miedo con la demencia.

Pero yo podía seguir contando a gente en las calles, contarme a mí misma como si acabara de encontrarme por casualidad. Podía decirme: Eh, tú, alguien. O: Eh, tú, mil. Pero no podía volverme loca. Seguía conservando la cordura.

Para comer me compraba algo que pudiera tomar sin dejar de andar. Prefería arrancar la carne con la boca en la calle que en la cafetería, sentada a la mesa. Ya no iba a la cafetería. Vendí mi cartilla y me compré tres pares de medias transparentes.

Sólo iba al cubículo de chicas a dormir, pero no dormía. Mi cabeza se tornaba transparente cuando la apoyaba sobre la almohada en la habitación oscura. La ventana era un cuadro claro a la luz de las farolas. Veía mi cabeza reflejada en el vidrio, las raíces del cabello plantadas como cebollas diminutas sobre el cuero cabelludo. Si me doy la vuelta, pensaba, se me caerá el pelo. Tenía que darme la vuelta para dejar de ver la ventana.

Entonces veía la puerta. Aun cuando el hombre que llevaba la maleta de Lola y mi cinturón en la bolsa de plástico transparente hubiera cerrado la puerta tras de sí aquel día, la muerte se hubiera quedado dentro. De noche, la puerta cerrada era la cama de Lola a la luz de las farolas.

Todas dormían a pierna suelta. Entre mi cabeza y la almohada oía el susurro de los objetos marchitos de los locos: el ramo de flores secas del que esperaba, la trenza de hierba de la enana, el sombrero de papel de la vieja del trineo, la barba blanca del filósofo.

A la hora del almuerzo, el abuelo deja el tenedor antes de tragar el último bocado. Se levanta de la mesa y dice: Cien pasos. Echa a andar y cuenta los pasos. Va de la mesa a la puerta, cruza el umbral, sale al patio, al asfalto y a la hierba. Se marcha, piensa la niña, ahora se meterá en el bosque.

Pero entonces termina de contar los cien pasos. El abuelo pasa sin contar de la hierba al asfalto, al umbral, a la mesa. Se sienta y coloca sus figuras de ajedrez, las dos reinas en último lugar. Juega al ajedrez. Apoya los brazos separados sobre la mesa, hunde las manos en el cabello, marca un ritmo rápido con los pies bajo la mesa, desliza la lengua de una mejilla a la otra, pega los brazos al cuerpo. El abuelo se vuelve amargado y solitario. La habitación desaparece porque el abuelo juega con los dos ejércitos, el claro y el oscuro, contra sí mismo. Cuanto más se aleja el almuerzo de su boca en dirección al intestino, más arrugas se dibujan en su rostro. Tan solitario que no le queda más remedio que silenciar todos los recuerdos de la Primera Guerra Mundial con las dos reinas.

El abuelo había regresado de la primera guerra como de sus paseos de cien pasos. En Italia, las serpientes son tan gruesas como mi brazo, dice. Se enroscan como ruedas de carro. Yacen sobre rocas entre los pueblos y duermen. Me senté sobre una de esas ruedas de carro, y el barbero de la compañía me restregó las zonas calvas de la cabeza con savia.

Las figuras de ajedrez del abuelo eran del tamaño de sus pulgares. Sólo las reinas eran tan grandes como su dedo corazón. Por debajo del hombro izquierdo llevan una piedrecita negra. Por qué tienen sólo un pecho, pregunté. Las piedrecillas son el corazón, dijo el abuelo. Dejé las reinas para el final, dijo el abuelo. Fueron las últimas figuras que tallé. Les dediqué mucho tiempo. El barbero de la compañía me dijo: Por los cabellos que siguen en tu cabeza no crece ni una sola hoja en el mundo. Están perdidos y deben abandonar la cabeza. Sólo en las calvas puedo hacer algo, sólo allí la savia obliga a la cabeza a engendrar nuevos cabellos.

Cuando terminé las reinas se me había caído todo el pelo, dice el abuelo.

Mientras contemplábamos el ir y venir del proletariado de ovejas de hojalata y melones de madera, Edgar, Kurt, Georg y yo hablábamos de cuando nos fuimos de casa. Edgar y yo éramos de pueblo, Kurt y Georg, de ciudades pequeñas.

Hablé de los sacos de moreras, los patios de los ancianos y el cuaderno de Lola: de la tierra llevada y metida en el rostro. Edgar asintió y Georg dijo: Aquí todos siguen siendo de pueblo. Nos fuimos del pueblo con la cabeza, pero con los pies estamos en otro pueblo. En una dictadura no pueden existir ciudades, porque todo queda pequeño cuando está vigilado.

Vamos de una ciudad a otra, dijo Georg, y nos convertimos de un pueblerino en otro. Podemos omitirnos por completo, dijo Kurt, subir al tren, pero ver que sólo existe una vía que comunica un pueblo con otro pueblo.

Cuando me fui, dijo Edgar, el campo se apartó de la tierra desde el pueblo hasta la ciudad. El maíz aún estaba verde, abierto en abanico. Pensé que el huerto se alargaba y perseguía al tren. El tren avanzaba despacio.

A mí el trayecto se me hizo largo, y la distancia, enorme, dije yo. A los girasoles ya no les quedaba una sola hoja, y sus tallos negros creaban una separación insalvable. Las semillas eran tan negras que a las personas del compartimento les entró sueño de tanto mirar. De todos los que viajaban conmigo en el compartimento se apoderó el sueño. Una mujer llevaba una oca gris sobre el regazo. La mujer dormía, y la oca siguió graznando un rato, hasta que por fin escondió la cabeza bajo el ala y se durmió.

El bosque cubría la ventanilla, dijo Kurt, y cuando de pronto vislumbré una franja de cielo, pensé que era un río. El bosque había borrado toda la tierra. Era como la cabeza de mi padre. Cuando nos despedimos estaba tan borracho que creía que me iba a la guerra. Se echó a reír y a darle palmadas en el hombro a mi madre. Nuestro Kurt se va a la guerra, dijo. Mi madre gritó al oír eso. Y mientras gritaba rompió a llorar. Cómo es posible estar tan borracho, gritó. Pero lloraba porque creía lo que mi padre había dicho.

Mi padre empujaba la bicicleta entre los dos, dijo Georg. Yo llevaba la maleta en la mano. Cuando el tren salió de la estación, vi que mi padre regresaba a la ciudad empujando la bicicleta. Una raya larga y otra corta.

Mi padre es supersticioso, y mi madre siempre le cose chaquetas verdes. A quien evita el verde lo entierra el bosque, dice. Su camuflaje no se debía a ningún animal, sino a la guerra.

Mi padre, dijo Georg, se llevó la bicicleta a la estación para no tener que caminar tan cerca de mí y durante el regreso no sentir en las manos que volvía solo a casa.

Las madres de Edgar, Kurt y Georg eran modistas. Vivían rodeadas de telas, forro, tijeras, hilo, agujas, botones y plancha. Cuando Edgar, Kurt y Georg hablaban de las enfermedades de sus madres, me acometió la sensación de que las modistas tenían una cualidad reblandecida por el vapor de la plancha. Estaban enfermas por dentro: la madre de Edgar padecía de la bilis, la madre de Kurt, del estómago, y la madre de Georg, del bazo.

Sólo mi madre era campesina, y el campo le había conferido una cualidad endurecida. Estaba enferma por fuera; padecía de la espalda.

Cuando en lugar de nuestros padres de la SS hablábamos de nuestras madres, nos asombraba comprobar que esas madres, pese a no haberse visto jamás en la vida, nos enviaban las mismas cartas con sus enfermedades.

Con los trenes a los que ya no subíamos nos enviaban sus dolores de bilis, estómago, bazo y espalda. Esas enfermedades que las madres sacaban del cuerpo yacían en las cartas como los despojos robados de los animales sacrificados en el estante de la nevera.

Las enfermedades, pensaban las madres, son un lazo para los hijos. Así permanecían atados en la distancia. Querían un hijo que buscara los trenes de regreso a casa, que buscara el camino entre girasoles o bosques para dar la cara.

Ver una cara, pensaban las madres, en la que el amor atado sea una mejilla o una frente. Y distinguir aquí y allá las primeras arrugas que les indiquen que a lo largo de la vida las cosas nos van peor que durante la infancia.

Pero olvidaban que ya no podían acariciar ni abofetear esa cara. Que ya no les era posible tocarla.

Las enfermedades de las madres percibían que desatar era para nosotros una palabra hermosa.

Formábamos parte integrante de quienes traían consigo moreras, pero sólo lo reconocíamos a medias en nuestras conversaciones. Buscábamos diferencias porque leíamos libros. Pero aunque encontrábamos las diferencias más sutiles, guardábamos nuestros sacos detrás de las puertas, como todos los demás.

Pero los libros decían que aquellas puertas no eran un escondite. Lo único que podemos entornar, abrir de par en par y cerrar de un portazo es la frente. Tras ella estábamos con madres que nos enviaban sus enfermedades por correo y padres que sepultaban sus remordimientos de conciencia en las plantas más necias.

Los libros de la casa de verano habían entrado en el país de contrabando. Estaban escritos en la lengua materna en la que se posa el viento. No en la lengua estatal como en nuestro país. Pero tampoco en la lengua infantil de los pueblos. Los libros hablaban la lengua materna pero no expresaban la quietud pueblerina que prohíbe pensar. Creíamos que todo el mundo pensaba en el lugar del que procedían los libros. Olíamos las hojas y nos sorprendíamos oliéndonos los dedos. Nos asombraba que los dedos no nos quedaran negros al leer, como sucedía con la tinta de los periódicos y libros del país.

Todos aquellos que recorrían la ciudad con su tierra en el rostro se olían las manos. No conocían los libros de la casa de verano. Pero querían ir allí. En el lugar de donde procedían los libros había vaqueros y naranjas, juguetes blancos para los

niños, televisores portátiles para los padres, medias transparentes y rímel de verdad para las madres.

Todos vivían de los sueños de fuga. Querían cruzar el Danubio a nado hasta que el agua se tornara extranjera. Correr por el maíz hasta que la tierra se tornara extranjera. Se les notaba en los ojos: muy pronto se gastarán todo lo que tienen en comprar mapas a los agrimensores. Esperan días de niebla en el campo y el río para poder huir corriendo o nadando, para esquivar las balas y los perros de los vigilantes. Se les notaba en las manos: pronto construirán globos, pájaros frágiles de sábanas y árboles jóvenes. Esperan que el viento no deje de soplar para que puedan huir. Se les notaba en los labios: pronto cuchichearán con un guardavía y le darán todo lo que tengan. Subirán a los trenes de mercancías para marcharse.

Sólo el dictador y sus vigilantes no querían escapar. Se les notaba en los ojos, las manos y los labios: aún hoy y también mañana volverán a hacer cementerios con sus perros y sus balas. Pero también con el cinturón, la nuez, la ventana y la sogá.

Se percibía que el dictador y sus vigilantes conocían todos los secretos de los planes de fuga, se les sentía acechar y repartir miedo.

Por la noche, la última luz al final de todas las calles giraba por última vez sobre sí misma. Aquella luz era intensa. Advertía a las inmediaciones que estaba a punto de caer la noche. Las casas se hacían más pequeñas que las personas que pasaban junto a ellas. Los puentes se hacían más pequeños que los tranvías que los cruzaban. Y los árboles se hacían más pequeños que los rostros que pasaban solitarios bajo ellos.

En todas partes un camino a casa, una prisa desatinada. Los escasos rostros de la calle carecían de contornos. Y en ellos veía un pedazo de nube cuando se acercaban a mí. Y cuando casi los tenía delante, se encogían al siguiente paso. Sólo los adoquines conservaban su tamaño. Y al siguiente paso, en lugar de la nube pendían en la frente dos globos oculares blancos. Y al siguiente paso, a punto de quedar los rostros a mis espaldas, los dos globos oculares se fundían en uno solo.

Me aferraba a los extremos de las calles, donde había más claridad. Las nubes no eran más que montones de ropa arrugada. Me habría gustado remolonear un poco, pues sólo en el cubículo de las chicas me esperaba una cama. Me habría gustado esperar a que estuvieran dormidas. Pero en aquella luz pétrea no quedaba más remedio que caminar, y yo apretaba el paso cada vez más. Las calles laterales no aguardaban la noche. Hacían las maletas.

Edgar y Georg escribían poemas y los escondían en la casa de verano. Kurt se ocultaba en esquinas y entre arbustos para fotografiar los convoyes de

autobuses con cortinas cerradas. Por la mañana y por la noche sacaban a los presos de la cárcel para llevarlos a las obras que esperaban más allá de los campos. Es tan espeluznante, decía Kurt, que da la sensación de que incluso en las fotografías podrán oírse los ladridos de los perros. Si los perros ladraran en las fotografías, dijo Edgar, no podríamos esconderlas en la casa de verano.

Y yo pensaba que todo lo que perjudica a quienes hacen cementerios merece la pena. Que merece la pena que Edgar, Kurt y Georg, por el hecho de escribir poemas, hacer fotos y tararear una canción aquí y allá, provoquen odio en quienes hacen cementerios. Que ese odio perjudica a los vigilantes. Que todos los vigilantes e incluso el dictador acabarán por perder el juicio a causa de ese odio.

Por aquel entonces aún no sabía que los vigilantes necesitaban ese odio para la precisión cotidiana de un trabajo cruento. Que lo necesitaban a fin de poder dictar sentencia para ganarse el sueldo. Sólo podían sentenciar a los enemigos. Los vigilantes demostraban su lealtad con el número de enemigos.

Edgar dijo, es el propio servicio secreto el que difunde los rumores sobre las enfermedades del dictador, para incitar a la gente a fugarse y así poder sorprenderlos. Para incitar a la gente a cuchichear y así poder sorprenderlos. Porque no basta con sorprender a la gente robando carne, cerillas, maíz, detergente, velas, tornillos, horquillas, clavos o tablones.

Al callejear no veía tan sólo a los locos y sus objetos marchitos. También veía a los vigilantes pasearse por las calles. Hombres jóvenes de dientes amarillentos montaban guardia delante de grandes edificios, en plazas, delante de tiendas, en paradas, en el parque desgredado, delante de residencias de estudiantes, en bodegas, frente a la estación. Los uniformes no les sentaban bien, les iban demasiado holgados o demasiado apretados. Conocían los ciruelos de cada territorio que vigilaban. Incluso daban rodeos para pasar junto a los ciruelos. Las ramas llegaban casi hasta el suelo. Los vigilantes se llenaban los bolsillos de ciruelas verdes. Las cogían deprisa, se llenaban la chaqueta entera. Querían coger la fruta una sola vez y que les durara. Una vez tenían los bolsillos llenos, se alejaban a toda prisa de aquellos árboles. Porque come ciruelas era un insulto que se aplicaba a advenedizos, renegados, gentes sin conciencia salidas de la nada y figuras que pasaban por encima de cadáveres. También el dictador recibía ese apelativo.

Los jóvenes caminaban arriba y abajo mientras se metían la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacaban puñados de ciruelas en un intento de pasar inadvertidos. No podían cerrar los dedos hasta que tenían la boca llena.

Como cogían tantas ciruelas a un tiempo, algunas se les caían al suelo y

otras se les colaban en la manga. Los vigilantes propinaban patadas a las que caían al suelo como si de pelotitas se tratara; las enviaban a la hierba con la puntera del zapato. Con el brazo doblado pescaban las de la manga y se las metían entre los carrillos ya hinchados.

Veía la espuma en sus dientes y pensaba: No comas ciruelas verdes, porque el hueso aún está blando y muerdes la muerte.

Los comeciruelas eran campesinos. Las ciruelas verdes los volvían locos. Comían para olvidar el trabajo. Se ocultaban bajo los árboles del pueblo a robar como niños en el pueblo. No tenían hambre, sólo ansiaban percibir el sabor ácido de la pobreza, en la que aún hace un año bajaban los ojos y hundían la cabeza entre los hombros como bajo la amenaza de la mano del padre.

Devoraban hasta vaciar los bolsillos, luego se los alisaban y cargaban las ciruelas en el estómago. No les subía la fiebre. Eran niños en grande. Lejos de casa, el ardor interno se desahogaba durante el servicio.

Gritaban a uno porque quemaba el sol, porque soplaba el viento o porque llovía. Al segundo lo zarandeaban antes de soltarlo. Al tercero lo derribaban a golpes. A veces, el ardor de las ciruelas permanecía tranquilo en sus cráneos, y se llevaban al cuarto, con firmeza y sin rabia. Al cabo de un cuarto de hora regresaban.

Cuando pasaba una mujer joven, le miraban las piernas con fijeza y aire pensativo. No resolvían hasta el último instante si la dejaban marchar o la cogían. Debía quedar claro que con semejantes piernas no pintaban nada los motivos, sólo el estado de ánimo.

Los transeúntes pasaban junto a ellos presurosos y en silencio. Se conocían de antes. Por ello eran tan silenciosos los pasos de los hombres y mujeres. Los relojes sonaban desde los campanarios, dividían los días de sol y de lluvia en mañana y tarde. El cielo cambiaba de luz, el asfalto cambiaba de color, el viento cambiaba de dirección, los árboles cambiaban de susurro.

También Edgar, Kurt y Georg habían comido ciruelas de niños. A ellos no les había quedado imagen alguna de las ciruelas, porque ningún padre los había molestado al comerlas. Se burlaron de mí cuando dije: No hay nada que hacer; te mueres. La fiebre te consume el corazón desde las entrañas. Menearon la cabeza cuando dije: No mordí la muerte porque mi padre nunca me vio comer. Los vigilantes comen sin disimulo, dije. No muerden la muerte porque los transeúntes conocen el crujido de las ramas al coger las ciruelas y los regüeldos ácidos de la pobreza.

Edgar, Kurt y Georg vivían en la misma residencia, aunque en distintas

habitaciones. Edgar, en el cuarto piso, Kurt, en el segundo, Georg, en el tercero. En cada habitación había cinco chicos, cinco camas, cinco maletas debajo de ellas. Una ventana, un altavoz sobre la puerta, un armario empotrado en la pared. En cada maleta los calcetines, debajo de los calcetines espuma de afeitar y una navaja.

Cuando Edgar entró en la habitación, alguien arrojó sus zapatos por la ventana y gritó: Salta y pónelos al vuelo. En el segundo piso, alguien empujó a Kurt contra la puerta del armario y gritó: Tus historias las haces en otra parte. En el tercer piso, a Georg le tiraron un panfleto a la cara, y alguien gritó: Si haces mierda, cómetela.

Los chicos amenazaron a Edgar, Kurt y Georg con una paliza. Tres hombres acababan de marcharse. Habían registrado las habitaciones y dicho a los chicos: Si no os gusta esta visita, hablad con el que no está. Hablad, habían dicho los hombres enseñando los puños.

Cuando Edgar, Kurt y Georg llegaron al cubículo, la ira se desmoronó. Edgar se echó a reír y arrojó una maleta por la ventana. Kurt dijo: Cuidado, gusano. Georg dijo: Si hablas de mierda se te pudrirán los dientes.

Sólo un chico de cada habitación perdió los estribos, dijeron Edgar, Kurt y Georg. La rabia se perdió en el vacío, pues los otros tres, pese a haberse propuesto lo mismo, habían dejado al enfurecido en la estacada al entrar Edgar, Kurt y Georg. Se limitaron a permanecer inmóviles, extinguidos.

El enfurecido de la habitación de Edgar salió y cerró de un portazo. Bajó y al cabo de unos instantes regresó con su maleta y los zapatos de Edgar.

No había mucho que registrar en el diminuto cubículo. Edgar dijo: No han encontrado nada. Y Georg dijo: Han alborotado a los piojos, las sábanas están salpicadas de manchas negras. Los chicos duermen inquietos y caminan de noche por la habitación.

Sí había mucho que registrar en las casas de los padres de Edgar, Kurt y Georg. La madre de Georg envió una carta con su dolor de bazo, que había aumentado por el miedo. La madre de Kurt envió una carta con su dolor de estómago, que se había vuelto loco. Por primera vez, los padres añadieron una línea al margen en aquellas cartas: No vuelvas a hacerle esto a tu madre.

El padre de Edgar llegó a la ciudad en tren y subió al tranvía. Luego se dirigió a la residencia dando un rodeo para evitar el parque desgreado. Pidió a un chico que hiciera venir a Edgar a la entrada.

Cuando bajé la escalera y vi a mi padre desde arriba, un niño pequeño miraba los anuncios de la vitrina, dijo Edgar. Qué pone, dije yo. Me dio una bolsa

de avellanas recién cogidas del pueblo. Se sacó la carta de mi madre del bolsillo interior y dijo: El parque está muy descuidado, no me gusta caminar por él. Edgar asintió y leyó en la carta que los dolores de bilis se habían tornado insoportables.

Edgar cruzó el parque con su padre hasta llegar a la bodega que hay detrás de la parada del tranvía.

Tres hombres en coche, dijo el padre de Edgar. Uno se quedó fuera, en la calle. Se sentó en el puente del canal y esperó; sólo era el chófer. Dos entraron en la casa. El más joven tenía calva, el mayor, canas. La madre de Edgar quería subir las persianas, pero el de la calva dijo: Déjalas cerradas y enciende la luz. El viejo deshizo la cama, retiró las almohadas y las mantas, registró el colchón. Exigió que le llevaran un destornillador. El de la calva desatornilló la estructura de la cama.

Edgar caminaba despacio, y su padre andaba a su lado con paso rígido. Mientras hablaba miraba los matorrales como si tuviera que contar las hojas. Qué buscas, preguntó Edgar. Su padre dijo: Retiraron la alfombra y sacaron todas las cosas de los armarios, no busco nada porque no he perdido nada.

Edgar señaló la chaqueta de su padre. Cuando se sacó la carta del bolsillo interior ya le faltaba un botón. Edgar se echó a reír: A lo mejor buscas el botón. Su padre dijo: Seguro que está en el tren.

Las cartas de los dos tíos de Edgar, enviadas desde Austria y Brasil, no las pudieron leer, porque estaban en alemán, dijo el padre de Edgar. Se llevaron las cartas. También las fotos que habían llegado con las cartas. En las fotos se veían las casas de los dos tíos, los parientes y sus casas. Las casas eran iguales. Cuántas habitaciones tienen los de Austria, preguntó el más viejo. Qué árboles son éstos, preguntó el de la calva. El padre de Edgar se encogió de hombros. Dónde están las cartas enviadas a tu hijo, preguntó el viejo, las de su prima. No ha escrito nunca, dijo la madre de Edgar. Estás segura, preguntó él. No, a lo mejor escribe, y él no recibe las cartas, dijo la madre de Edgar.

El viejo vació las cajas de botones y cremalleras sobre la mesa. El de la calva desparramó telas y forros por todas partes. El padre de Edgar dijo: Tu madre ya no sabe de qué cliente es qué. De dónde habéis sacado la revista de moda, preguntaron. La madre de Edgar señaló sus maletines, en los que habían guardado las cartas y las fotos. De mi hermano de Austria. Sabéis cómo son las rayas, dijo el viejo, pronto iréis vestidos de rayas.

En la bodega, el padre de Edgar se sentó con mucho cuidado, como si la silla ya estuviera ocupada. En la habitación de Edgar, el de la calva había abierto el dobladillo de la cortina, había sacado los libros del armario y los había agitado boca abajo. El padre de Edgar apoyó las manos sobre la mesa para que no le

temblaran. Dijo: Qué iba a haber en esos libros viejos, sólo cayó polvo. Al beber derramó un poco de licor.

Arrancaron las flores de las macetas del alféizar y desmigajaron la tierra con las manos, dijo el padre de Edgar. La tierra cayó sobre la mesa de la cocina, y las raíces se les quedaron enredadas entre los dedos. El de la calva deletreó unas palabras del libro de cocina: hígado a la brasileña, rebozar el hígado de pollo en harina. La madre de Edgar se lo tuvo que traducir. Comeréis sopa con ojos de buey, dijo el hombre. El viejo había salido al patio para seguir buscando. También en el jardín.

Edgar sirvió otra copa a su padre y dijo: No bebas tan deprisa. El chófer se levantó y meó en el canal, dijo el padre de Edgar. Dejó el vaso vacío sobre la mesa, por qué dices que no beba deprisa, si no bebo deprisa. El chófer se puso a mear y los patos se acercaron a mirar, dijo el padre de Edgar. Creían que les estaban dando agua fresca, como cada tarde. El chófer se echó a reír, se subió la bragueta y partió un pedazo de madera podrida del final del puente. Desmenuzó la madera entre los dedos y arrojó las migas a la hierba. Los patos que creían que les estaban dando trigo, como cada tarde, y se comieron la madera desmenuzada.

Desde el registro falta en la mesita de noche la figurilla de madera que había tallado el tío de Edgar que vivía en Brasil.

Los tíos de Edgar eran soldados de la SS que no habían regresado. La guerra perdida los empujó a lugares lejanos. Habían hecho cementerios en la sociedad de calaveras y después de la guerra se separaron. Llevaban en el cráneo la misma carga. Nunca más se buscaron. Se hicieron con una mujer del lugar y con ellas construyeron en Austria y Brasil tejados puntiagudos, un hastial puntiagudo, cuatro ventanas con cruceros verde hierba, una valla de láminas verde hierba. Llegaron a la tierra desconocida y construyeron dos casas suabas. Tan suabas como sus cráneos, en dos lugares lejanos donde todo era diferente. Y cuando terminaron las casas hicieron a sus mujeres dos niños suabos.

Sólo los árboles que se alzaban delante de la casa, que podaban cada año como hacían en su casa antes de la guerra, crecieron más allá de los patrones suabos, ciñéndose a ese otro cielo, esa otra tierra, ese otro clima.

Estábamos sentados en el parque desgredado, comiendo las avellanas de Edgar. Edgar dijo: Saben a bilis. Se había quitado el zapato y partía las avellanas con el tacón antes de ponerlas sobre un periódico. Él no comió ninguna. Georg me dio una llave y me envió por primera vez a la casa de verano.

Me saqué la llave del zapato. Abrí la puerta pero no encendí la luz, sino una cerilla. Ahí estaba la bomba, grande y delgada como un hombre con un solo brazo.

Del tubo colgaba una chaqueta vieja, y a los pies de la bomba se veía una regadera oxidada. Había azadas, palas, rastrillos, una tijera de podar y una escoba apoyados contra la pared. Manchados de tierra. Levanté la tapa del pozo, el saquito de hilo pendía sobre el profundo agujero. Solté el saquito del gancho, metí los libros y volví a colgarlo. Cerré la puerta al salir.

Atravesé el sendero de hierba que había pisoteado al llegar. Malvas de innumerables dedales violetas se aferraban al aire, los convólvulos despedían un olor dulzón, o tal vez era mi miedo. Las briznas de hierba me pinchaban las pantorrillas. De repente, una gallina joven y perdida cloqueó en el camino y se apartó al ver acercarse mis zapatos. La hierba era tres veces más alta que su lomo y se cerraba sobre ella. La gallina se lamentaba en aquella selva florida; no encontraba la salida y corría para salvar la vida. Los grillos cantaban, pero la gallina hacía mucho más ruido. Me delatará con su miedo, pensé. Las plantas me seguían con la mirada. El corazón me palpitaba desde la frente hasta la barriga.

No había nadie en la casa de verano, dije al día siguiente. Estábamos sentados en el jardín de la bodega. La cerveza era verde porque las botellas eran verdes. Edgar, Kurt y Georg habían limpiado el polvo de la mesa con los brazos desnudos. Sobre la mesa se veían las marcas de sus brazos. Detrás de sus cabezas pendían las hojas verdes del castaño. Las amarillas aún se escondían. Brindamos en silencio.

Sobre una frente, junto a una sien y tras una mejilla que pertenecían a Edgar, Kurt y Georg, los cabellos se tornaban transparentes porque el sol se reflejaba en ellos. O porque la cerveza gorgoteaba cuando uno u otro dejaban la botella sobre la mesa. De vez en cuando caía una hoja amarilla del árbol. Alguno de nosotros siempre alzaba la vista como si quisiera verla caer. Pero no esperaba a que cayera la siguiente, que nunca tardaba demasiado. Nuestros ojos no tenían la paciencia suficiente. No nos dejábamos engatusar por las hojas, sólo por manchas amarillas voladoras que nos hacían apartar la mirada de los demás.

La mesa ardía como una plancha. En los rostros, la piel aparecía tensa. El mediodía se cernía sobre la bodega desierta. Los obreros seguían produciendo ovejas de hojalata y melones de madera en la fábrica. Pedimos otra ronda de cerveza para tener más botellas entre nuestros brazos.

Y Georg bajó la cabeza, y bajo la barbilla tenía otra barbilla. Cantó para sus adentros:

*Canario amarillo amarillo como la yema de plumas suaves y ojos distantes.*

Era una canción muy conocida en el país. Pero dos meses antes, los

cantantes habían huido, y ahora estaba prohibido cantarla. Georg dejó que la canción le resbalara por la garganta con un trago de cerveza.

El camarero se apoyó en el tronco de un árbol y se puso a escuchar entre bostezos. No éramos comensales; contemplamos la chaqueta mugrienta del camarero, y Edgar dijo: Cuando se trata de los hijos, los padres lo entienden todo. Mi padre entiende que esos tíos se llevaran la figurilla de madera. Mi padre dice: Ellos también tienen hijos a los que les gusta jugar.

No queríamos salir del país. No queríamos cruzar el Danubio, ir en globo ni subir a trenes de mercancías. Fuimos al parque desgredado. Edgar dijo: Si se fuera quien se tiene que ir, todos los demás podrían quedarse en el país. No se lo creía ni él. Nadie creía que se fuera quien se tenía que ir. Cada día circulaban rumores sobre las viejas y nuevas enfermedades del dictador. Nadie les daba crédito. Sin embargo, todo el mundo los susurraba al oído del vecino. También nosotros los difundíamos, como si en ellos anidara el virus de la muerte y así pudiéramos alcanzar al dictador: cáncer de pulmón, atrofia cerebral, parálisis, leucemia.

Se marchaba otra vez, murmuraba la gente: Francia, China, Bélgica, Inglaterra, Corea, Libia, Siria, Alemania o Cuba. En cada susurro, sus viajes iban acompañados del deseo de escapar.

Cada fuga era una oferta en beneficio de la muerte. Por eso tenían tanto poder de atracción los rumores. Cada segunda fuga fracasaba a causa de los perros y las balas de los vigilantes.

El agua del río, los trenes de mercancías en marcha, los campos inmóviles eran caminos de muerte. En los campos de maíz, los campesinos descubrían durante la cosecha cadáveres resacos, reventados o destrozados por los cuervos. Los campesinos recolectaban el maíz y dejaban los cadáveres porque más valía no verlos. A finales de otoño, los tractores araban los campos.

El temor a la fuga convertía cada viaje del dictador en una visita de urgencia al médico: aire del Extremo Oriente para combatir el cáncer de pulmón, raíces silvestres para combatir el cáncer de laringe, baterías de calefacción para combatir el cáncer de intestino, acupuntura para combatir la atrofia cerebral, baños para combatir la parálisis. Sólo para una enfermedad no le hace falta marcharse, según decían: la sangre de niños para combatir la leucemia la consigue aquí mismo. En las clínicas de maternidad se les succiona a los recién nacidos de la frente con jeringuillas japonesas.

Los rumores sobre las enfermedades del dictador se parecían a las cartas que Edgar, Kurt, Georg y yo recibíamos de nuestras madres. Los murmullos recomendaban no fugarse aún. De todos se apoderaba la alegría por el mal ajeno,

pero el mal ajeno jamás llegaba. Por la frente de todos reptaba el cadáver del dictador como si de la propia vida desperdiciada se tratara. Todos querían sobrevivirle.

Entré en el comedor y abrí la nevera. La luz se encendió como si acabara de arrojarla a su interior.

Desde la muerte de Lola no había lenguas ni riñones en la nevera. Pero yo los veía y olía. Imaginé a un hombre transparente delante de la nevera abierta. El transparente estaba enfermo y, para vivir más tiempo, había robado entrañas de animales sanos.

Vi la bestia de su corazón. Pendía encerrada en la bombilla. Estaba encorvada y cansada. Cerré la nevera de un golpe porque la bestia del corazón no era robada. Sólo podía ser la suya; era más fea que las entrañas de todos los animales del mundo.

Las chicas caminaban por el cubículo, reían y comían uvas y pan sin encender la luz, pese a que ya había caído la noche. De repente, alguien encendió la luz para irse a la cama. Todas se tumbaron. Apagué la luz. La respiración de las chicas no tardó en sumirse en un sueño profundo. Casi me parecía verla, como si esa respiración y no la noche fuera negra, inmóvil y cálida.

Yacía arropada, contemplando las sábanas blancas de las camas. Cómo habría que vivir, pensé, para encajar con lo que se piensa en cada momento. Cómo lo hacen los objetos que yacen en la calle y pasan desapercibidos cuando pasamos a su lado, aun cuando alguien los ha perdido.

Murió mi padre. De tanto beber, su hígado era del tamaño del de una oca cebada, había dicho el médico. Junto a su rostro, en la vitrina, había tenazas y tijeras. Dije: Su hígado es tan grande como las canciones para el *führer*. El médico se llevó el dedo índice a los labios. Pensaba en canciones para el dictador, pero yo me refería al *führer*. Con el dedo sobre los labios dijo: Un caso perdido. Se refería al padre, pero yo pensaba en el dictador.

A mi padre le dieron el alta para que muriera en casa. Sonreía con la cara más delgada que había tenido jamás. Era tan necio que se alegraba. El médico no es bueno, dijo, la habitación es horrible, la cama es dura, en la almohada hay jirones en lugar de plumas. Por eso me encuentro cada vez peor, dijo mi padre. El reloj le bailaba en la muñeca. Las encías se le habían encogido. Se guardó la dentadura en el bolsillo de la chaqueta porque ya no le encajaba.

Mi padre era un manojo de huesos. Sólo el hígado le había crecido, también los ojos y la nariz. Y la nariz de mi padre se había transformado en un pico, como el de las ocas.

Iremos a otro hospital, dijo mi padre. Yo le llevaba la maletita. Ahí los médicos son buenos, dijo mi padre.

En la esquina, el viento nos alborotó el cabello, y nos miramos. El padre aprovechó la ocasión y dijo: Tengo que ir al barbero.

Era tan necio que ir al barbero le parecía importante tres días antes de morir. Eramos los dos tan necios que él miró el reloj y yo asentí. Que al cabo de un par de minutos, él estaba sentado inmóvil y yo estaba de pie inmóvil en la barbería.

Estábamos tan desligados tres días antes de su muerte que ambos pudimos contemplar al barbero de bata blanca mientras tomaba mechones de cabello entre las hojas de la tijera.

Me llevé la maletita de mi padre a la ciudad. En ella había un reloj de pulsera, una dentadura y unas zapatillas a cuadros blancos y marrones. El empleado de la funeraria le había puesto a mi padre zapatos de calle. Todo lo que pertenece a mi padre debería estar con él en el ataúd.

Las zapatillas a cuadros blancos y marrones tienen un reborde blanco alrededor de los tobillos. Donde se juntan las dos mitades del reborde hay dos borlas de lana blanca y marrón. El padre lleva las zapatillas desde que nació la niña. Cuando se las pone, sus tobillos parecen más esbeltos que cuando va descalzo. Antes de irse a la cama, deja que la niña acaricie las borlas con las manos. Pero tiene prohibido pisarlas, aun descalza.

El padre está sentado en el borde de la cama, la niña en el suelo. La niña oye el péndulo del reloj de pared y acaricia las borlas al compás. La madre ya duerme. Mientras acaricia, la niña dice: Tic-tac, tic-tac. El padre pisa la zapatilla izquierda con la derecha. Entre ellas, la mano de la niña. Duele. La niña contiene el aliento y guarda silencio.

Cuando el padre retira la zapatilla, la mano está aplastada. El padre dice: O me dejas en paz o... De repente toma la mano aplastada entre las suyas y dice: O nada.

Dicen que sólo nieva cuando muere una persona buena. No es cierto.

Empezó a nevar después de la muerte de mi padre, cuando me fui a la ciudad con la maletita. Los copos se agitaban al viento como jirones. La nieve no cuajó sobre las piedras, las filigranas de hierro de las vallas, los picaportes de las verjas ni las tapas de los buzones. Sólo blanqueó el cabello de hombres y mujeres.

En lugar de preocuparse por la muerte, pensé, el padre había urdido algo con el barbero. Había urdido algo erróneo con el primer barbero que había encontrado en la primera esquina, al igual que había urdido algo erróneo con la

muerte. No dijo nada de la muerte al barbero. Pese a percibir la muerte, contaba con la vida.

Era tan necia que los jirones de nieve que blanqueaban el cabello de hombres y mujeres me obligó a urdir lo correcto conmigo misma. Un día antes del entierro de mi padre fui con la maletita a ver a mi peluquero y le hablé de la muerte.

Me quedé tanto rato como pude con el peluquero y le conté todo cuanto sabía de la vida de mi padre.

En el relato de la muerte, la vida de mi padre empezaba en una época sobre la que casi todo lo sabía por los libros de Edgar, Kurt y Georg, y casi nada por mi padre. Un soldado de la SS que volvió a casa tras hacer cementerios y marcharse a toda prisa de los lugares, expliqué al peluquero. Que engendró a una hija y siempre vigilaba sus zapatillas. Mientras hablaba de sus plantas más necias, de sus ciruelas más oscuras, de sus canciones borrachas para el *führer* y de su hígado demasiado grande, el peluquero me hacía la permanente para el entierro.

Antes de irme, el peluquero me dijo: Mi padre estuvo en Stalingrado.

Subí al tren y me dirigí al entierro de mi padre y a los dolores de espalda de mi madre. El campo era un manto a cuadros blancos y marrones.

Estaba de pie junto al ataúd. La abuela que canta entró en la habitación con una manta acolchada. Rodeó el ataúd y extendió la manta sobre la estameña. Su nariz se parecía al pico de él. Él se aprovecha de que ella lo cuida, pensé. Sus labios eran un silbato ronco y solitario que cantaba para sus adentros sin cordura. Hacía años que la abuela cantora no reconocía a nadie de la familia. Pero en aquel instante reconoció a mi padre porque estaba loca y él, muerto. Ahora la bestia de su corazón anidaba en el interior de la abuela.

Dejad la manta sobre el ataúd, dijo a mi madre, que viene el ganso blanco. La madre se oprimió el dolor de espalda con una mano mientras con la otra retiraba la manta de la estameña.

Desde los registros, Edgar, Kurt y Georg siempre llevaban encima el cepillo de dientes y una toallita. Contaban con que los detuviesen en cualquier momento.

Para comprobar si alguien figaba en sus maletas, por la mañana colocaban dos pelos sobre la tapa. Por la noche habían desaparecido.

Kurt dijo: Cada noche, cuando me voy a la cama, me parece que unas manos frías me agarran la espalda. Me tumbo de costado y doblo las piernas sobre el vientre. Me horroriza tener que dormir. Me duermo con la rapidez con que una piedra cae al agua.

He soñado que quería ir al cine, dijo Edgar. Me afeité porque en la vitrina de

anuncios junto a la entrada había un decreto según el cual no podías abandonar la residencia sin haberte afeitado. Fui al tranvía. En el vagón vi que sobre cada asiento había un papel con los días de la semana. Leí: lunes, martes, miércoles, todos los días hasta el domingo. Le dije al revisor: Hoy no es ninguno de estos días. El revisor dijo: Por eso todo el mundo tiene que ir de pie. Todos los viajeros estaban agolpados junto a la puerta trasera. Cada uno llevaba un niño en brazos. Los niños cantaban a coro. Cantaban al unísono pese a no poder verse a causa de los adultos.

Los cubículos de Edgar, Kurt y Georg, así como las casas de sus padres, fueron registradas tres veces más. Tras cada registro, las madres enviaban cartas con sus enfermedades. El padre de Edgar no vino a la ciudad; la carta de su madre llegó por correo. El padre de Edgar escribió al margen: Vas a matar a tu madre a disgustos.

También registraron mi habitación. Cuando entré en el cubículo, las chicas estaban ordenándolo. Mi ropa de cama, el colchón y el rímel yacían en el suelo. Mi maleta estaba abierta bajo la ventana, las medias estándar guardadas en el bolsillo de la tapa. Sobre las medias vi una carta de mi madre.

Alguien gritó: Tú empujaste a Lola a la muerte. Rasgué el sobre, cerré la maleta de una patada y dije: Me confundís con el profesor de gimnasia. Alguien susurró: Nada de eso. Lola se ahorcó con tu cinturón. Recogí el rímel y lo arrojé al otro extremo de la habitación. Se estrelló contra el frasco de conservas lleno de ramas de abeto que estaba sobre la mesa. Las puntas de las ramas se apoyaban en la pared.

Leí la carta. Tras el dolor de espalda de mi madre decía:

Vinieron tres hombres en coche. Dos de ellos pusieron toda la casa patas arriba. El tercero sólo era el chófer. Se puso a hablar con la abuela para que dejara en paz a los otros dos. El chófer habla alemán, y no sólo alto alemán, sino dialecto suabo. Es de un pueblo vecino, aunque no quiso decirnos de cuál. La abuela lo confundió con tu padre y quería peinarlo. Él le quitó el peine, y ella se puso a cantar.

Al hombre le sorprendió lo bien que cantaba, y la acompañó en una de las canciones:

*Venid a casa ahora mismo, niños, que la madre ya apaga la luz.*

Dijo que conocía la melodía de otra forma. Cantó la canción casi igual que la abuela, pero con algunos errores.

Desde que los hombres se fueron, el abuelo anda como loco. Ha desaparecido su reina clara. La ha buscado por todas partes, pero no la encuentra. La echa mucho de menos. No podrá jugar al ajedrez si no la encuentra. Cuidaba tanto de sus figuras. Sobrevivieron a la guerra y al cautiverio, y ahora le desaparece la reina en su propia casa.

El abuelo dice que te escribe que otras personas aplauden y ganan dinero. No le hagas esto a tu abuelo nunca más.

Nevaba. Lo que nos caía sobre el rostro como nieve, en el asfalto ya se había convertido en agua. Teníamos los pies fríos. La noche aupaba el brillo de la calle hasta los árboles. Entre las ramas desnudas, las farolas intentaban fundirse en una sola.

El hombre de la pajarita negra volvía a reflejarse en la fuente. Miraba calle arriba, hacia la cárcel. La nieve se adhería al ramo de flores marchitas como a su cabeza. Era tarde; hacía rato que los autobuses de presos habían regresado a la cárcel.

El viento nos azotaba la nieve al rostro, pese a que Edgar, Kurt, Georg y yo caminábamos en la dirección opuesta. Queríamos ir a un lugar donde entrar en calor. Pero de la bodega nos llegaban gritos insoportables. Fuimos al cine, a la última sesión del día. La película ya había empezado.

En la pantalla se veía una fábrica. En cuanto nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra, Edgar contó las sombras de los asientos. Aparte de nosotros había nueve personas en la sala. Nos sentamos en la última fila. Kurt dijo: Aquí se puede hablar.

La fábrica de la pantalla era oscura, no nos veíamos. Edgar se echó a reír y dijo: Si ya sabemos qué aspecto tenemos a la luz del día. Georg dijo: Algunos no lo saben. Se sacó el cepillo de dientes del bolsillo y se lo metió en la boca. En la pantalla, el proletariado recorría la fábrica con barras de hierro en las manos. Las metían en un alto horno. El hierro fundido iluminó la sala. Nos miramos y empezamos a reír. Kurt dijo: Sácate el cepillo de dientes de la boca. Georg volvió a guardárselo en el bolsillo. Capullo suabo, dijo.

Kurt dijo: He soñado que iba al barbero. En la barbería sólo había mujeres, y todas tricotaban. Pregunté: Qué hacen aquí. El barbero dijo: Esperan a sus hombres. Me estrechó la mano y dijo: No tengo el gusto. Creía que se refería a las mujeres, pero me miraba a mí. Le dije: Sí que me conoce. Las mujeres se rieron por lo bajo. Soy el estudiante, dije. No que yo sepa, dijo el barbero. Ahora que lo pienso, conozco a otro como usted, pero a usted no.

Los espectadores silbaron y gritaron: Tíratela, Lupu, tíratela de una vez,

Lupule. Un obrero y una obrera se besaban de noche al viento, junto a la entrada de la fábrica. En la siguiente toma era de día, junto a la entrada de la fábrica, y la obrera besada tenía un hijo.

Cuando estaba a punto de sentarme frente al espejo, dijo Kurt, el barbero meneó la cabeza: No puede ser. Por qué, pregunté. Golpeteó el espejo con el dedo. Me miré en él; tenía vello pubiano en el rostro.

Georg me tiró del brazo y me puso la llave de la casa de verano en la mano. Dónde la guardo, pregunté.

En la pantalla, unos niños salían de la escuela. Lupu, el padre, había ido a buscar al hijo de la obrera besada. Besó al niño en la frente y le cogió la cartera.

Georg dijo: Yo sacaba malas notas en el colegio. Mi padre dijo: Ya es hora de que le hagamos algo al director, unos pantalones, por ejemplo. Al día siguiente, mi madre compró tela gris, ribetes, forro y botones, también para la bragueta, porque en la tienda sólo tenían cremalleras rojas. Mi padre fue al colegio y pidió al director que fuera a casa para que le tomaran las medidas. Hacía tiempo que el director esperaba aquella oferta, de modo que no se hizo rogar.

El director se situó junto a la máquina de coser. Mi madre empezó a medir por los zapatos. Las piernas relajadas, señor director, dijo. Preguntó, cómo de largos, un poco más largos. Cómo de anchos, un poco más estrechos. Los quiere vueltos, señor director, preguntó pantalón arriba. Y los bolsillos, señor director. Al llegar a la bragueta respiró profundamente y preguntó: A qué lado lleva la llave del sótano, señor director. Siempre a la derecha. Y la del botiquín, preguntó, quiere botones o cremallera. Usted qué opina, preguntó el director. Las cremalleras son prácticas, pero los botones dan más personalidad, dijo mi padre. Botones, dijo el director.

Después de la película fui a ver a mi modista. Sus hijos ya dormían. Nos quedamos en la cocina. Era la primera vez que iba a su casa tan tarde. No se sorprendió. Comimos manzanas fritas. Ella fumaba hundiendo las mejillas y se parecía a la reina del ajedrez de mi abuelo. El muy desgraciado está en Canadá, dijo, hoy me he encontrado con su hermana. El marido de la modista se había fugado por el Danubio sin decirle ni una palabra. Había contado a la modista lo de las reinas oscura y clara, lo del barbero de la compañía de mi abuelo, lo de la abuela que rezaba y la abuela que cantaba. También lo de las plantas más necias de mi padre y los dolores de espalda de mi madre.

Tus abuelas se parecen a las reinas del ajedrez de tu abuelo, había dicho la modista. La que reza es como la oscura, y la que canta, como la clara. Rezar siempre es oscuro.

No la contradije, aunque opinaba lo contrario.

La abuela que canta es la oscura. Sabe que todo el mundo tiene una bestia del corazón. Le roba el hombre a otra mujer. Este hombre ama a la otra mujer, no ama a la abuela que canta. Pero ella lo consigue porque lo quiere tener. No a él, sino su campo. Y lo conserva. Él no la quiere, pero ella lo domina diciendo: La bestia de tu corazón es un ratón.

Pero todo fue en vano, porque después de la guerra, el Estado se apropió del campo.

Acuciada por la desgracia, la abuela empezó a cantar.

La modista no advertía lo poco que sabía de mí. Parecía conformarse con saber que era estudiante y nunca llevaba cinturón.

Dejé la llave de la casa de verano sobre el alféizar de la ventana y allí la olvidé. Pensé que nadie tiraría una llave.

Edgar, Kurt y Georg no confiaban en la modista. Dije: Desconfiáis porque vuestras madres son modistas. Tuve que prometerles que no mezclaría a la modista en nada que nos concerniera. Edgar, Kurt y Georg no habrían permitido que la llave quedara olvidada en el alféizar. Como hacían tan a menudo cuando desconfiaban, habrían recitado el poema:

*Cada persona tiene un amigo en cada pedacito de nubes lo que pasa con los amigos en este mundo sembrado de horror también mi madre decía es muy normal Nada de amigos piensa en cosas serias.*

Bien entrada la noche, regresé a la residencia a pie. Por el camino me crucé con tres vigilantes, pero no querían nada de mí. Estaban muy ocupados en sus asuntos, comiendo ciruelas verdes como hacían durante el día.

En la ciudad reinaba tal silencio que los oía masticar. Caminaba en silencio para no molestarlos. Me habría gustado andar de puntillas, pero lo habrían notado. Caminaba ligera como una sombra, tan ligera que nadie habría podido tocarme. Ni demasiado aprisa ni demasiado despacio. Las ciruelas verdes eran negras como el cielo en las manos de los vigilantes.

Al cabo de dos semanas volví a casa de la modista a primera hora de la tarde. Te olvidaste la llave, dijo en seguida, la vi al día siguiente. Me pasé el día pensando que era de noche cuando te fuiste y que no podrías entrar en la residencia.

Alrededor del cuello llevaba la cinta métrica. No es la llave de la residencia,

dije, es la de mi casa. Y pensé: Lleva la cinta métrica alrededor del cuello como si fuera un cinturón.

El té hervía en la tetera. Dijo: Veo crecer a mis hijos y deseo que más adelante necesiten la llave de casa más a menudo que tú. Derramó el azúcar junto a mi taza. Lo entiendes, preguntó. Asentí.

Como teníamos miedo, Edgar, Kurt, Georg y yo nos veíamos cada día. Comíamos juntos, pero el miedo permanecía a solas en cada cabeza, como antes de encontrarnos. Pero el miedo se escapa. Si controlas la expresión, se te cuele en la voz. Si consigues controlar la expresión y la voz como si de un pedazo de carne muerta se tratara, se te cuele en los dedos. Se te adhiere a la piel. Se escapa y la ves en todos los objetos a tu alrededor.

Sabíamos dónde estaba el miedo de cada uno, porque hacía tiempo que nos conocíamos. Con frecuencia no nos soportábamos, porque nos necesitábamos. No nos quedaba más remedio que herirnos mutuamente.

Tú con tu mala memoria suaba. Tú con tus prisas o tus tardanzas suabas. Tú con tu tacañería suaba. Con tu grosería suaba. Tú con tu hipo o tus estornudos suabos, con tus camisas o calcetines suabos, decíamos.

Recontracabroncapullo suabo, taladracerebros suabo, maxirrompetuétanos suabo. Necesitábamos la rabia de palabras largas que nos separasen. Las inventábamos como maldiciones para crear distancias. Nuestra risa era dura, nos clavábamos el dolor los unos en los otros. Tardábamos poco, porque nos conocíamos a fondo. Sabíamos a la perfección qué dolía al otro. Nos excitaba que el otro sufriera. Queríamos que se desmoronara por el peso del amor en estado puro y percibiera su escaso aguante. Cada insulto era el preludeo del siguiente, hasta que por fin el insultado callaba. Y aún seguíamos un rato. Durante un rato seguíamos arrojando palabras a su rostro como si de saltamontes en un campo carcomido se tratara.

El miedo nos había permitido penetrar en los otros más de lo que está permitido. En aquella confianza tan profunda necesitábamos el cambio que se produjo de improviso. El odio podía pisotear y destruir. Segar el amor en la intimidad, porque el amor volvía a crecer como la hierba alta. Las disculpas borraban los impulsos con la rapidez con que se contiene el aliento.

La pelea buscada siempre era intencionada, sólo sus secuelas eran imprevistas. Al final de la furia, siempre se expresaba amor sin inventar palabras. Siempre había amor, pero en las peleas tenía garras.

Una vez, al entregarme la llave de la casa de verano, Edgar dijo: Tú con tu sonrisa suaba. Sentí las garras y no sé por qué en aquella ocasión no repliqué. De

repente me sentí tan defraudada que no se me ocurrió ninguna réplica. Tal vez mi boca se convirtió en una vaina de guisantes. Así de resecos y delgados imaginaba esos labios que no quería tener. Una sonrisa suaba era como el padre al que no escogí. Como la madre a la que no quería.

También aquel día estábamos sentados en la última fila del cine. También aquel día se veía una fábrica en la pantalla. Una obrera tensaba hilos de lana en la tricotosa. Otra obrera se acercó a ella con una manzana roja y se la quedó mirando. La obrera alisó los hilos en la tricotosa y dijo: Creo que estoy enamorada. Cogió la manzana de la otra y le dio un mordisco.

Durante aquella película, Kurt me apoyó la mano en el brazo. También aquel día me contó un sueño. En ese sueño había hombres en la barbería. De la pared colgaba una pizarra que era un crucigrama. Todos los hombres señalaban las casillas vacías con perchas y decían letras. El barbero estaba encaramado a una escalera de mano y escribía las letras. Kurt se sentó ante el espejo. Los hombres dijeron: Si no resuelves esto no hay corte de pelo. Nosotros hemos llegado primero. Cuando Kurt se levantó y salió de la barbería, el barbero le gritó: Mañana se trae su propia navaja.

Por qué he soñado con esa navaja, me susurró Kurt al oído, aunque ya conocía la respuesta. Edgar, Georg y Kurt ya no tenían navaja. Les habían desaparecido de las maletas cerradas con llave.

Había pasado demasiado tiempo a la orilla del río con Edgar, Kurt y Georg. Paseemos un poco más, dijeron, como si hubiéramos caminado despreocupados junto al río. Aún sabíamos caminar despacio o deprisa, arrastrarnos y apresurarnos. Pero ya no sabíamos pasear.

La madre quiere coger las últimas ciruelas del jardín. Pero uno de los travesaños de la escalera está suelto. El abuelo va a comprar clavos. La madre espera al pie del árbol. Lleva el delantal de los bolsillos más grandes. Cae la noche.

Cuando el abuelo se saca las figuras de ajedrez de los bolsillos de la chaqueta y las coloca sobre la mesa, la abuela cantora dice: Las ciruelas esperan, y tú te vas a casa del barbero a jugar al ajedrez. El abuelo dice: El barbero no estaba en casa, por eso he ido al campo. Mañana por la mañana iré a comprar clavos; hoy he ido a deambular.

Kurt andaba con los pies hacia dentro. Arrojó un palo al agua y dijo:

*Cada persona tiene un amigo en cada pedacito de nubes lo que pasa con los amigos en este mundo sembrado de horror también mi madre decía es muy normal Nada de*

*amigospiensa en cosas serias.*

Edgar, Kurt y Georg recitan este poema una y otra vez. En la bodega, en el parque desgredado, en el tranvía, en el cine. También de camino a la barbería.

Con frecuencia, Edgar, Kurt y Georg iban juntos al barbero. Cuando entraban, el barbero decía: Uno a uno, dos rojos y uno negro. A Kurt y Georg siempre los rapaban antes que a Edgar.

El poema aparecía en uno de los libros de la casa de verano. También yo me lo sabía de memoria. Pero sólo lo recitaba en silencio, me aferraba a él cuando tenía que estar con las chicas en el cubículo. Me daba vergüenza recitar el poema delante de Edgar, Kurt y Georg.

Una vez intenté recitarlo en el parque desgredado, pero me quedé en blanco al segundo verso. Edgar balbuceó el resto. Recogí una lombriz de la tierra húmeda, le separé a Edgar la camisa del cuello y dejé caer en su interior el gusano rojo y frío.

Siempre había un pedacito de nube en la ciudad, o un cielo desierto. Y las cartas de mi madre, tu madre, su madre, que no significaban nada. El poema ocultaba su frialdad risueña, que encajaba con las voces de Edgar, Kurt y Georg. Era fácil de recitar. Pero costaba conservar día a día esa frialdad risueña. Tal vez por eso hacía falta recitar el poema tan a menudo.

No te fíes de la falsa afabilidad, me advirtieron Edgar, Kurt y Georg. Las chicas de la habitación lo intentan todo, dijeron, igual que los chicos de la habitación. Cuando preguntan cuándo volverás, en realidad quieren decir: Cuánto tiempo estarás fuera.

El capitán Pjele, que se llamaba igual que su perro, interrogó por primera vez a Edgar, Kurt y Georg a causa del poema.

El capitán Pjele tenía el poema en una hoja de papel. Arrugó el papel, y Pjele el perro ladró. El capitán obligó a Kurt a abrir la boca y le metió en ella el poema. Obligó a Kurt a comerse el poema. Mientras comía se atragantó. Pjele el perro le atacó dos veces. Le desgarró los pantalones y le arañó las piernas. Al tercer salto seguro que me habría mordido, dijo Kurt. Pero el capitán Pjele dijo con voz tranquila y cansina: Basta, Pjele. El capitán Pjele se quejó de su dolor de riñones y dijo: Tienes suerte conmigo.

Edgar tuvo que permanecer una hora inmóvil en el rincón. Pjele el perro estaba sentado ante él, mirándolo con fijeza, con la lengua fuera de la boca. Pensé, le voy a dar una patada en el hocico que se va a quedar frito, dijo Edgar. El perro percibió lo que estaba pensando. Cuando Edgar movía aunque sólo fuera un dedo,

incluso cuando respiraba un poco más profundamente para controlar los pies, Pjele el perro gruñía. Se habría abalanzado sobre mí al menor movimiento, dijo Edgar. No habría sobrevivido a eso, no habría podido controlarme. La cosa habría acabado en matanza.

Antes de permitir que Edgar se marchara, el capitán Pjele se quejó de su dolor de riñones, y Pjele el perro lamió los zapatos de Edgar. El capitán Pjele dijo: Tienes suerte conmigo.

Obligó a Georg a tumbarse de bruces y entrelazar los brazos a la espalda. Pjele el perro le olisqueó las sienes y la nuca. Luego le lamió las manos. Georg no sabía cuánto había durado aquello. Sobre la mesa del capitán Pjele había una maceta de ciclámenes, dijo Georg. Cuando Georg entró en la habitación, sólo una de las flores estaba abierta. Cuando le permitieron marcharse, ya eran dos. El capitán Pjele se quejó de su dolor de riñones y dijo: Tienes suerte conmigo.

El capitán Pjele dijo a Edgar, Kurt y Georg que el poema instaba a la fuga. Ellos dijeron: Es una antigua canción popular. El capitán Pjele dijo: Más valdría que lo hubiera escrito uno de vosotros. Sería grave, pero así lo es mucho más aún. Es posible que esas canciones fueran canciones populares antes, pero eran otros tiempos. Hemos dejado atrás el régimen burgués y feudal. Ahora nuestro pueblo canta otras canciones.

Edgar, Kurt y yo seguíamos los árboles de la orilla y la conversación. Edgar había devuelto la llave de la casa de verano al hombre discreto. Nos habíamos repartido los libros, las fotos y los cuadernos.

De cada boca brotaba el aliento para mezclarse con el aire frío. Ante nuestros rostros desfilaba una manada de animales que se daban a la fuga. Dije a Georg: Mira, la bestia de tu corazón emigra.

Georg me levantó la barbilla con el pulgar: Tú con tu bestia del corazón suaba, dijo riendo. Gotas de su saliva me rociaron la cara. Bajé la vista y vi los dedos de Georg bajo mi barbilla. Tenía los nudillos blancos y los dedos azules por el frío. Me enjuagué la saliva de la mejilla. Lola siempre decía que la saliva en el rímel de tizne era grasa de mono. Para protegerme dije: Eres de madera.

Las bestias de nuestros corazones huían como ratoncillos. Se quitaron el pelaje mientras corrían y por fin desaparecieron en la nada. Cuando hablábamos mucho y atropelladamente, las bestias de los corazones permanecían más tiempo suspendidas en el aire.

Cuando escribas no olvides poner la fecha y coloca siempre un cabello en la carta, dijo Edgar. Si luego no está significa que han abierto la carta.

Cabellos en los trenes que surcan el país, pensé. Un cabello oscuro de Edgar, uno claro mío. Uno rojo de Kurt y Georg. Los estudiantes los llamaban chico de oro a los dos. Una frase con tijera de manicura para interrogatorio, dijo Kurt, para registro una frase con zapatos, una con resfriado para vigilancia. Detrás del saludo siempre un signo de exclamación en caso de amenaza de muerte, sólo una coma.

Los árboles de la orilla se ciernen sobre el agua. Eran sauces llorones. Cuando era pequeña, los nombres de las plantas sabían por qué hacía las cosas. Pero aquellos árboles no sabían por qué Edgar, Kurt, Georg y yo caminábamos a la orilla del río. Todo se despedía a nuestro alrededor. Ninguno de nosotros pronunció la palabra.

La niña tiene miedo de morir, come aún más ciruelas verdes y no sabe por qué. La niña está en el jardín y busca la razón en las plantas. Tampoco las plantas, sus tallos ni sus hojas comprenden por qué la niña usa la boca y las manos contra la vida. Sólo los nombres de las plantas saben por qué: trébol acuático, lino silvestre, abrojo, ranúnculo, potentilla, schwarze Susanne, candelaria, frángula, estramonio, acónito.

Fui la última en marcharme del cubículo de la residencia. Las camas de las chicas ya estaban desnudas cuando volví del río. Sus maletas habían desaparecido, en el armario sólo quedaban mis vestidos. El altavoz había enmudecido. Quité las sábanas. Sin almohada, la funda era un saco para la cabeza. La doblé. Me guardé la cajita del tizne en el bolsillo del abrigo. Sin edredón, la funda era un saco para cadáveres. La doblé.

Cuando retiré el edredón para quitar la bajera, sobre ésta vi una oreja de cerdo. Era la despedida de las chicas. Agité la sábana, pero la oreja no cayó, pues estaba cosida en el centro como si de un botón se tratara. Vi las puntadas y el hilo negro a través de los cartílagos azulados. Más miedo que la oreja de cerdo me daba el armario. Saqué todos los vestidos a la vez y los arrojé a la maleta. En ella estaban la sombra de ojos, el lápiz de ojos y el pintalabios.

No sabía qué eran cuatro años. No sabía si estaban colgados en mi interior o en los vestidos. El último estaba colgado en el armario. Durante el último año me había maquillado cada mañana. Cuanto menos quería vivir, tanto más quería maquillarme.

Doblé la bajera con la oreja aún dentro.

Al final del pasillo vi una montaña de sábanas. Ante ella, una mujer de bata azul cielo contaba fundas de almohada. Cuando le di mi ropa de cama interrumpió el recuento. Se rascó con un lápiz, y le di mi nombre. Se sacó una lista del bolsillo de la bata, me buscó y me marcó con una cruz. Eres la penúltima, me dijo. La

última, dije. La penúltima ha muerto.

Aquel día, Lola podría haber subido al tren con medias transparentes. Y al día siguiente, uno que conduce ovejas por la nieve de vuelta a casa habría creído que su hermana se apeaba descalza del tren con el frío que hacía.

Sin duda volví a quedarme un rato quieta delante del armario vacío antes de salir del cubículo con mi maleta. Poco antes había vuelto a abrir la ventana. Las nubes del cielo eran como manchas de nieve sobre campos arados. El sol invernal tenía dientes. Vi mi rostro reflejado en el vidrio y esperé a que el sol, puesto que allá arriba había nieve y tierra de sobra, arrancara la ciudad de su luz.

Al salir a la calle con mi maleta estuve tentada de dar media vuelta y cerrar la puerta del armario. La ventana había quedado abierta. La puerta del armario, tal vez cerrada.

Fui a la estación y subí al tren en el que llegaban las cartas de mi madre. Al cabo de cuatro horas estaba en casa. El reloj de pared estaba parado. Mi madre iba endomingada, o al menos eso me parecía, porque llevaba mucho tiempo sin verla. Alargó el dedo índice para deslizado por mis medias transparentes. Pero no lo hizo: Tengo las manos muy ásperas, y ahora tú eres traductora. En la muñeca lucía el reloj de pulsera de mi padre. Estaba parado.

Desde la muerte de mi padre, mi madre daba cuerda a todos los relojes de la casa sin delicadeza alguna. Los muelles estaban rotos. Cuando les doy cuerda, dijo, tengo la sensación de que debería dejarlo, pero no lo dejo.

El abuelo colocó las figuras de ajedrez sobre el tablero. A la reina tengo que imaginármela, dijo. Te digo que tienes que hacerte una nueva, dijo mi madre. Tenemos madera de sobra. El abuelo dijo: No quiero.

La abuela cantora rodeó mi maleta. Me miró a los ojos y preguntó: Quién es. Mi madre dijo: Pero si ya la ves. La abuela cantora preguntó: Dónde está tu marido. No tengo marido, dije. La abuela cantora preguntó: Tiene sombrero.

Edgar se había marchado muy lejos, a una mugrienta ciudad industrial. En ella, todo el mundo hacía ovejas de hojalata y las llamaba metalurgia.

Visité a Edgar a finales de verano. Y vi las gruesas chimeneas, las columnas de humo y las consignas rojas. La bodega con su licor turbio de moras y los regresos tambaleantes a los desnudos barrios dormitorio. Allí, los ancianos cojeaban por la hierba. Los críos andrajosos comían semillas de malva en las cunetas. Aún no alcanzaban las ramas de las moreras. Los ancianos decían que las semillas de malva eran pan de dioses. Decían que de él brotaba el entendimiento. Los perros y gatos famélicos acechaban y se abalanzaban sobre escarabajos y

ratones sin inmutarse por ninguna distracción.

Cuando en pleno verano quema el sol, dijo Edgar, todos los perros y gatos se tumban bajo las moreras y duermen. Cuando el sol les calienta el pelaje, están demasiado débiles para saciar el hambre. Los cerdos de la hierba marchita comen las moras a medio fermentar y pierden el equilibrio. Se emborrachan como seres humanos.

Con la llegada del invierno, los cerdos eran sacrificados entre los bloques de pisos. Cuando nieva poco, la hierba se queda ensangrentada todo el invierno, dijo Edgar.

Edgar y yo fuimos a la destartada escuela. El sol brillaba con fuerza, en todos los rincones que iluminaba pululaban cientos de moscas. Eran pequeñas, pero no grises e indefensas, como las moscas tardías. Eran verdes y zumbaban al posarse en mi cabello. Se dejaban transportar unos pasos y luego alzaban el vuelo zumbando.

Edgar era profesor en aquella ciudad. Cuatrocientos alumnos, los más pequeños de seis años, los mayores de diez, dijo Edgar. Comen moras para cantar con buena voz las canciones del partido, y pan de dioses para saberse al dedillo la tabla de multiplicar. Juegan al fútbol para desarrollar la musculatura de las piernas y practican la destreza para desarrollar la destreza. Del interior viene la diarrea; del exterior, los rasguños y los piojos.

Los coches de caballos avanzaban por la ciudad más deprisa que los autobuses. Las ruedas de los carros matraqueaban, los cascos chocaban contra el suelo con golpes sordos. Allí los caballos no llevaban zapatos de tacón, sino borlas de lana verde y roja junto a los ojos. De los látigos pendían las mismas borlas. Aquí azotan a los caballos con tal fuerza, dijo Edgar, que jamás olvidan las borlas del látigo. Por eso les cuelgan las mismas borlas junto a los ojos. Los caballos tienen miedo y corren.

En los autobuses, dijo Edgar, la gente está sentada con la cabeza baja. Parecen dormir. Los primeros días me preguntaba cómo podían despertarse en la parada correcta y bajar del autobús. Cuando vas en autobús con ellos, tú también bajas la cabeza. El suelo está agujereado, y por los boquetes se ve el camino.

Vi esa ciudad reflejada en el rostro de Edgar, en el centro de sus ojos, en sus pómulos y en las comisuras de sus labios. Llevaba el pelo largo, y en él, su rostro se me antojaba un paraje pelado que odiaba la luz. En sus sienes translúcidas se distinguían las venas, pestañeaba sin motivo, bajaba los párpados como un pez que desapareciera. Apartaba la mirada en cuanto lo miraba aunque sólo fuera un instante.

Edgar vivía con el profesor de gimnasia, dos habitaciones, cocina y baño. Ante la ventana se alzaban moreras y arbustos altos de amor de hortelano. Cada día aparecía una rata por el desagüe de la bañera. Hacía años que el profesor de gimnasia la tiene en casa, dijo Edgar, le deja panceta en la bañera. También come moras y amor de hortelano.

Veía la tierra de Lola en el rostro de Edgar. Quería desterrar de mi mente el miedo que sentía por él. El miedo creía que donde vivía Edgar nadie podía quedarse tres años. Pero Edgar tenía que quedarse tres años. El Estado lo había destinado allí como profesor. Por eso no dije nada sobre aquel lugar. Pero por la noche, mientras contemplábamos la media luna por su ventana, Edgar dijo: Aquí ves el cuaderno de Lola por todas partes. Es tan grande como el cielo.

El armario de la habitación de Edgar estaba vacío. Su ropa seguía en la maleta, como si pudiera abandonar aquel lugar en cualquier momento y sin hacer las maletas. No pienso instalarme aquí, dijo Edgar. Vi dos pelos cruzados sobre la tapa de la maleta. Edgar dijo: El profesor de gimnasia husmea en mi habitación.

De camino a la escuela destartalada quería coger algunos tallos de amor de hortelano, porque Edgar tenía un jarrón vacío y porque los retoños tardíos aún estaban en flor. Los doblé y tiré de ellos. No pude arrancarlos. Los dejé en la cuneta tal como estaban, doblados. Los tallos estaban surcados de fibras duras como el alambre. Las flores ya marchitas y espinosas, que no quería coger, se me adherían al abrigo.

Los niños se hacen hombreras con amor de hortelano, dijo Edgar. Quieren ser policías y oficiales. Estas chimeneas los arrastran a la fábrica. Sólo un par de ellos, los más fuertes, se aferran ya ahora a la vida con uñas y dientes. Como el amor de hortelano se adhiere a tu abrigo, subirán a los trenes de un salto, dijo Edgar, y montarán guardia en cualquier cuneta del país, dispuestos a todo.

A Georg lo habían destinado durante tres años como profesor a una ciudad industrial en la que todo el mundo hacía melones de madera. Esos melones de madera recibían el nombre de industria maderera.

Edgar había visitado a Georg. La ciudad se hallaba rodeada de bosques. A ella no llegaban trenes ni autobuses. Sólo camiones con conductores lacónicos a quienes les falta un par de dedos en las manos, había dicho Edgar. Los camiones llegan vacíos y se marchan cargados de troncos.

Los obreros roban restos de madera y hacen con ellos parquet, había dicho Georg a Edgar. Nadie en la fábrica toma en serio a los que no roban. Por ello, cuando ya tienen todo el suelo del piso cubierto de parquet, no podían dejar de robar y poner parquet. Lo colocaban en las paredes hasta que llegaba al techo.

En el centro de la ciudad había dos serrerías. Desde el final de las calles se oían los golpes de hacha en el bosque. Y de vez en cuando se oía caer un árbol pesado tras la ciudad. A todos los hombres que iban por las calles les faltaban dedos en las manos, había dicho Edgar, también a los niños.

Cuando recibí la primera carta de Georg, vi que estaba fechada dos semanas atrás. Igual que la fecha de la carta de Edgar, que había recibido tres días antes.

Abrí la carta de Georg tan despacio como había abierto la de Edgar tres días antes. En el pliegue de la hoja encontré un cabello rojo. Tres días antes había encontrado uno negro en la carta de Edgar. Tras el saludo había un signo de exclamación. Mientras leía tragaba saliva y me ayudaba con los labios para que en el papel no saliera ninguna frase con resfriado, tijera de manicura ni zapatos. Pero de nada me sirvió tragar saliva. Ahí estaban las frases. También las había visto tres días antes, al leer la carta de Edgar.

Aquí la gente tiene serrín en el pelo y en las cejas, escribía Georg.

Con las palabras en la boca aplastamos tantas cosas como con los pies sobre la hierba, pensé. Recordé el último paseo con Edgar, Kurt y Georg a la orilla del río. Las gotas de saliva de Georg en mis mejillas, en sus dedos clavados bajo mi barbilla. Me oí decir a Georg: Eres de madera.

La frase no era mía. La frase nada tenía que ver con la madera. La había oído con frecuencia de labios de otros, cuando alguien se mostraba rudo con ellos. Tampoco era de otros la frase. Cuando alguien era rudo con ellos, recordaban la frase porque también ellos la habían oído de labios de otros con quienes alguien se había mostrado rudo. Si la frase hubiera tenido alguna vez algo que ver con la madera, habría sido importante saber de quién era. Pero sólo tenía que ver con la rudeza. Cuando la rudeza desaparecía, la frase desaparecía con ella.

Habían pasado meses, y la frase no había desaparecido. Me sentía como si le hubiera dicho a Georg: Algún día serás de madera.

Mi cabello pasa desapercibido porque también sin serrín es rojizo, decía la carta. Vago sin rumbo por la ciudad. Y ante mí, alguien vaga sin rumbo. Si el camino común es largo, nuestros pasos se acoplan. Aquí la gente mantiene una distancia de cuatro pasos grandes para no molestarse. Los de delante procuran que mis pasos no se les acerquen demasiado. Yo procuro que los pasos de los que me siguen no se me acerquen demasiado.

Pero en dos ocasiones ha ocurrido otra cosa: de repente, el que me precedía embutió las manos en los bolsillos. Se detuvo, volvió los bolsillos del revés y sacudió el serrín. Golpeó la tela para limpiar el polvo, y en aquel momento lo rebasé. Al cabo de un instante le oí caminar a más de cuatro pasos detrás de mí,

luego a cuatro. De repente estaba pegado a mí. Me rebasó y echó a correr. Ahora que ya no le quedaba serrín en los bolsillos, de repente tenía un destino.

Los ancianos cortaban ramas jóvenes, las partían en pedacitos, tallaban una ranura y practicaban varios orificios. Aplanaban el extremo delantero y lo convertían en boquilla. De cada rama que tocan, escribe Georg, hacen un silbato.

Algunos silbatos no son más largos que un dedo de niño, había dicho Edgar, y otros son de la estatura de un adulto.

Los ancianos silbaban en los bosques y enloquecían a los pájaros. Los pájaros revoloteaban perdidos por los árboles y los nidos. Y cuando salían del bosque, confundían el agua de los charcos con nubes, se precipitaban en ellos y morían.

Aquí sólo un pájaro tiene vida propia, escribía Georg, el alcaudón. Su canto se distingue de todos los silbatos. El alcaudón enloquece a los ancianos. Cortan ramas de Sanddorn y se lastiman las manos con las espinas. Con la madera hacen silbatos del tamaño de dedos y niños, pero el alcaudón no enloquece.

Edgar había dicho que el alcaudón sigue cazando aun cuando ya ha comido suficiente. Los ancianos se arrastran entre el Sanddorn y silban. El pájaro vuela sobre sus cabezas y se posa en la maleza. No se inmuta. Ensarta las patas en las espinas para el hambre del día siguiente.

Así habría que ser, escribía Georg. Yo soy así, me he comprado dos pares de zapatos en una semana.

Tres días antes había leído en la carta de Edgar: No he encontrado mis zapatos dos veces esta semana.

Cuando pasaba delante de las zapaterías pensaba en registros. Me apresuraba. La modista dijo: Los zapatos de niños son demasiado caros. Puesto que hablaba de zapatos, sólo de zapatos, no pude evitar echarme a reír. Dijo: Tú no tienes hijos. Estaba pensando en otra cosa, dije yo.

Kurt venía cada semana a la ciudad. Trabajaba como ingeniero en un matadero situado a las afueras de un pueblo, bastante cerca de la ciudad. La ciudad está demasiado cerca como para vivir en el pueblo, decía Kurt. Los trayectos de los autobuses son imposibles. Por la mañana, cuando tengo que ir a trabajar al pueblo, hay un autobús del pueblo a la ciudad. Por la tarde, después del trabajo, hay un autobús que va de la ciudad al pueblo. Esos trayectos obedecen a un motivo, no quieren que en el matadero trabaje gente que pueda ir cada día a la ciudad. Sólo les interesan los pueblerinos que apenas salen del pueblo. Los recién llegados pronto se convierten en cómplices. Al cabo de pocos días empiezan a guardar silencio y beber sangre caliente.

Kurt supervisaba a doce trabajadores encargados de colocar conductos de calefacción en el matadero. Kurt llevaba tres semanas resfriado. Cada semana le decía: Tienes que quedarte en la cama. Los trabajadores están tan congestionados como yo y tampoco se quedan en la cama, decía él. Si no voy, dejan de trabajar y lo roban todo. No empleábamos la palabra resfriado porque salía en las cartas. Georg se bebió tres tazas de té en la media hora en que yo me bebí una. Escudriñé el interior de la taza y pensé: Bebe tres veces más y sorbe el té ruidosamente. Luego dijo: Los niños de la escuela de Georg no quieren saber nada de la fábrica y el parquet de sus padres, ni tampoco de los silbatos de sus abuelos. Con los tablones de madera hacen pistolas y rifles. Quieren ser policías y soldados.

Por las mañanas, cuando voy al matadero, los niños del pueblo van a la escuela, dijo Kurt. No tienen cuadernos ni libros, sólo un pedazo de tiza. Con él llenan las paredes y vallas de corazones. Cientos de corazones entrelazados. Corazones de vaca y de cerdo, cómo no. Esos niños ya son cómplices. Cuando les dan el beso de buenas noches, perciben que sus padres beben sangre en el matadero y quieren ir allí.

Había escrito a Edgar: Llevo una semana resfriada y no encuentro las tijeras de la manicura.

A Georg le había escrito: Llevo una semana resfriada y mis tijeras de la manicura no cortan. Tal vez no debería haber escrito resfriada y tijeras de la manicura en la misma frase, quizás debería haber repartido las dos palabras por la carta. Tal vez debería haber escrito primero tijeras de la manicura y luego resfriada. Pero resfriada y tijeras de la manicura se habían convertido en un latido más grande que mi cabeza después de pasarme una tarde entera musitando frases que incluyeran ambas palabras hasta dar con la más adecuada.

Las palabras resfriada y tijeras de la manicura me habían expulsado de su significado y del significado que habíamos acordado. Ya no encontraba sentido alguno en ellas y las dejé en una frase que quizás era buena y con toda seguridad era mala. Pero tachar resfriada o tijeras de la manicura en aquella frase y escribirlas un par de frases más adelante habría sido peor. Podría haber ido tachando algunas frases en las dos cartas. Tachar tan sólo resfriada y tijeras de la manicura habría constituido una pista y resultado más estúpido que una frase mala.

Coloqué dos cabellos en las cartas. Ante el espejo, mis cabellos estaban lejos de mí y al alcance de la mano, como el pelaje de un animal al que el cazador divisa por los prismáticos.

Tuve que arrancar dos cabellos que no se perdieran, dos cabellos de carta. Dónde crecían, sobre la frente, junto a la sien izquierda o derecha, tal vez en la

coronilla.

Me peiné, y quedaron algunos cabellos adheridos al peine. Coloqué uno en la carta de Edgar y otro en la de Georg. Si el peine se había equivocado, entonces no eran cabellos de carta.

En correos lamí los sellos. Junto a la entrada, un hombre que me seguía cada día llamaba por teléfono. Llevaba una bolsa de lona blanca y un perro atado a una correa. La bolsa pesaba poco pese a estar medio llena. La llevaba porque no sabía hacia dónde me dirigía.

Entré en la tienda. Al cabo de unos instantes, el hombre se puso a la cola. Había tenido que atar al perro. Entre él y yo mediaban cuatro mujeres. Cuando salí de la tienda, empezó a seguirme de nuevo con el perro. La bolsa de lona no estaba más llena que antes.

Mientras telefoneaba había sujetado la correa del perro y el auricular en una mano, y la bolsa de lona en la otra. Hablaba y me observaba lamer los sellos. Pegué los sellos pese a que las esquinas aún no estaban mojadas. Eché las cartas al buzón delante de sus narices, como si allí estuvieran a salvo de sus manos.

El hombre no era el capitán Pjele. Tal vez el perro era Pjele. Pero no sólo el capitán Pjele tenía un perro lobo.

El capitán Pjele me había interrogado sin Pjele el perro. Puede que el perro estuviera comiendo o durmiendo. Tal vez lo estaban adiestrando en alguna habitación de aquel intrincado edificio, enseñándole algo nuevo o haciéndole practicar lo viejo mientras el capitán Pjele me interrogaba. Quizás Pjele el perro seguía a otra persona junto al hombre de la bolsa de lona. O tal vez junto a otro hombre sin bolsa de lona. Tal vez Pjele el perro seguía a Kurt mientras el capitán Pjele me interrogaba. Cuántos hombres había, cuántos perros. Tantos como pelos en el pelaje de un perro.

Sobre la mesa había una hoja de papel. Lee, dijo el capitán Pjele. Sobre el papel se veía el poema. Lee en voz alta para que nos divirtamos los dos, dijo el capitán Pjele. Leí en voz alta:

*Cada persona tiene un amigo en cada pedacito de nubes lo que pasa con los amigos en este mundo sembrado de horror también mi madre decía es muy normal Nada de amigos piensa en cosas serias.*

Quién lo ha escrito, preguntó el capitán Pjele. Nadie, es una canción popular, contesté. Entonces es propiedad del pueblo, dijo el capitán Pjele, así que el pueblo puede seguir componiendo. Sí, dije. Pues compón, ordenó el capitán Pjele. No sé

componer versos, dije. Pues yo sí, dijo el capitán Pjele. Yo compongo un poema y tú lo escribes para que nos divirtamos los dos:

*Tenía yo tres novios en cada pedacito de nubees lo que pasa con las putas en un mundo lleno de nubestambién mi madre decía es muy normalnada de tres noviospiensa en cosas serias.*

Tuve que cantar lo que el capitán Pjele había compuesto. Canté sin oír mi voz. Pasé del miedo al miedo seguro, que canta como el agua. Tal vez era la melodía de la locura de mi abuela. Quizás yo conocía canciones que su razón había olvidado. Tal vez era necesario que brotara de mis labios lo que había quedado estancado en su cabeza.

El barbero de mi abuelo tiene su misma edad. Enviudó hace muchos años, pese a que su Anna era tan joven como mi madre. Tardó mucho tiempo en superar la muerte de su Anna.

Cuando Anna aún vivía, mi madre decía: Es una bocazas. Después de que expropiaran la tierra del abuelo, Anna dijo a la abuela que cantaba: Ahora tienes lo que mereces.

Cuando la esvástica ondeaba en el polideportivo del pueblo, la abuela que canta denunció al prometido de Anna al *gruppenführer* del pueblo. El prometido de Anna no va al saludo de la bandera porque está contra el *führer*.

Al cabo de dos días llegó un coche de la ciudad y se llevó al prometido de Anna. No había vuelto a aparecer.

Mucho después del final de la guerra, dijo mi madre, el barbero consiguió a la joven Anna. El barbero aún daba las gracias a la abuela por haberle posibilitado casarse con aquella hermosa mujer. Cuando le corta el pelo al abuelo o juega con él al ajedrez, le dice: Las mujeres hermosas no envejecen, antes de volverse feas mueren.

Pero no hay razón para sentirse agradecido, dijo la madre. A la abuela le eran indiferentes Anna y el barbero. Sólo había denunciado al prometido porque su hijo llevaba mucho tiempo en la guerra y el prometido de Anna no quería alistarse.

El capitán Pjele cogió la hoja de papel y dijo: Qué poema tan bonito has compuesto, tus amigos estarán contentos. Lo ha compuesto usted, dije. Pero bueno, dijo el capitán Pjele, si es tu letra.

Al dejarme marchar, el capitán Pjele se quejó de su dolor de riñones y dijo: Tienes suerte conmigo.

En el siguiente interrogatorio, el capitán Pjele dijo: Hoy cantaremos sin papel. Canté, y el miedo seguro recordó la melodía. Jamás la olvidaría.

Qué hace una mujer en la cama con tres hombres, preguntó el capitán Pjele. Guardé silencio. Debe de ser más caótico que una boda de perros, dijo el capitán Pjele. Pero no os queréis casar, porque eso sólo lo pueden hacer las parejas, no las jaurías. A quién elegirás como padre de tu hijo.

Hablando no se hacen niños, dije. Bah, dijo el capitán Pjele, hacer niños no cuesta nada.

Antes de dejarme marchar, el capitán Pjele dijo: Sois mala hierba. A ti te vamos a hundir en el agua.

La mala hierba es lo que mi padre veía cuando clavaba el azadón en los abrojos. Escribí dos cartas con comas después del saludo:

Querido Edgar,

Querido Georg,

La coma debía callar cuando el capitán Pjele leyera la carta, para que volviera a cerrar los sobres y los enviara a su destino. Pero cuando Edgar y Kurt abrieran las cartas, la coma debía gritar.

No existía una coma que callase y gritase. La coma tras el saludo había engordado demasiado.

No podía seguir guardando la caja de los libros y las cartas detrás de los archivadores de la oficina. La llevé a casa de mi modista para olvidarla allí hasta encontrar un escondrijo seguro en la fábrica.

La modista estaba planchando. La cinta métrica yacía enroscada sobre la mesa. El reloj emitía su tic-tac en la habitación. Sobre la cama vi un vestido de flores grandes. En la silla se sentaba una joven. Tereza, dijo la modista. La conozco de la fábrica, dije, estuvo mucho tiempo con el brazo escayolado. Cuando Tereza se echó a reír me volví hacia ella. Ahora tengo el brazo derecho moreno y el izquierdo, blanco como la nieve, dijo Tereza. Si llevas manga larga no se nota. El reloj hacía tic-tac en la habitación. Tereza se desnudó e introdujo el brazo bronceado en el vestido de flores. Dijo una palabrota al no encontrar el orificio en seguida. La modista dijo: El agujero de la cabeza no se convertirá en una manga por mucho que digas palabrotas.

Tras ponerse el vestido, Tereza dijo: Hace un año visualizaba cada palabrota que oía. Mis compañeros de trabajo se daban cuenta. Cada vez que alguien decía una palabrota, cerraba los ojos. Para ver mejor la palabrota, decían. Cerraba los ojos para no verla. Por las mañanas, cuando llegaba a la oficina, veía hojas de papel

sobre mi mesa. En ellas habían dibujado palabrotas, ascensiones de coños y pollas. Cuando alguien soltaba una palabrota, me imaginaba las ascensiones de los dibujos y me echaba a reír. Decían que incluso al reír cerraba los ojos. Y entonces empecé a decir palabrotas. Primero sólo en la fábrica.

El reloj hacía tic-tac en la habitación. Me dejo el vestido puesto, dijo Tereza, abriga mucho. La modista dijo: Porque dices palabrotas. Porque es grueso, dijo Tereza. Las telas floreadas siempre son de verano, dijo la modista. Nunca me pondría un vestido de flores en invierno. Ahora digo palabrotas en todas partes, dijo Tereza. Se quitó el vestido.

También en el espejo hacía tic-tac el reloj. Tereza tenía el cuello demasiado largo, los ojos demasiado pequeños, los omóplatos demasiado puntiagudos, los dedos demasiado gruesos, el trasero demasiado plano, las piernas demasiado torcidas. Todo lo que veía en Tereza quedaba reflejado como una pesadilla en el tic-tac del reloj. Ningún reloj había sonado con tal fuerza desde el día en que mi padre me prohibiera acariciar las borlas de lana.

Tú te pondrías este vestido en invierno, preguntó Tereza. El vestido no tenía cinturón. Sí, dije, y descubrí que Tereza era fea porque el tic-tac del reloj la fragmentaba. Al cabo de un instante, sin espejo, lo vulgarmente feo de Tereza se tornó extraordinario. Más bello que en el caso de mujeres que son bellas de inmediato.

La modista preguntó: Cómo está tu abuela.

Canta, dije.

La madre se peina ante el espejo. La abuela que canta se detiene junto a ella. Con una mano agarra la trenza negra de la madre y con la otra, su propia trenza gris. Ahora tengo dos hijos, y ninguno es mío, dice. Los dos me habéis engañado, creía que erais rubios. Le arrebató el peine a la madre, cierra la puerta de golpe y sale al jardín con el peine.

Cuando Tereza cogió las cartas del tocador, supe por qué el reloj hacía tanto ruido. Todas esperábamos algo, pero no lo mismo. La modista y Tereza querían que me fuera antes de extender las cartas. Yo quería que echaran las cartas antes de irme, porque sólo cuando la modista se pusiera a predecir el futuro de Tereza en las cartas, podría olvidarme la caja de la casa de verano sin que se dieran cuenta.

La modista era más conocida por echar las cartas que por confeccionar ropa. La mayoría de los clientes no le revelaban por qué iban a verla. Pero la modista sabía que necesitaban suerte para la fuga.

Algunos me dan pena, dijo la modista, pagan mucho dinero, pero no se

puede cambiar el destino. La modista cogió un vaso de agua y bebió un sorbo. Percibo quién cree en sus cartas, dijo mientras dejaba el vaso sobre la mesa. Tú crees en tus cartas, pero temes que me salga el solitario. La modista me miró la oreja. Empecé a tener mucho calor. No conoces tus cartas, dijo, pero no te queda más remedio que vivir con tu destino. Yo veo la desgracia con antelación y a veces no tengo que sufrirla.

La modista alzó el vaso. El anillo de agua que había dejado sobre la mesa no estaba en el lugar que había ocupado el vaso, sino delante de mi mano. De repente tuve mucho frío. Guardé silencio, y la modista bebió un sorbo de agua.

El río y las piedras de la orilla. El lugar donde terminaba el sendero. Ahí tenías que dar media vuelta si querías regresar a la ciudad. Por lo general, todos daban media vuelta allí, pues no querían sentir las piedras puntiagudas a través de las suelas de los zapatos.

De vez en cuando, alguien no daba media vuelta porque quería sumergirse en el agua. La razón, según decía la gente, no era el río, porque el río era igual para todos. La razón, según decía la gente, era la persona que no quería dar media vuelta. Y esa persona era una excepción.

Como no quería dar media vuelta, me adentré en el mar de piedras puntiagudas. Era un objetivo. No un objetivo que llega con los bolsillos vacíos. Me llené los bolsillos con dos pedruscos. Mi objetivo estaba invertido.

El día antes había subido al quinto piso de un bloque de pisos desconocido para asomarme a la ventana del pasillo. No había nadie, la altura bastaba, podría haber saltado. Pero el cielo estaba demasiado cerca. Al igual que el agua del río estaba demasiado cerca. Al igual que los pájaros por los silbatos de los viejos, me había vuelto loca. La muerte me silbaba. Como no pude saltar, al día siguiente volví al río. Y también al otro.

En fila, como los días en los que acudía al río, tres pares de piedras se alineaban en la orillas. Cada día escogía dos piedras distintas. No tardaba mucho en encontrarlas, muchas se ofrecían a hundirse conmigo en el río. Pero no eran las piedras correctas. Por eso las sacaba de los bolsillos del abrigo y volvía a dejarlas en el suelo. Y luego regresaba a la ciudad.

Uno de los libros de la casa de verano se titulaba: Sin ayuda. Decía que en cada cabeza sólo cabe un tipo de muerte. Pero yo iba y venía entre la ventana y el río. La muerte me silbaba desde lejos, tenía que tomar carrerilla para acudir junto a ella. Casi lo tenía controlado. Tan sólo una pequeña parte de mí se resistía. Quizás era la bestia de mi corazón.

Tras la muerte de Lola, Edgar había dicho: Ha ido sobre seguro. En

comparación con Lola, yo era ridícula. Una vez más fui al río para esparcir las piedras emparejadas entre las demás piedras de la orilla. Lola supo en seguida cómo atar el saco con el cinturón. Si hubiera querido el saco con el río, Lola habría sabido cómo emparejar piedras. Esas cosas no las decía ningún libro. Al leerlo pensé: Si algún día necesito la muerte, ya sabré qué hacer.

En el libro, las frases estaban muy cerca, como si cuando se terciara fueran a dar los pasos necesarios. Cuando me las extendí sobre la piel, se desgarraron y me soltaron. Me eché a reír mientras separaba las piedras emparejadas. Había empezado mal con la muerte.

Era tan estúpida que ahuyenté la risa con el llanto. Tan testaruda que pensé: El río no es mi saco. El capitán Pjele no conseguirá hundirme en el agua.

Edgar y Georg no vinieron hasta el verano siguiente, durante las vacaciones. Ni ellos ni Kurt se enteraron de que la muerte me había silbado.

Cada semana, Kurt hablaba del matadero. Mientras sacrificaban animales, los trabajadores bebían sangre caliente. Robaban entrañas y sesos. Por la noche arrojaban jamones de vaca y cerdo por encima de la valla. Sus hermanos o cuñados esperaban en el coche y cargaban las piezas. Ensartaban rabos de ternera en ganchos y los dejaban secar. Algunos de los rabos quedaban rígidos al secarse, otros seguían flexibles.

Sus mujeres e hijos son cómplices, decía Kurt. Las mujeres utilizan los rabos rígidos para limpiar botellas, y los niños usan los flexibles como juguetes.

A Kurt no le asustó el hecho de que el capitán Pjele me obligara a cantar. Apenas recuerdo ese poema tan bonito, dijo. Me siento como si fuera la nevera en la que Lola guardaba las lenguas y los riñones. Pero donde estoy, todos son la nevera de Lola. El comedor es tan grande como el pueblo.

Intenté pronunciar mala hierba y boda de perros con la voz del capitán Pjele. Kurt imitaba mejor al capitán Pjele. Se echó a reír con tal fuerza que de su garganta repleta de mucosa brotaron estertores. De repente, Kurt tragó saliva y preguntó: Dónde estaba el perro, por qué no estuvo Pjele el perro en el interrogatorio.

El saco del río no me pertenecía. No nos pertenecía a ninguno de nosotros.

El saco de la ventana no me pertenecía. Más tarde perteneció a Georg.

Por aquel entonces, Edgar, Kurt, Georg y yo aún no lo sabíamos. Nadie lo sabía. Pero el capitán Pjele no era nadie. Tal vez ya en aquella época, el capitán Pjele imaginó dos sacos: primero uno para Georg, luego otro para Kurt.

Quizás en aquella época el capitán Pjele no había empezado a imaginar el primer saco, y mucho menos el segundo.

Y quizás el capitán Pjele imaginaba ambos y se los repartía por años.

No podíamos imaginar los pensamientos del capitán Pjele. Cuanto más pensábamos en ello, menos comprendíamos.

Al igual que yo tuve que aprender a repartir resfriada y tijeras de la manicura por una carta, el capitán Pjele tuvo que aprender a repartirse la muerte de Georg y Kurt por años. Quizás.

Nunca supe qué podía decirse del capitán Pjele que fuera acertado. Y lo que podía decirse de mí lo aprendí gradualmente, en ocasiones tres veces. Pero aun así era incorrecto.

Entre el invierno y la primavera tuve noticia de cinco cadáveres en el río, que habían quedado atrapados en la maleza acuática más allá de la ciudad. Todos hablaban de ello como si se tratara de las enfermedades del dictador. Meneaban la cabeza y se estremecían. También Kurt.

Junto al matadero, entre la maleza, Kurt había visto a un hombre. Los obreros tenían un descanso y corrieron a la sala grande para entrar en calor. Kurt fue con ellos porque no quería verlos beber sangre. Paseó por el patio y observó el cielo. Al dar media vuelta oyó una voz que pedía ropa. Cuando la voz enmudeció, Kurt vio a un hombre de cabeza rapada entre la maleza. Sólo llevaba ropa interior de invierno.

Tras el descanso, cuando los obreros estaban hundidos en la zanja hasta el cuello, Kurt regresó a la maleza. Meó y dejó un pantalón y una chaqueta. El calvo había desaparecido.

Por la tarde, Kurt volvió a pasar junto a aquellos arbustos; la ropa había desaparecido. La policía y el ejército peinaban la zona. A la mañana siguiente también registraron el pueblo. Los obreros del matadero dijeron que en el campo de zanahorias que se extendía tras el matadero habían encontrado una gorra de presidiario.

Probablemente, el hombre ya estaba en el fondo del río aquella noche, dijo Kurt. Ojalá no sea él a quien han encontrado, lleva mi ropa.

Tenía un sabor amargo en la boca. Había practicado la búsqueda de piedras para tres cadáveres de río. Quizás también para él. No tiene que ser necesariamente él, dije.

En la fábrica traducía instrucciones de maquinaria hidráulica. Para mí, las máquinas eran un grueso diccionario. Permanecía sentada al escritorio. Raras veces iba a las naves. El hierro de las máquinas y el diccionario no guardaban relación alguna. Los dibujos técnicos se me antojaban combinaciones entre ovejas de

hojalata y obreros que trabajaban por turnos: obreros de día, obreros de noche, capataces, trabajadores modélicos, peones. Lo que moldeaban con las manos no requería nombre. Así envejecían si no huían o se desplomaban y morían.

Entre las tapas del diccionario se ocultaban todas las máquinas de aquella fábrica. Yo quedaba excluida de todos los engranajes y los tornillos.

El despertador se ha parado poco después de medianoche. La madre despierta hacia mediodía. Da cuerda al despertador, pero el reloj no hace tic-tac. Sin despertador no se hace de día. La madre envuelve el despertador en papel de periódico y envía a la niña al relojero. El relojero pregunta: Cuándo lo necesitáis. Sin despertador no se hace de día, dice la niña.

Y entonces se hace de día. Hacia mediodía, la madre despierta y envía a la niña a buscar el despertador. El relojero arroja las piezas del despertador a una palangana y dice: Este aparato ya no funciona.

En el camino de regreso, la niña mete la mano en la palangana y se traga la ruedecilla más pequeña, el pasador más corto, el tornillo más delgado. Luego la segunda ruedecilla más pequeña...

Desde que tenía el vestido floreado, Tereza pasaba cada día por mi oficina. No quería ingresar en el partido. Mi consciencia no está tan desarrollada, había dicho en la reunión, y además digo demasiadas palabrotas. Todos se echaron a reír, dijo Tereza. Puedo negarme porque mi padre era un pez gordo en la fábrica. Ha fundido todos los monumentos de la ciudad. Ahora es muy viejo.

Vi una tierra árida en el rostro de Tereza, en sus pómulos, en el centro de sus ojos o en las comisuras de sus labios. Una chica de ciudad que aún unía las palabras y las manos al hablar.

Tereza no visitaba el lugar que en mí era un vacío. Tal vez lo visitó una vez, cuando decidió que yo le caía bien sin motivo. Tal vez porque yo me había alejado de los gestos de mis manos. Y de muchas palabras. No sólo las palabras que Edgar, Kurt, Georg y yo habíamos acordado para las cartas. En el diccionario esperaban otras que habían acordado los obreros y las ovejas de hojalata. Se las escribí a Edgar y a Georg: tuerca, cuello de cisne, cola de milano.

Tereza hablaba sin prudencia. Hablaba mucho y reflexionaba poco. Zapatos, decía, y no eran más que zapatos. Cuando el viento cerraba la puerta de golpe, decía palabrotas durante el mismo rato que tarda un fugitivo en morir.

Comimos juntas, y Tereza me mostró los dibujos de las palabrotas. Tereza rió hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos diminutos. Quería arrastrarme a su risa y me miraba. Sobre el papel vi los despojos de animales sacrificados. No

pude seguir comiendo. Tuve que hablarle de Lola.

Tereza rasgó los dibujos. Yo también estuve en la sala de actos, dijo Tereza, todos tuvimos que ir.

Comíamos juntas cada día, y cada día, Tereza llevaba un vestido distinto. El de flores sólo se lo puso un día. Tenía vestidos de Grecia y Francia. Jerseys de Inglaterra y vaqueros de América. Tenía polveras, barras de labios y rímel de Francia, joyas de Turquía. Y medias transparentes de Alemania. Tereza no caía bien a las mujeres de las oficinas. Se notaba lo que pensaban cuando la veían. Todo lo que lleva Tereza bien merece la fuga, pensaban. La envidiaban, se entristecían. Cantaban con el cuello estirado para verla:

*A quien ama y abandona que Dios lo castigue que Dios lo castigue con el paso del escarabajo con el susurro del viento con el polvo de la tierra.*

Tarareaban la melodía por sí mismas y por la fuga. Pero la maldición de la canción iba dirigida a Tereza.

La gente de la fábrica comía panceta amarillenta y pan duro.

Con sus dedos gruesos, Tereza dejó sobre mi mesa lonchas delgadísimas de jamón, queso, hortalizas y pan. Te haré soldaditos para que comas, dijo. Alzó las torres entre el pulgar y el índice y se las llevó a la boca.

Cómo que soldaditos, pregunté. Se llaman así, dijo Tereza.

La comida de Tereza encajaba con ella. Tenía el regusto de su padre, quien la encargaba en la cantina del partido. Cada semana se la traen en coche a casa, dijo Tereza. Mi padre no tiene que hacer la compra, va a ver sus monumentos y se lleva la bolsa de la compra a todas partes sin razón alguna.

Tiene perro, pregunté.

Los hijos de la modista dijeron: Nuestra madre está con una clienta. Era la primera vez que veía a sus hijos. No me inspiraban curiosidad. Quién eres, preguntaron. Una amiga, dije. Me estremecí, porque en aquel instante percibí que no era cierto.

Los niños tenían los labios y los dedos de color azul oscuro. Cuando el lápiz se seca escribe gris. Con saliva escribe de color azul como la noche.

Pensé: Los niños están aquí por primera vez porque es la primera vez que vengo sin segundas intenciones, sin querer olvidar algo.

Sí quería olvidar algo: la muerte del loco de la fuente.

El hombre de la pajarita negra yacía muerto sobre el asfalto, donde había permanecido de pie durante años. La gente se agolpaba a su alrededor. El ramo marchito aparecía pisoteado.

Kurt había dicho que los locos de la ciudad nunca mueren. Cuando se desploman, del lugar en que caen surge otro igual. El hombre de la pajarita negra se había desplomado. Y otros dos habían surgido del asfalto: un policía y un vigilante.

El policía dispersó a la muchedumbre. Le relucían los ojos, tenía la boca mojada de tanto gritar. Se había hecho acompañar por el vigilante, quien estaba acostumbrado a tirar de la gente y dar palizas.

El vigilante se colocó delante de las suelas de los zapatos del muerto y embutió las manos en los bolsillos del abrigo. El abrigo olía a nuevo, a sal y aceite como las telas impregnadas en las tiendas. Como en todas las tallas únicas para vigilantes, las mangas le quedaban cortas. El abrigo del vigilante estaba presente. También la gorra nueva del vigilante. Sólo los ojos bajo la gorra estaban ausentes.

Tal vez la huella de la niñez paralizaba al vigilante junto al muerto. Tal vez bajo su cráneo anidaba un pueblo. Tal vez pensó en su padre, a quien llevaba tiempo sin ver. O en el abuelo que ya había muerto. Quizás en una carta con la enfermedad de su madre. O en un hermano que tenía que apacentar las ovejas de patas rojas desde que el vigilante se había marchado de casa.

La boca del vigilante era demasiado grande para aquella estación del año. La tenía abierta, porque en invierno no había ciruelas verdes con que llenarla.

Junto al muerto, quien después de tantos años estaba a punto de volver a ver a su mujer bajo tierra, el vigilante no podía propinar ninguna paliza.

Los hijos de la modista escribieron su nombre en azul noche por enésima vez. Se peleaban por el espacio de la hoja. No era una pelea a gritos: Apesta a cebolla. Tienes los pies planos. Buh, dientes torcidos. Tienes gusanos en el culo.

Bajo la mesa, los pies de los niños no llegaban al suelo. Sobre la mesa, manos de niño se pinchaban con lápices. La furia de sus rostros era obstinada y adulta. Si la madre se retrasa, los niños crecerán, pensé. Qué pasará si dentro de un cuarto de hora ya son adultos, retiran las sillas de la mesa con el trasero y se marchan. Cómo le digo a la modista, cuando entre y deje la llave sobre la mesa, que los niños ya no la necesitarán.

Si no miraba a los niños no lograba distinguir sus voces. En el espejo vi mi rostro y los ojos de nadie. No tenían motivo alguno para observarme.

La modista llegó, dejó la llave sobre el tocador, las cartas y la cinta métrica

enrollada sobre la mesa. Dijo: Mi amiga tiene un amante que cuando se corre salpica hasta el techo. Su marido no sabe que las manchas que hay sobre la cama son manchas de semen. Parecen manchas de agua. Ayer se llevó a casa a su primo, que trabaja con él en el turno de noche. En plena lluvia se encaramaron al tejado para buscar la teja rota. Encontraron dos tejas rotas, pero ninguna sobre la cama. El primo dijo: Cuando el viento sopla de lado, la lluvia también cae de lado. El marido de mi clienta quiere pintar el techo mañana. Lo he convencido para que espere hasta la primavera, dijo la modista. Es que cuando vuelva a llover le pasará lo mismo, le dijo.

La modista acarició el cabello de uno de los niños. El otro apoyó la cabeza en su brazo, también quería caricias. Pero su madre fue a la cocina a buscar un vaso de agua. Bichos, dijo, los lápices son venenosos, metedlos en el agua. Cuando cogió una hoja en blanco, el niño acariciado alargó la mano, pero la madre dejó la hoja de papel sobre la mesa.

El amante puede transportar un cubo medio lleno con la polla, dijo la modista, una vez me lo demostró. Se lo he advertido a mi cuenta. Su amante es del sur, de Scornicesti. Es el menor de once hermanos. Seis de ellos aún viven. Con éstos nunca hay suerte. Auguré a Tereza que se rompería el brazo. Sois muy distintas, dijo la modista, pero a veces eso es bueno. Todos los que me conocen me creen.

Un hombre sacó un cubo de un edificio corcovado. Dejó el portal abierto. En el patio, el sol brillaba pálido. El agua del cubo se había congelado. En una hondonada, el hombre dio la vuelta al cubo y pisó el fondo con fuerza. Cuando levantó el cubo, quedó una rata congelada dentro de un cono de hielo. Cuando el hielo se funde, se escapará, dijo Tereza.

El hombre había desaparecido sin decir palabra en el interior del edificio. El portal había crujido, y el sol pálido del patio quedó encerrado de nuevo. Cuando Tereza dejó de soltar palabrotas, pregunté: El río también sigue helado.

Tereza dejaba muchas preguntas sin respuesta. Algunas preguntas se las repetía, otras jamás las volvía a hacer porque no las recordaba. También había cosas que recordaba pero que nunca más preguntaba, porque no quería que Tereza supiera que me importaban. Esperaba la ocasión apropiada. Cuando se presentaba la ocasión apropiada, dudaba de que fuera apropiada. Dejaba pasar el tiempo hasta que Tereza pasaba a otros temas. Tenía que esperar la siguiente ocasión apropiada.

Tereza no respondía a algunas preguntas porque hablaba demasiado. Se privaba del tiempo necesario para reflexionar porque no dejaba de hablar.

Tereza no podía decir: No lo sé. Cuando debía decirlo, abría la boca y decía

algo totalmente distinto. Por eso en primavera, cuando el capitán Pjele llamó a la oficina para que acudiera al interrogatorio, aún no sabía si el padre de Tereza iba a ver sus monumentos acompañado de un perro.

Me daba miedo que el capitán Pjele viniera a la fábrica. Después de su llamada llevé los libros a la oficina de Tereza. Mientras hablaba y reía con sus compañeros, Tereza colocó la caja en su armario sin prestarle atención. No me preguntó qué contenía. Tereza cogió la llave con toda confianza, y yo no depositaba ninguna en ella.

En la calle de los edificios corcovados, las primeras moscas se pegaban a las paredes. La hierba nueva era tan verde que su color hería los ojos. Crecía a ojos vistas. Cada día, cuando Tereza y yo salíamos de la fábrica, había crecido un trozo más. Me decía a mí misma: La hierba de la calle crece más deprisa que la segunda flor del ciclamen de la oficina del capitán Pjele durante el interrogatorio de Georg. Y entre los edificios aguardaban árboles tan desnudos que ante las sombras de las ramas proyectadas en el suelo vacilabas a cada paso. Las sombras yacían sobre el pavimento como cornamentas.

La jornada laboral había terminado. Nuestros ojos aún no se habían habituado al sol deslumbrante. En las ramas no crecía ni una sola hoja. A Tereza y a mí nos caía el cielo encima. La cabeza de Tereza perdió el control y empezó a desahogarse.

Tereza subió y bajó la cabeza bajo el árbol hasta que su sombra rozó la cornamenta del suelo. En el suelo había un animal.

Tereza empujó el delgado tronco con la espalda. La cornamenta se meció, se apartó de su animal y volvió a encontrarlo.

Cuando terminaba el invierno, dijo Tereza, mucha gente salía a pasear por la ciudad bajo el primer sol. Mientras paseaban veían un animal acercarse lentamente a la ciudad. Llegaba a pie pese a que podría haber volado. Tereza levantó los faldones de su abrigo con las manos metidas en los bolsillos como si de alas se tratara. Cuando el animal forastero llegaba a la gran plaza del centro de la ciudad, batía las alas, dijo Tereza. La gente empezaba a gritar y asustada se refugiaba en casas desconocidas. Sólo dos personas permanecían en la calle. No se conocían. La cornamenta abandonaba volando la cabeza del animal forastero y se posaba sobre la barandilla de un balcón. Allí arriba, bajo el sol intenso, la cornamenta relucía como las líneas de una mano. Las dos personas veían su vida entera en aquellas líneas. Cuando el animal forastero volvía a batir las alas, la cornamenta se alejaba del balcón y volvía a posarse sobre su cabeza. El animal forastero recorría muy despacio las calles iluminadas y desiertas hasta salir de la ciudad. Sólo entonces

salía la gente de las casas en que se había refugiado y regresaba a su vida normal. El miedo permanecía reflejado en sus rostros y los confundía. La gente jamás volvía a tener suerte.

Pero aquellas dos personas regresaban a su vida normal y lograban esquivar las desgracias.

Quiénes eran, pregunté. No quería oír su respuesta. Temía que Tereza dijera: Tú y yo. A toda prisa le mostré el diente de león marchito que se erguía junto a su zapato. Pero al igual que yo, Tereza percibía que sólo estábamos unidas allí donde no había secretos. Que en palabras tan breves como tú y yo no estábamos unidas. Tereza puso los ojos diminutos en blanco y dijo:

Quiénes eran esos dos seres humanos  
no creo que nunca lo sepamos.

Tereza se agachó y sopló para separar el diente de león marchito de su tallo. No sabía en qué pensaba mientras las plumas de la bola blanca surcaban el aire. Se abrochó el abrigo, se alejó de su animal forastero y sin decir palabra echó a andar. Y tuve la sensación de que debía quedarme y decirle a Tereza que no confiaba en ella.

En el camino, Tereza se volvió hacia mí y me saludó riendo.

En la calle siguiente empezamos a buscar tréboles de cuatro hojas. Aún estaba demasiado blando para prensarlo, pero en sus hojas ya se veía el anillo blanco. No quiero prensarlo, dijo Tereza, sólo necesito que me dé suerte.

Tereza necesitaba un trébol de la suerte, y yo, el nombre de la planta: trébol acuático. Registramos el parche de trébol con las manos. Pero fui yo quien encontró el trébol que tenía cuatro hojas. Porque no necesito suerte, le dije a Tereza. Pensaba en manos con seis dedos.

Cuando la madre ata a la niña a la silla con los cinturones de los vestidos, ante la ventana espera la criatura del diablo. En cada mano tiene dos pulgares seguidos. Los pulgares exteriores son más pequeños que los interiores.

En la escuela, a la criatura del diablo no se le da bien la caligrafía. El maestro le corta los pulgares exteriores y los guarda en un recipiente con alcohol. En una clase no hay niños, sólo gusanos de seda. El maestro coloca el recipiente junto a los gusanos de seda. Cada día, los niños tienen que coger hojas de los árboles del pueblo para alimentar a los gusanos de seda. Sólo comen hojas de morera.

Los gusanos de seda comen hojas de morera y crecen, los niños ven los pulgares sumergidos en alcohol y no crecen más. Todos los niños del pueblo son más bajos que los del pueblo vecino. Por eso dice el maestro: Los pulgares hay que

llevarlos al cementerio. Después de clase, la criatura del diablo tiene que acompañar al maestro al cementerio y enterrar sus pulgares.

A la criatura del diablo se le ponen las manos morenas de coger hojas de morera al sol. Sólo en los pulpejos tiene dos cicatrices blancas como un esqueleto de pez.

Tereza estaba inmóvil y con las manos vacías bajo el sol. Le di el trébol de la suerte. Me dijo: De nada me sirve, porque lo has encontrado tú. Es tu suerte. No creo en esas cosas, dije, por eso sólo puede serte útil a ti. Tereza aceptó el trébol.

Caminé un paso detrás de Tereza y repetí las palabras trébol acuático al son de nuestros pasos hasta que quedaron tan exhaustas como yo. Hasta que quedaron despojadas de sentido.

Tereza y yo habíamos llegado a la calle ancha y asfaltada. Aquí y allá surgía una brizna escuálida entre las grietas. El tranvía chirriaba despacio, los camiones pasaban como una exhalación, sus ruedas giraban como polvo vacío.

Un vigilante se quitó la gorra, hinchó los carrillos y expiró el aire como si fueran a estallarle los labios. La gorra le había dejado verdugones rojizos y mojados en la frente. Siguió nuestras piernas con la mirada y chasqueó la lengua.

Tereza le tomó el pelo y empezó a caminar en la misma postura que el vigilante. Como si no pisara el suelo, sino el mundo. Yo tenía un poco de frío y sólo podía caminar como se camina en este país. Percibía la diferencia entre el país y el mundo. Era una diferencia mayor que la que mediaba entre Tereza y yo. Yo era el país, pero ella no era el mundo. Tereza sólo era lo que, en este país, la gente deseosa de huir creía que era el mundo.

Por aquel entonces aún creía que en un mundo sin vigilantes podías caminar con paso distinto al de este país. En un lugar donde la gente piensa y escribe de otra forma, creía, también se puede caminar de otra forma.

Allí en la esquina está mi peluquero, dijo Tereza. Pronto hará más calor, ven, vamos a teñirnos el pelo.

De qué color, pregunté.

Rojo, dijo.

Hoy, pregunté.

Ahora, dijo.

No, hoy no, dije.

Me ardía la cara. Quería teñirme el pelo de rojo. Para las cartas, pensé,

cogeré cabellos de la modista. Eran tan claros como los míos, aunque más largos. Un cabello bastaría para dos cartas, podía cortarlo por la mitad. Pero arrancar cabellos de la cabeza de la modista sin que se diera cuenta resultaría más difícil que olvidar algo en su casa.

A veces hay cabellos en su cuarto de baño. Desde que colocaba cabellos en las cartas me fijaba en esas cosas. Pero había más pelos pubianos que cabellos en el cuarto de baño de la modista.

Vivía subarrendada en casa de una anciana. Se llamaba Margit y era húngara, de Pest. La guerra las había empujado a ella y a su hermana a esta ciudad. La hermana había muerto y reposaba en el cementerio donde había visto los rostros de los vivos en las fotos de las lápidas.

Después de la guerra, la señora Margit no había tenido dinero suficiente para regresar a Pest. Y luego cerraron la frontera. Me habría puesto en evidencia si hubiera querido volver a Pest entonces, dijo la señora Margit. El padre Lukas me dijo en aquella época que tampoco Jesús estaba en casa. La señora Margit intentó sonreír, pero los ojos no le obedecieron cuando dijo: Aquí estoy bien, en Pest ya no me espera nadie.

La señora Margit habla alemán arrastrando los sonidos. A veces creía que a la palabra siguiente empezaría a cantar. Pero sus ojos eran demasiado fríos.

La señora Margit nunca explicaba por qué ella y su hermana habían venido a esta ciudad. Sólo explicaba que los *mojics*<sup>1</sup>, los soldados rusos, habían venido a esta ciudad para entrar en cada casa y llevarse todos los relojes de pulsera. Los *mojics*<sup>2</sup> se llevaban la muñeca al oído, escuchaban el tic-tac de los relojes y reían. No sabían leer las horas. No sabían dar cuerda a los relojes parados. Cuando los relojes se paraban, los rusos decían *gospodin* y los tiraban. A los *mojics* les encantaban los relojes, llevaban diez en cada brazo, dijo la señora Margit.

Y cada pocos días, uno de ellos metía la cabeza en el retrete y otro tiraba de la cadena. Se lavaban el pelo. Los soldados alemanes estaban muy bien. El rostro de la señora Margit se suavizaba tanto que en sus mejillas aparecía un fulgor de belleza juvenil revivida.

La señora Margit iba cada día a misa. Antes de comer se acercaba a la pared, alzaba el rostro y fruncía los labios. Murmuraba en húngaro y besaba al Jesús de hierro clavado en la cruz. No le alcanzaba el rostro. Le besaba en húngaro el vientre, sobre el que Jesús llevaba un paño. Lo llevaba anudado sobre el vientre, y el nudo sobresalía tanto de la cruz que la nariz de la señora Margit no chocaba contra ella cuando lo besaba.

Sólo cuando se enfurecía y arrojaba contra la pared las patatas que luego

pelaba, la señora Margit olvidaba a su Jesús y mascullaba juramentos en húngaro. Tras colocar las patatas cocidas sobre la mesa besaba el lugar en que Jesús llevaba el paño anudado, olvidados ya todos los juramentos.

Los lunes, el monaguillo llamaba a la puerta con tres golpes cortos. Por la rendija de la puerta le daba un saquito de harina, un trapo blanco sobre el que había un cáliz bordado con hilos de oro y plata, y una bandeja grande. Una vez tenía las manos libres, el monaguillo se inclinaba en una reverencia, y la señora Margit cerraba la puerta.

Con harina y agua, la señora Margit confeccionaba la masa para las hostias y la extendía, transparente como las medias, sobre toda la mesa. Con un anillo de hojalata cortaba las hostias. Los restos los colocaba sobre un papel periódico. Cuando las hostias de la mesa y los restos del papel periódico estaban secos, la señora Margit distribuía las hostias sobre la bandeja y luego la cubría con el paño de forma que el cáliz quedara en el centro. La bandeja parecía un ataúd de niño sobre la mesa. La señora Margit vertía los restos de masa seca con la mano en una lata de galletas.

La señora Margit llevaba la bandeja cubierta con el paño blanco al padre Lukas. Antes de poder salir a la calle con las hostias, tenía que encontrar su pañuelo negro. Me pregunto dónde *a fene*<sup>3</sup> estará ese trapo, decía la señora Margit.

Cada semana, el padre Lukas le daba dinero por las hostias, y de vez en cuando le regalaba algún jersey negro que ya no llevaba. Y a veces un vestido o un pañuelo de cabeza que su cocinera ya no llevaba. De eso vivía la señora Margit, de eso y del alquiler que yo le pagaba por el cuarto.

Cuando leía el periódico de la señora Grauberg o el devocionario, la señora Margit dejaba la lata de galletas junto a su mano izquierda. Sin desviar la mirada de la lectura, introducía la mano en la lata y comía.

Cuando la señora Margit leía demasiado rato y comía demasiados restos de hostia, el estómago se le santificaba de tal forma que no paraba de eructar y mascullar juramentos mientras pelaba patatas. Desde que conocía a la señora Margit, la palabra santificar significaba para mí un crujido blanco y seco en la boca que obligaba a eructar y mascullar juramentos.

La señora Margit había comprado su Jesús durante una peregrinación de agosto, elegido a toda prisa entre el autocar y la escalinata del santuario en un saco repleto de crucifijos. El Jesús al que besaba era el desecho de una oveja de hojalata de la fábrica, el cambalache pueblerino de un obrero de día y noche entre turnos. Era lo único justo de ese Jesús colgado de la pared, que era robado y engañaba al Estado.

Como todos los Jesuses del saco, éste también se convirtió en dinero de borrachos sobre la mesa de la bodega el día después de la peregrinación.

La ventana de la habitación de la señora Margit daba al patio interior. Ahí se alzaban tres grandes tilos y debajo, un jardín descuidado del tamaño de una habitación, con boj quebrado y hierba alta. En la planta baja vivía la señora Grauberg con su nieto, y el señor Feyerabend, un anciano de bigote negro. Con frecuencia se sentaba delante de la puerta de su casa y leía la Biblia. El nieto de la señora Grauberg jugaba entre el boj, y cada pocas horas, la señora Grauberg gritaba la misma frase desde dentro: A comer. Y su nieto siempre contestaba con la misma frase: Qué has preparado. Y la señora Grauberg levantaba el puño con aire amenazador y gritaba: Verás cuando te pille. La señora Grauberg se había mudado allí desde la calle Mond. No podía seguir viviendo en la casa de la ciudad fabril porque la madre de su nieto había muerto a causa de la cesárea. A la señora Grauberg ya no se le nota la fábrica en la apariencia, dijo la señora Margit, la señora Grauberg siempre se viste con inteligencia cuando va a la ciudad.

La señora Margit decía también: Los judíos o son muy inteligentes o muy estúpidos. La inteligencia o la estupidez tienen mucho o poco que ver con el conocimiento, decía. Algunos saben mucho, pero no son inteligentes, ni mucho menos, otros saben poco y no son estúpidos, ni mucho menos. La inteligencia y la estupidez sólo tienen que ver con Dios. Seguro que el señor Feyerabend es muy inteligente, pero apesta a sudor. Eso sí que no tiene nada que ver con Dios.

La ventana de mi cuarto daba a la calle. Para entrar en mi habitación tenía que pasar por la de la señora Margit. No podía recibir visitas.

La señora Margit se pasaba cuatro días ceñuda porque Kurt me visitaba cada semana. No me saludaba ni me dirigía la palabra. Cuando volvía a saludarme y dirigirme la palabra, ya sólo faltaban dos días para la visita de Kurt.

La primera frase que la señora Margit decía después del malhumor siempre era la misma: No quiero *kurvas*<sup>4</sup> en mi casa. La señora Margit decía lo mismo que el capitán Pjele: Cuando un hombre y una mujer tienen algo que darse, se meten en la cama. Si no te vas a la cama con ese Kurt, entonces no es más que un *ide-oda*.<sup>5</sup> No tenéis nada que daros y no hace falta que cojáis nada cuando ya no os veáis. Búscate a otro, decía la señora Margit, sólo los desgraciados son pelirrojos. Ese Kurt tiene pinta de *gazember*<sup>6</sup>, no es un caballero.

A Kurt no le gustaba Tereza. No es de fiar, dijo mientras golpeaba la mesa con la mano vendada. Le había caído una barra de hierro sobre el pulgar. La dejó caer un obrero, dijo Kurt, adrede. Sangró bastante. Lamí la sangre con la lengua para que no se me metiera por la manga.

Kurt ya se había bebido media taza. Yo me había quemado la lengua y por eso estaba esperando. Eres demasiado sensible, dijo Kurt. Me dejaron solo con la herida, se quedaron de pie junto a la zanja, mirándome sangrar con ojos de ladrones. Tenía miedo de que hubieran dejado de pensar. Ven sangre y se acercan, se acercan para chupármela toda. Y luego no ha sido ninguno de ellos. Guardan silencio como la tierra que pisan. Por eso me lamí la sangre a toda prisa y me la tragué. No me atrevía a escupir. Y de repente perdí el control, me puse a gritar. A punto estuve de desgarrarme la boca de tanto gritar. Que todos merecían ir a juicio, grité, que ya no pertenecen a la raza humana, que me producen escalofríos porque beben sangre. Que su pueblo no es más que un culo de vaca en el que se refugian de noche y del que salen por la mañana para seguir bebiendo sangre. Que atraen a sus hijos al matadero con colas de vaca y los embrujan con besos que saben a sangre. Que el cielo debería desplomarse sobre ellos y aplastarlos. Todos apartaron las miradas sedientas de mí. Y en aquella culpabilidad repugnante permanecieron callados como una manada. Atravesé las naves en busca de gasa para vendarme el pulgar. En el botiquín no había más que unas gafas viejas, cigarrillos, cerillas y una corbata. Encontré un pañuelo en mi bolsillo, me envolví con él el pulgar y lo sujeté con la corbata.

La manada entró despacio en la nave, dijo Kurt, uno tras otro, como si no tuvieran pies, sólo ojos saltones. Los matarifes bebían sangre y los llamaban. Ellos menearon la cabeza. Un día menearon la cabeza, dijo Kurt, y al día siguiente habían olvidado mis gritos. La fuerza de la costumbre los convirtió de nuevo en lo que eran.

Cuando Kurt calló se oyó un crujido al otro lado de la puerta. Kurt se miró la mano vendada y prestó atención. La señora Margit está comiendo restos de hostia. No es de fiar, hurga en tus cosas cuando no estás. Asentí, las cartas de Edgar y Georg están en la fábrica, dije, con los libros. No le dije que los libros estaban en la oficina de Tereza. La mano vendada de Kurt parecía un pedazo de masa de hostia.

La madre extiende la masa de hojaldre sobre la mesa. Sus dedos se mueven con destreza. Agarran y estiran como si contaran dinero. La masa se convierte en un paño fino sobre la mesa. Algo reluce a través de la masa sobre la mesa: la fotografía del padre y el abuelo, ambos de la misma edad. La fotografía de la madre y la abuela que reza, y la madre es mucho más joven.

La abuela que canta dice: Aquí abajo está el barbero, pero también teníamos una niña pequeña en casa. Mi madre me señala y dice: Está aquí, sólo que ha crecido un poco.

Estaba cansada, me ardían los ojos. Kurt tenía la cabeza apoyada en la mano sana. Se torcía la boca con la mano. Daba la sensación de que Kurt sostenía el peso de su cuerpo entero con la comisura de los labios.

Miré el cuadro colgado de la pared: Una mujer siempre asomada a la ventana. Llevaba un vestido de rayas hasta la rodilla y una sombrilla. Su rostro y sus piernas tenían el matiz verdoso de una muerta reciente.

Cuando Kurt me visitó por primera vez en mi cuarto y vio el cuadro dije: La piel de la mujer del cuadro me recuerda los lóbulos de las orejas de Lola, tenían ese mismo color verdoso cuando la sacaron del armario.

En verano podía desentenderme del cuadro de la muerta reciente. El abundante follaje de la calle teñía la luz de la habitación y suavizaba el color de la muerte reciente. Cuando los árboles se quedaban sin hojas no soportaba la muerte reciente de la mujer. No permitía que mis manos descolgaran el cuadro porque debía ese color a Lola.

Voy a descolgarlo, dijo Kurt, pero le obligué a sentarse de nuevo. No, dije, no es Lola. Me alegro de que no sea un Jesús. Me mordí los labios. Kurt contempló el cuadro. Aguzamos el oído. Al otro lado de la puerta, la señora Margit hablaba sola. Qué dice, preguntó Kurt. Me encogí de hombros. Reza o masculla juramentos, dije.

He bebido sangre, como los del matadero, dijo Kurt. Miró por la ventana: Ahora soy un cómplice.

Por la acera de enfrente corría un perro. Ahora aparecerá el hombre del

sombrero, dijo Kurt, me sigue cuando vengo a la ciudad. El hombre del sombrero apareció. No era el que me seguía a mí. A lo mejor conozco al perro, dije, pero desde aquí no alcanzo a verlo.

Quería que Kurt me mostrara la herida. Tú con tu compasión suaba de pacotilla, dijo. Tú con tu miedo de suabo pueblerino, dije yo.

Nos sorprendió comprobar que todavía sabíamos inventar palabras desagradables. Pero las palabras carecían de odio, no podían herir. No teníamos más que compasión parpadeante en los labios. Y en lugar de furia, la felicidad vergonzante de que la mente hubiera logrado algo después de tanto tiempo. En silencio nos preguntamos si Edgar y Kurt aún estarían lo bastante vivos como para herir cuando volvieran a la ciudad.

Kurt y yo nos echamos a reír como si tuviéramos que sostenernos, hasta que de pronto nuestros rostros se estremecieron, descontrolados. Hasta que de pronto tuvimos que concentrarnos en dominar las comisuras de nuestros respectivos labios. Nos miramos las bocas sin dejar de reír. Sabíamos que, al instante siguiente, los labios dominados del otro nos abandonarían, como si se estremecieran.

Y entonces llegó ese instante: Me encerré en los latidos de mi corazón y quedé fuera del alcance de Kurt. Mi frialdad no servía para ninguna palabra desagradable, ya no podía inventar nada. En mis manos, la frialdad era capaz de entrar en acción. Bajo la ventana pasó un sombrero.

Creo que te gustaría ser cómplice, dije, pero en realidad no eres más que un fanfarrón. Te chupas el pulgar, y ellos beben sangre de cerdo.

Y qué, dijo Kurt.

Tras el saludo vi un signo de exclamación. Busqué el cabello en la carta, luego en el sobre. No estaba. Tras el segundo susto se me ocurrió que la carta era de mi madre.

Tras los dolores de espalda de mi madre ponía: La abuela nunca duerme por la noche. Sólo de día. Los confunde. El abuelo no descansa. No le deja pegar ojo, y el abuelo no puede dormir de día. Por la noche, la abuela enciende la luz y abre la ventana. Él apaga la luz, cierra la ventana y vuelve a meterse en la cama. Y así hasta que se hace de día. La ventana está rota. Ha sido el viento, dice la abuela, pero eso no se lo cree ni ella. Sale de la habitación y en seguida vuelve a entrar. Deja la puerta abierta. Si el abuelo la deja hacer y no se mueve, la abuela se acerca a la cama. Le coge las manos y dice: No duermas, que la bestia de tu corazón aún no está en casa.

El abuelo está agotado, no hay quien soporte esto a su edad. Y yo no paro de

soñar. Estoy en el jardín y arranco un rinanto rojo. Es más grande que una escoba. No consigo arrancar el tallo, tiro y tiro, pero no lo consigo. Las semillas salen volando en todas direcciones como sal negra. Miro la tierra, está llena de hormigas. Dicen que las hormigas en los sueños son coronas de rosas.

Aquel verano, la abuela cantora se marchó de casa. Recorrió las calles gritando delante de cada casa. Gritaba con fuerza. Nadie sabía qué gritaba. Cuando alguien salía al patio porque había oído sus gritos, la abuela se marchaba. Mi madre la buscó en el pueblo, pero no la encontró. El abuelo estaba enfermo, y mi madre tenía que volver a casa en seguida.

Cuando la abuela cantora volvió a casa por la noche, mi madre le preguntó: Dónde has estado. En casa, dijo la abuela cantora. Has estado en el pueblo, dijo mi madre, ésta es tu casa. Empujó a la abuela cantora hacia la silla: A quién buscabas en el pueblo. A mi madre, dijo la abuela cantora. Tu madre soy yo, dijo mi madre. Tú nunca me has peinado, dijo la abuela cantora.

La abuela cantora olvidó toda su vida. Había regresado a los tiempos de su infancia. En sus mejillas se acumulaban ochenta y ocho años. Pero su memoria sólo tenía una vía sobre la que una niña de tres años mordisqueaba una esquina del delantal de su madre. Al volver del pueblo estaba sucia como una niña. Desde que no cantaba se metía cualquier cosa en la boca. De cantar pasó a caminar. Su inquietud era tal que nadie podía detenerla.

Cuando murió el abuelo, la abuela no estaba en casa. Durante el entierro, el barbero la vigiló en casa. No habría hecho más que molestar en el entierro, dijo mi madre.

Ya que no podía estar presente, al menos quería jugar al ajedrez cuando bajaran el ataúd a la fosa, dijo el barbero. Pero la abuela quería escaparse. De nada servía hablar con ella, así que me puse a peinarla. El peine le surcaba los cabellos, la abuela se sentó y escuchó el tañido de las campanas.

Cuando el abuelo fue enterrado, en la tumba de mi padre ya florecían las coronas imperiales.

En la descripción de una máquina hidráulica encontré la palabra sobreinfinito. No figuraba en el diccionario. Imaginaba lo que podía significar sobreinfinito para las personas, pero no para las máquinas. Pregunté a los ingenieros y a los obreros. Todos hicieron una mueca sin soltar las ovejas de hojalata grandes y pequeñas que sostenían en las manos.

Entonces llegó Tereza, desde lejos vi su cabellera pelirroja.

Sobreinfinito, pregunté.

Finito, dijo.

Sobreinfinito, dije.

Y yo qué sé, dijo.

Tereza llevaba cuatro anillos. Dos de ellos con piedras rojas que parecían recién caídas de su pelo. Dejó un periódico sobre la mesa y dijo: Sobreinfinito, a lo mejor se me ocurre durante la comida. Hoy tengo pavo.

Desenvolví la manteca amarillenta y el pan. Tereza los cortó en daditos y preparó dos soldaditos. Empezamos a comer, Tereza hizo una mueca. Está rancio, dijo, se lo voy a dar al perro.

A cuál, pregunté.

Sacó tomates y un jamón de pavo.

Come un poco de esto, dijo antes de preparar dos soldaditos. Tragó mientras yo aún masticaba. Separó toda la carne del hueso.

Tereza me metió un soldadito en la boca y dijo: Lo de sobreinfinito pregúntaselo a la modista.

La desconfianza hacía resbalar todo lo que atraía hacia mí. Cada vez que cogía algo veía mis dedos, pero no conocía la verdad de mi propia mano mejor que los dedos de mi madre o los de Tereza. Sabía tan poco de ello como del dictador y sus enfermedades, o de los vigilantes y los transeúntes, o del capitán Pjele y Pjele el perro. Tampoco sabía más de las ovejas de hojalata y los obreros, o la modista y el solitario al echar las cartas. Y tampoco sabía más de la fuga y la suerte.

Sobre la fachada de la fábrica, en el punto más cercano al cielo y más alejado del patio, se veía una consigna: Proletarios del mundo, uníos.

Y en la tierra caminaban zapatos que sólo podían abandonar el país huyendo. Pisaban el asfalto zapatos húmedos, polvorientos, ruidosos o silenciosos. Yo sentía que tenían otros caminos, que algún día, como muchos otros zapatos, ya no caminarían bajo aquella consigna.

Los zapatos de Paul ya no caminaban por allí. Hacía dos días que no venía a trabajar. A causa de su desaparición, su secreto se convirtió en cotilleo. Todos creían conocer su muerte. En el intento fallido de fuga veían un deseo habitual que de vez en cuando arrastraba a alguien a la muerte. No renunciaban a ese deseo. Cuando decían que Paul jamás volvería, se referían a ellos mismos. Era como cuando la señora Margit decía: En Pest ya no me espera nadie. Pero quizás, justo después de la guerra, alguien sí la había esperado en Pest.

En la fábrica nadie esperó a Paul, ni siquiera una hora. No ha tenido suerte,

dijeron al ver que no regresaba al trabajo, como muchos otros antes que él. Hacían cola como en las tiendas. Cuando a uno le servían la muerte, la cola avanzaba. Qué sabían de eso la leche de la niebla, los círculos del aire o la curvatura de las vías. Una muerte barata como un agujero en el bolsillo: metías la mano y el cuerpo entero te acompañaba. La obsesión se apoderaba de ellos con más fuerza a cada muerte.

De los muertos en las fugas no se murmuraba igual que de las enfermedades del dictador. Éste salía el mismo día por la televisión y ahuyentaba la proximidad de la muerte con la perseverancia del discurso más largo. Mientras hablaba se le encontraba otra enfermedad que lo acercara más a la muerte.

La única incógnita de la fábrica era el lugar de la muerte: era el maíz, el cielo, el agua o un tren de mercancías lo último que había visto Paul del mundo.

Georg escribía: Los niños no dicen ninguna frase sin: tener que. Yo tengo que, tú tienes que, nosotros tenemos que. Incluso cuando están orgullosos dicen: Mi madre ha tenido que comprarme zapatos nuevos. Y es cierto. A mí me pasa lo mismo: cada noche tengo que preguntarme si llegará el día.

El cabello de Georg se me escurrió entre los dedos. Sobre la alfombra sólo encontré cabellos míos y de la señora Margit. Conté los cabellos grises como si ello pudiera ayudarme a saber cuántas veces había estado la señora Margit en mi habitación. Sobre la alfombra no vi ni un solo cabello de Kurt, pese a que venía cada semana. Los cabellos no eran un instrumento fiable, pero aun así los conté. Y bajo la ventana pasó un sombrero. Corrí hacia la ventana y me asomé.

Era el señor Feyerabend. Caminaba arrastrando los pies. En un momento dado sacó un pañuelo blanco. Metí la cabeza en el cuarto como si el pañuelo blanco pudiera percibir que una mujer de mi calaña seguía con la mirada a un judío.

El señor Feyerabend sólo tiene a Elsa, dijo la señora Margit.

Un día, cuando estaba sentado al sol sin su Biblia, le había contado que mi padre había sido un soldado de la SS que arrancaba las plantas más necias, los abrojos. Que mi padre había cantado canciones para el *führer* hasta su muerte.

Los tilos del patio estaban en flor. El señor Feyerabend se miró las punteras de los zapatos, se levantó y contempló los árboles. Cuando florecen te pones a cavilar, dijo. Todos los abrojos tienen leche, he comido más abrojos que tila.

La señora Grauberg abrió la puerta. El nieto salió a la calle con sus calcetines blancos, se volvió hacia ella una vez más junto al portal, luego nos miró y dijo: Chau. Y yo dije: Chau.

Cuando la señora Grauberg, el señor Feyerabend y yo hubimos seguido con

la mirada más los calcetines blancos que al niño, la puerta de la señora Grauberg se cerró. Ya lo oye, los niños saludan como se saludaba con Hitler, dijo el señor Feyerabend. También el señor Feyerabend prestaba atención a las palabras. Para él, chau era la primera sílaba de Ceausescu.

La señora Grauberg es judía, dijo, pero ella dice que es alemana. Y usted tiene miedo y devuelve el saludo.

El señor Feyerabend no volvió a sentarse. Se aferró al pomo de la puerta, y ésta se abrió. Un gato asomó la cabeza blanca desde la habitación fresca. El señor Feyerabend lo tomó en brazos. Vi una mesa sobre la que descansaba su sombrero. Entremos en casa, Elsa, dijo. Ah, así, lo de los abrojos, dijo antes de cerrar la puerta.

Explicué a Tereza lo que era un interrogatorio. Sin motivo alguno, como si hablara sola, empecé a hablar. Tereza se aferraba con dos dedos a su cadenita de oro. No se movió para no disolver la tenebrosa exactitud.

1 chaqueta, 1 blusa, 1 pantalón, 1 par de medias, 1 braguitas, 1 par de zapatos, 1 par de pendientes, 1 reloj de pulsera. Estaba completamente desnuda, dije.

1 agenda, 1 flor de tilo prensada, 1 trébol prensado, 1 bolígrafo, 1 pañuelo, 1 rímel, 1 barra de labios, 1 polvera, 1 peine, 4 llaves, 2 sellos, 5 billetes de tranvía.

1 bolso.

Todo enumerado en columnas. El capitán Pjele no me incluyó a mí en la lista. Va a encerrarme. En ninguna lista figurará que tenía 1 frente, 2 ojos, 2 orejas, 1 nariz, 2 labios, 1 cuello al llegar aquí. Edgar, Kurt y Georg me han contado que en el sótano hay calabozos, dije. Quería hacer una lista mental de mi cuerpo para contrarrestar su lista. Sólo llegué al cuello. El capitán Pjele se dará cuenta de que me faltan cabellos. Me preguntará dónde están.

Me asusté porque en cualquier momento Tereza tendría que preguntar a qué me refería con eso de los cabellos. Pero no podía omitir nada. Cuando se calla durante tanto tiempo, como me había sucedido a mí con Tereza, luego se cuenta todo. Tereza no preguntó nada sobre los cabellos.

Estaba desnuda en el rincón, dije. Tuve que cantar la canción. Canté como canta el agua, nada me hería ya, de repente tenía piel de rinoceronte.

Qué canción, preguntó Tereza. Le hablé de los libros de la casa de verano, de Edgar, Kurt y Georg. Le conté que nos conocíamos desde la muerte de Lola. Le expliqué por qué teníamos que decirle al capitán Pjele que el poema era una canción popular.

Vístete, dijo el capitán Pjele.

Tuve la sensación de que me ponía lo escrito, de que la hoja de papel quedaría vacía en cuanto me lo hubiera puesto todo. Cogí el reloj de la mesa, luego los pendientes. Me abroché la correa del reloj a la primera y encontré los orificios de mis lóbulos sin espejo. El capitán Pjele caminaba ante la ventana. Quería seguir desnuda un rato. Creo que no me miraba. Miraba la calle. Contemplando el cielo entre los árboles podía imaginarse mejor qué aspecto tendría yo una vez muerta.

Mientras me vestía, el capitán Pjele guardó la agenda en su cajón. Ahora también sabe tu dirección, le dije a Tereza.

Estaba agachada, anudándome los cordones de los zapatos, cuando el capitán Pjele dijo: Una cosa está clara, quien se pone ropa limpia no puede ir sucio al cielo.

El capitán Pjele cogió el trébol de cuatro hojas y lo acarició con delicadeza. Estás convencida ahora de que tienes suerte conmigo. Estoy hasta las narices de la suerte, dije. El capitán Pjele sonrió: Eso no es culpa de la suerte.

No hablé a Tereza de Pjele el perro, porque en aquel momento pensé en su padre. No le dije que después del interrogatorio seguía brillando el sol en la calle. Y tampoco le conté: que no entendía por qué las personas se balancean y bambolean los brazos al andar si en cualquier momento podían ir a parar al cielo; por qué los árboles apoyaban su sombra en los edificios; por qué aquella hora recibía el nombre de atardecer; por qué la abuela cantora cantaba en mi cabeza.

*Sabes cuántas nubes recorren el mundo entero El Señor las ha contado y ninguna le ha faltado.*

Por qué las nubes pendían en el cielo sobre la ciudad como vestidos blancos. Por qué las ruedas del tranvía levantaban polvaredas y los vagones se dejaban arrastrar en la misma dirección que yo. Por qué los viajeros se sentaban junto a la ventana en cuanto subían al vagón, como si estuvieran en su casa.

Miedo, dije.

Esta cadenita es un niño, dijo Tereza. La modista había ido tres días a Hungría a hacer turismo, dijo Tereza, cuarenta personas en un autocar. El guía va cada semana. Tiene sus plazas, no tiene que regatear en la calle, es él quien lleva más equipaje.

Si no conoces el percal, te pasas los dos primeros días vendiendo y el tercero, comprando. La modista tenía dos maletas repletas de Tetrahosen. No pesan mucho, dijo Tereza, no te rompes la espalda llevándolas. Consigues venderlos, pero baratos. Reúnes algo de dinero, pero no mucho. Como mínimo hay que llevar

una maleta con cristalería. El cristal es caro. En la calle siempre hay policía. Donde mejor va el negocio es en las peluquerías, porque la policía no entra. Las mujeres que están bajo los secadores siempre tienen algo de cambio y nada que hacer hasta que se les seque el pelo. Siempre compran algo. La modista tenía un montón de dinero. El último día vas a comprar. Lo mejor es comprar oro. Se puede esconder fácilmente en casa y además se vende bien.

Las mujeres regatean mejor que los hombres, dijo Tereza, dos tercios de los viajeros del autocar eran mujeres. Y en el viaje de vuelta todas llevaban una bolsita con oro en el coño. Los aduaneros lo saben, pero qué van a hacer.

Dejé la cadenita sumergida en un cuenco de agua durante toda la noche, dijo Tereza. Con mucho detergente. No compraría oro salido del coño de una desconocida. Tereza dijo unas cuantas palabrotas y se echó a reír. Tengo la sensación de que la cadena aún apesta, la volveré a lavar. Había encargado un trébol con la cadena. La modista sólo trajo dos corazones para sus hijos. Pero en otoño, antes de que empiece el frío, volverá a ir.

También puedes ir tú, dije.

Yo no cargo maletas ni me meto oro en el chocho, dijo Tereza. El viaje de vuelta lo hicieron de noche. La modista conoció a un aduanero. Le dijo qué noches de otoño volvería a estar de servicio. La modista escogerá una de esas noches.

Después de pasar la aduana desapareció el miedo, dijo Tereza. Todas se durmieron con el oro entre las piernas. Pero la modista no podía dormir, le dolía el coño y tenía que ir al lavabo. Es un fastidio ir con mujeres, porque la luz de la luna siempre les da ganas de mear, dijo el conductor.

Al día siguiente, los hijos de la modista estaban sentados a la mesa con los corazones alrededor del cuello.

Los collares no son para niños, dijo la modista. No pueden llevar joyas por la calle. Los he comprado para más adelante. Cuando sean mayores no me olvidarán. La clienta con las manchas de semen en el techo estuvo en Hungría con su amante. Ya en el viaje de ida, la clienta se puso a ligar con uno de los aduaneros por motivos comerciales, dijo la modista. El amante se enfadó y quiso tomar una habitación para él solo en el hotel. Pero no quedaba ninguna, figuraba con ella en la lista. Se instaló en mi habitación. Yo no quería, pero qué iba a hacer, dijo la modista. Pasó lo que tenía que pasar, me acosté con él. Me preocupaba el techo de la habitación. Las mujeres de la limpieza lo controlan todo antes de que te vayas. La clienta no sabe nada. En el viaje de vuelta se sentó con ella. Le acariciaba el pelo y se giraba para mirarme. No quiero que un buen día llame a mi puerta, no quiero perder a mi clienta, hace mucho tiempo que la conozco. Cuando bajamos del

autobús en la frontera, me pellizcó el brazo. Para librarme de él me puse a ligar con el aduanero. Pero también por motivos comerciales, dijo la modista. Cuando vaya en otoño puedo traerme batidoras de cocina. Se venden muy bien.

La modista me pidió que no le contara a Tereza lo del hotel. Se llevó la mano a la mejilla y dijo: Tereza dejaría de llevar la cadena. Si ya dice que la cadena es un niño.

Es lo que pasa, dijo la modista, cuando te pasas el día regateando y no puedes permitirte comprar nada. Te sientes miserable y quieres descubrir si aún vales algo. En casa no me acostaría con él. Pero allí me lo había merecido durante todo el día. Y él también.

Mi clienta vino ayer a mi casa, dijo la modista, para que le echara las cartas. Cuando me mira se me para el corazón, y las cartas ya no muestran nada. No me salió el solitario y no le cobré nada. Me asediaba. Hay cosas que no se notan en seguida, dijo la modista, que llegan como humo y van penetrando poco a poco. Tienes que esperar un par de días, le dije a mi clienta. Pero era yo quien tenía que esperar. La modista se me antojó adulta, relajada y distante.

Los niños correteaban por la habitación con sus collares y el pelo alborotado. Vi a dos cachorros de perro que, cuando sean mayores, se perderán en el mundo con campanillas mudas al cuello.

A la modista aún le quedaba una cadenita de oro por vender. No se la compré. Compré una bolsa de celofán a rayas rojas, blancas y verdes. Contenía caramelos húngaros.

Le regalé la bolsa a la señora Margit. Se pondrá contenta, pensé. También pensé en que al día siguiente llegaba Kurt. Quería comprar la ira de la señora Margit con caramelos antes de que llegara Kurt.

La señora Margit leyó hasta la última palabra de la bolsita y dijo: *Édes drága istenem*<sup>2</sup>. A los ojos le asomaban las lágrimas. Lágrimas de alegría, pero una alegría que la asustaba, que daba fe de una vida desperdiciada y de que era demasiado tarde para volver a Pest.

La señora Margit veía su vida como un castigo justo. Su Jesús conocía la razón, pero no se la revelaba. La señora Margit sufría y por ello amaba a su Jesús cada día más. La bolsa húngara se quedó junto a la cama de la señora Margit. Nunca la abría. Leía las palabras familiares una y otra vez, como si de una vida perdida se tratara. Jamás se comió los caramelos, pues habrían desaparecido en su boca.

Mi madre vestía de negro desde hacía dos años y medio. Aún guardaba luto

por mi padre y ahora además por mi abuelo. Vino a la ciudad y se compró una azada pequeña. Para el cementerio y para los parterres densos del jardín.

Con el azadón puedes echar a perder las plantas.

Me parecía imprudente que utilizara la misma azada para las hortalizas y las zanjas. Todo está sediento, dijo, las malas hierbas han salido muy pronto este año, las semillas ya están volando por los aires, los abrojos se están adueñando de todo.

La ropa de luto la envejecía. Sentada junto a mí al sol parecía una sombra. La azada estaba apoyada contra el banco. Hay trenes cada día, y nunca vienes a casa, dijo. Sacó panceta, pan y un cuchillo. No tengo hambre, dijo, es sólo para el estómago. La abuela pasa también la noche en el campo, dijo, como una gata salvaje. Una vez tuvimos una que cazaba todo el verano y volvía a casa en noviembre, con las primeras nevadas. Mi madre no masticaba mucho y tragaba deprisa. Todo lo que crece se puede comer, porque si no la abuela ya estaría muerta, dijo. Ya no salgo a buscarla por las noches. Hay tantos caminos, me da miedo salir al campo. Pero también me da miedo estar sola en esa casa tan grande. Tampoco podría hablar con ella de nada, pero si volviera a casa por la noche, al menos habría dos pies más caminando por la casa. Mi madre ya no soltaba el cuchillo mientras comía, a pesar de que ya estaba todo cortado y listo para la boca. Necesitaba el cuchillo para hablar. La adormidera no brota, el maíz no crece bien, las ciruelas ya están más que pasas. Después de pasarme el día entero en la ciudad, cuando me desvisto por la noche estoy llena de cardenales. No paro de darme golpes. Cuando camino por ahí en lugar de trabajar, me tropiezo con todo. Y eso que la ciudad es más grande que el pueblo.

Mi madre subió al tren. El silbato parecía afónico. Cuando las ruedas se pusieron en movimiento y las sombras de los vagones empezaron a reptar por el suelo, el revisor subió de un salto y dejó la pierna suspendida en el aire un buen rato.

Bajo la morera se veía la silla desechada. Bajo el asiento pendía una trenza de hierba reseca. Por encima de la valla asomaban girasoles sin corona ni semillas negras. Estaban rellenos como borlas. Mi padre los refino, dijo Tereza. Del porche pendían tres cornamentas de ciervo.

No puedo comer sopa de coliflor, dijo Tereza, apesta toda la cocina. La abuela llevó el plato al fogón y vertió la sopa de Tereza en la olla. La cuchara tintineó como si tuviera vajilla en el vientre.

Me comí el plato de sopa entero. Creo que la sopa estaba buena. Si al comérmela hubiera pensado en comida, me habría gustado. Pero no me sentía bien comiendo allí.

La abuela de Tereza me había puesto el plato delante y había dicho: Come, así Tereza también comerá. Seguro que no eres tan maniática como ella. A Tereza le parece que todo apesta. La coliflor apesta, los guisantes, las judías, el hígado de pollo, el cordero y el conejo apestan. Muchas veces digo te apesta el agujero del culo. A mi hijo no le gusta. No quiere que lo diga cuando hay gente delante.

Tereza no me ha presentado. La abuela no echaba de menos mi nombre, me dio sopa porque tenía una boca en la cara. El padre de Tereza estaba de pie y de espaldas a la mesa, comiendo sopa directamente de la olla. Probablemente sabía quién era yo, por eso no me miró cuando llegué. Sí miró a Tereza por encima del hombro: Has vuelto a decir palabrotas, dijo. El director no ha querido repetir las, le parecían demasiado vulgares. Crees que tus palabrotas no apestan.

Con sólo ver la fábrica me dan ganas de decir palabrotas, dijo Tereza. Metió la mano en una fuente de frambuesas y se le tiñeron los dedos de rojo. El padre sorbía la sopa ruidosamente. Cada día me das una bofetada, dijo.

Tereza había heredado las piernas torcidas, el trasero plano y los ojos pequeños de él. El padre de Tereza era alto, huesudo y medio calvo. Cuando iba a ver sus monumentos, imaginaba que las palomas podían posarse sobre sus hombros en lugar de sobre el hierro. Al sorber la sopa se le hundían las mejillas, y los pómulos le crecían bajo los ojos diminutos.

Se parecía realmente a sus monumentos o sólo lo creía porque sabía que él los había fundido. A veces eran de hierro su nuca y sus hombros, a veces su pulgar y sus orejas. De su boca cayó un trozo de coliflor. Pequeño y blanco como un diente quedó adherido a su chaqueta.

Este hombre podría ser bajo y gordo, pensé, y aun así habría fundido monumentos, con esa barbilla.

Tereza bajó la cadera y se puso la fuente de frambuesas bajo el brazo. Fuimos a su cuarto.

En la pared había un tapiz sobre una puerta estrecha. Un bosque otoñal con abedules y agua. Uno de los abedules tenía un picaporte en el tronco. El agua no era profunda, se veía la tierra a través de ella. La única piedra que yacía entre los árboles del bosque era más grande que dos piedras a la orilla del río. Ni cielo ni sol, sólo aire transparente y hojas amarillas.

Nunca había visto un tapiz así. Es de Alemania, dijo Tereza. Tenía la boca ensangrentada de frambuesas. También la fuente estaba ensangrentada. Junto a ella había una mano de porcelana con los dedos extendidos. En los dedos se veían los anillos de Tereza. Sobre el dorso y la palma pendían los collares de Tereza, también la cadena de la modista.

Sin las joyas, la mano habría sido como un árbol mutilado. Pero en las joyas relucía una desesperación que no podía crecer en los árboles, ni en la madera ni en el follaje.

Deslicé un dedo por el tronco del abedul del picaporte, oprimí el picaporte y continué. Quería recorrer la tierra disimuladamente hasta llegar a la piedra. Adónde vas a parar si abres el abedul, pregunté. Detrás del armario de la habitación de mi abuela, dijo Tereza. Ven, ayúdame con las frambuesas, que si no me las zamparé todas sola.

Cuántos años tiene tu abuela, pregunté. Mi abuela es de un pueblo del sur, dijo Tereza. Se quedó embarazada mientras cosechaba melones y no sabía quién era el padre. Se convirtió en el hazmerreír del pueblo. Por eso subió al tren.

Tenía dolor de muelas. La vía moría aquí. Bajó del tren. Fue al primer dentista que encontró y se pegó a él.

El dentista era mayor que ella y estaba solo, dijo Tereza. Él tenía sus ingresos, ella no tenía nada aparte de su secreto.

No le dijo que esperaba un hijo. Creyó que se tragaría la historia de un parto prematuro. Y en efecto, mi padre nació prematuramente. El dentista fue a visitarla a la casa de maternidad. Le llevó flores.

El dentista no apareció el día en que le dieron el alta. Mi abuela volvió a casa en taxi con el bebé. El dentista no la dejó entrar. Le dio la dirección de un oficial. Se convirtió en su criada.

Durante años, el oficial la visitó cada noche. Mi padre se hacía el dormido. Comprendía que sólo por eso tenía todo lo que tenían los hijos del oficial. Podía llamarle papá cuando no había nadie delante. También podía comer en su mesa. Un buen día, cuando la mujer del oficial gritaba a mi abuela porque los vasos no habían quedado limpios, mi padre dijo: Dame agua papá. La mujer del oficial se quedó mirando al niño, luego al oficial. Como dos gotas de agua, dijo.

Le arrebató el cuchillo a mi abuela y despedizó ella misma el conejo.

Todos empezaron a comer, y mi abuela hizo la maleta. Con la maleta en la mano levantó de la silla al niño, que tenía los carrillos repletos de carne. Los hijos del oficial querían acompañarlos a la puerta, pero la mujer del oficial no les permitió levantarse de la mesa. Los niños saludaron con servilletas blancas. El oficial no se atrevía a mirar hacia la puerta.

El dentista tuvo otras dos mujeres, dijo Tereza. Ambas lo abandonaron porque querían tener hijos. El dentista no podía tener hijos. Con mi abuela habría estado de suerte si se hubiera dejado engañar un poco. Cuando murió, mi padre

heredó su casa.

Quieres tener hijos, me preguntó Tereza. No, dije. Imagínate que comes frambuesas, patos y pan, que comes manzanas y ciruelas, dices palabrotas y acarreas piezas de máquinas de aquí para allá, que vas en tranvía y te peinas. Y todo eso se convierte en un niño.

Recuerdo que miraba el picaporte del abedul. Y que, aún invisible desde el exterior, la nuez bajo el brazo de Tereza siempre estaba presente. Se tomaba su tiempo para crecer.

La nuez crecía contra nosotras. Contra todo amor. Estaba dispuesta a traicionar y era indiferente a la culpa. Devoró nuestra amistad antes de que Tereza muriera por su causa.

El novio de Tereza era cuatro años mayor que ella. Estudiaba medicina en la capital.

Cuando los médicos aún no sabían que la nuez de Tereza se apoderaba de su pecho y sus pulmones, pero sí que Tereza no podría tener hijos, el estudiante ya era médico. Quería tener hijos, le dijo. Eso no era más que un retazo de verdad. Dejó a Tereza en la estacada para que no desapareciera de su vida al morir. Ya sabía demasiado de la muerte.

Ya no estaba en el país. Estaba en Alemania y recibía las amenazas de muerte del capitán Pjele en forma de llamadas y cartas. Las cabeceras de las cartas eran dos hachas cruzadas. En cada carta encontraba un cabello negro. De quién.

Examinaba las cartas con atención, como si el asesino al que mandará el capitán Pjele estuviera sentado entre las líneas y me mirara a los ojos.

Sonó el teléfono, levanté el auricular. Era Tereza.

Envíame dinero, quiero visitarte.

Puedes salir.

Creo que sí.

Ésa fue la conversación.

Tereza vino de visita. Fui a buscarla a la estación. Le ardía el rostro y a mí los ojos, de lágrimas. Me habría gustado tocarla en todas partes en aquel instante. Mis manos se me antojaban demasiado pequeñas, vi el tejado sobre el cabello de Tereza y a punto estuve de flotar hacia él. La maleta de Tereza me tiraba del brazo, pero la llevaba como si de aire se tratara. Hasta que no subimos al autobús no me di cuenta de que el asa me había herido la mano. Me sujeté a la barra en el lugar donde se sujetaba Tereza. En la mano sentí sus anillos. Tereza no miraba la ciudad

por la ventana, me miraba a mí. Nos echamos a reír como si el viento riera a través de la ventana abierta.

Tereza dijo en la cocina: Sabes quién me ha enviado. Pjele. Era la única forma de salir. Bebió un vaso de agua. Por qué has venido.

Quería verte.

Qué le has prometido.

Nada.

Por qué estás aquí.

Quería verte. Bebió otro vaso de agua.

No tendría que conocerte, dije.

Cantar delante del capitán Pjele no fue nada en comparación, dije. Desnudarme delante de él no me desnudó tanto como tú.

No puede ser malo que quisiera verte, dijo Tereza. A Pjele le contaré cualquier cosa que no le sirva de nada. Podemos quedar de acuerdo en algo tú y yo.

Tú y yo. Tereza no percibía que el tú y yo estaba destruido. Que el tú y yo ya no podía pronunciarse unido. Que no podía cerrar la boca porque mi corazón se había apoderado de ella.

Tomamos café. Tereza lo bebía como si fuera agua, sin soltar la taza ni un instante. A lo mejor el viaje le ha dado sed, pensé. A lo mejor siempre tiene sed desde que estoy en Alemania. Vi el asa blanca en su mano, el borde blanco de la taza junto a su boca. Bebía muy deprisa, como si quisiera marcharse en cuanto la taza quedase vacía. Marcharse corriendo, pensé, pero está aquí sentada, con la cara apoyada con fuerza en la mano. Cómo puedes marcharte corriendo si ya has empezado a quedarte.

Me sentí como ante el espejo de la modista. Veía a Tereza en fragmentos: dos ojos diminutos, un cuello largo, dedos gruesos. El tiempo se había detenido, Tereza debía irse, pero dejar su rostro aquí porque lo he echado mucho de menos. Me mostró la cicatriz bajo el brazo, le habían cortado la nuez. Me habría gustado coger la cicatriz y acariciarla sin Tereza. Me habría gustado arrancarme el amor, arrojarlo al suelo y pisotearlo. Tumbarme a toda prisa junto a ella para que se metiera de nuevo en mi cabeza a través de esos ojos diminutos. Me habría gustado arrancarle la culpa del cuerpo como si de un vestido andrajoso se tratara.

Había saciado su sed, bebió la segunda taza de café más despacio que la primera. Quería quedarse un mes. Pregunté por Kurt. No tiene más que el

matadero en la mollera, dijo Tereza, sólo habla de beber sangre. Creo que no le caigo bien.

Tereza se ponía mis blusas, vestidos y faldas. Iba a la ciudad con mi ropa en lugar de ir conmigo. La primera noche le di la llave y dinero. Le dije: No tengo tiempo. Tenía la piel tan dura que aquella excusa no le importó. Iba a todas partes sola y volvía cargada de bolsas grandes.

Por la noche se metía en el baño para lavar mi ropa. Puedes quedártela, le dije.

Cuando Tereza salía de casa, también yo me ponía a recorrer las calles. Me palpitaba el cuello, era lo único que sentía. Nunca me alejaba de las calles más cercanas a mi casa. No entraba en ninguna tienda para no tropezarme con Tereza. No me quedaba mucho tiempo fuera, siempre volvía antes que ella.

La maleta de Tereza estaba cerrada. Encontré la llave bajo la alfombra. En el bolsillo interior de la maleta encontré un número de teléfono y una llave nueva. Fui a la puerta principal. La llave encajaba. Marqué el número de teléfono. Embajada rumana, dijo una voz. Cerré la maleta y volví a dejar la llave bajo la alfombra. Guardé la llave de casa y el número de teléfono en mi cajón.

Oí la llave en la cerradura, los pasos de Tereza en el pasillo, la puerta de la habitación. Oí el crujido de bolsas, la puerta de la habitación, la puerta de la cocina, la puerta de la nevera. Oí el tintineo de cuchillos y tenedores, el susurro del grifo, la puerta de la nevera al cerrarse, la puerta de la cocina, la puerta de la habitación. Tragaba saliva a cada ruido. Sentí unas manos que me tocaban, cada sonido me tocaba.

De repente se abrió mi puerta. Tereza apareció con una manzana a medio comer y dijo: Has registrado mi maleta.

Saqué la llave del cajón. Esto es ese algo que no le servirá de nada a Pjele, dije. Has hecho una copia de la llave. Esta noche te vas.

Mi lengua pesaba más que yo. Tereza dejó la manzana a medio comer e hizo la maleta.

Fuimos a la parada del autobús. Había una anciana con un bolso anguloso y el billete de autobús en la mano.

Recorría la acera como un oso enjaulado y decía: Tiene que estar a punto de llegar. Entonces vi un taxi y le hice una seña para que no viniera ningún autobús, para no verme obligada a esperar de pie o sentada con Tereza.

Me senté junto al taxista.

Estábamos en el andén, ella, que había planeado quedarse otras tres semanas, y yo, que debía querer que Tereza desapareciera de inmediato. No nos despedimos. El tren se puso en marcha, y ni fuera ni dentro se alzó ninguna mano a modo de despedida.

La vía estaba desierta, mis piernas, más blandas que hilillos. Tardé media noche en llegar a casa. No quería llegar. No podía conciliar el sueño ninguna noche.

Quería que el amor volviera a crecer como la hierba segada. Que crezca distinta, como los dientes de los niños, como cabellos, como uñas. Que crezca como quiera. Me sobresaltaba la frialdad de la sábana y el calor que empezaba a despedir cuando me tendía sobre ella.

Medio año más tarde, cuando Tereza murió, quise regalar mi memoria, pero a quién. La última carta de Tereza llegó después de su muerte:

Ya sólo respiro como las hortalizas del jardín. Te añoro físicamente.

El amor por Tereza ha vuelto a crecer. Lo obligué y luego tuve que protegerme de él. Protegerme de Tereza y de mí misma tal como nos conocía antes de la visita. Tuve que atarme las manos. Querían escribir a Tereza que aún nos conocía a las dos. Que el frío que me invade remueve un amor que contraviene toda razón.

Tras la partida de Tereza hablé con Edgar: No le escribas, dijo. Has vuelto una página de tu vida. Si le dices cuánto sufres, todo volverá a empezar. Creo que Tereza conoce a Pjele desde hace tanto como a ti. Tal vez más.

Por qué y cuándo aterriza el amor atado en el Mordrevier. Debería haber gritado todos los juramentos que no domino,

*A quien ama y abandona que Dios lo castigue que Dios lo castigue con el paso del escarabajo con el susurro del viento con el polvo de la tierra. Los juramentos gritan, pero en qué oído.*

Hoy la hierba escucha mientras hablo de amor. Tengo la sensación de que esta palabra no es sincera consigo misma.

Pero aquel día, cuando el abedul del picaporte estaba demasiado lejos de la piedra del bosque, Tereza abrió el armario y me mostró la caja de la casa de verano. Aquí está mejor guardada que en la fábrica, dijo. Si tienes alguna otra cosa, tráela. Y eso también va por Edgar, Kurt y Georg, claro. Tengo sitio de sobra, dijo

Tereza mientras cogíamos frambuesas en el jardín.

Su abuela estaba sentada bajo la morera. Había muchos caracoles pegados a las matas de frambuesas, caracoles con casas a rayas blancas y negras. Tereza agarraba muchas de las frambuesas con demasiada fuerza y las aplastaba. En otros países comen caracoles, dijo Tereza. Succionas hasta sacarlos de su casa. El padre de Tereza salía a la calle con una bolsa de lona blanca.

Tereza volvió a confundir Roma con Atenas y Varsovia con Praga. Esta vez no me callé: Recuerdas los países por vestidos. Pero desplazas las ciudades como te viene en gana. Por qué no consultas el atlas. Tereza lamió las frambuesas aplastadas sobre sus anillos. Te sirve de algo saberlo, preguntó.

La abuela estaba sentada en la silla bajo la morera. Escuchaba mientras comía un caramelo. Cuando Tereza pasó ante ella con la fuente llena, el caramelo dejó de pasar de una mejilla a otra. La abuela se había quedado dormida sin cerrar los ojos del todo. El caramelo descansaba en su mejilla derecha como si tuviera dolor de muelas. Como si soñara que la vía se acababa, como aquel día en el tren. Como si en el sueño bajo las hojas de morera, su vida volviera a empezar desde el principio.

Tereza me había cortado cinco girasoles. A causa de las ciudades confundidas, eran tan desiguales como los dedos de la mano. Quería regalarle los girasoles a la señora Margit porque iba a llegar tarde a casa. Pero también porque Edgar, Kurt y Georg vendrían a visitarme la misma semana.

La bolsa húngara yacía junto a la cama de la señora Margit. Jesús contemplaba su rostro iluminado desde la pared oscura. La señora Margit no aceptó las flores. *Nem stzép*<sup>s</sup>, dijo, no tienen corazón ni cara.

Sobre la mesa vi una carta. Tras los dolores de espalda de mi madre decía:

El lunes por la mañana le dejé ropa limpia a la abuela encima de la cama. Se la puso antes de salir al campo. Puse la ropa sucia en remojo. En uno de los bolsillos había escaramujos. Pero en el otro había dos alas de golondrina. Dios mío, a lo mejor se ha comido la golondrina. Qué vergüenza llegar a semejantes extremos. Y si intentas hablar con ella. A lo mejor te reconoce ahora que ya no canta. Siempre te ha querido mucho aunque no supiera quién eras. A lo mejor ahora lo sabe. Ven a casa, creo que esto no durará mucho más tiempo.

Edgar, Kurt, Georg y yo estábamos sentados en el jardín de boj. Los tilos se balanceaban al viento. El señor Feyerabend estaba sentado ante su puerta con la Biblia. La señora Margit había mascullado juramentos antes de que Edgar, Kurt,

Georg y yo saliéramos al jardín. Me daba igual.

Georg me regaló una tabla redonda de color verde con mango. Sobre ella se veían siete gallinas amarillas, rojas y blancas con los cuellos rodeados de cordeles. Estaban unidas por una bola de madera bajo la tabla. La bola oscilaba cuando sostenías la tabla en la mano. Los cordeles se tensaban como las varillas de un paraguas. Moví la tabla, y las gallinas bajaron y subieron la cabeza. Oí sus picos chocar contra la tabla verde. En el dorso de la tabla, Georg había escrito:

Instrucciones: En caso de pena excesiva, haga oscilar la tabla en mi dirección.

Su alcaudón.

Lo verde es hierba, dijo Georg, los puntitos amarillos son granos de maíz. Edgar cogió la tabla, leyó las instrucciones y la hizo oscilar. Vi volar la bola. Las gallinas picoteaban como locas. Los picos golpeaban la madera en un tumulto caótico. Nos echamos a reír sin apenas poder mantener los ojos abiertos.

Quería mover las gallinas y que los demás miraran. La tabla era mía.

La niña sale de la casa en la que no hay más que adultos. Se lleva sus juguetes a casa de los otros niños, en las manos, en los bolsillos, tantos juguetes como puede cargar. Incluso en las bragas y bajo el vestido. Luego deja los que lleva en las manos y saca los de las bragas y el vestido. Cuando empiezan a jugar, la niña no soporta que los demás toquen sus cosas.

La niña se transforma de envidia al ver que otros niños juegan mejor que ella. De avaricia al ver que otros tocan lo que le pertenece sólo a ella. Pero también de miedo al ver que puede quedarse sola. La niña no quiere sentir envidia, avaricia ni miedo, pero el sentimiento se intensifica cada vez más. No tiene más remedio que morder y arañar. Una bestia obstinada que ahuyenta a los niños y echa a perder los juegos que tan impaciente había esperado.

Luego la soledad. La niña es fea y está más abandonada que cualquier otra cosa en el mundo. Necesita ambas manos para cubrirse los ojos. Quiere prescindir de todos sus juguetes, regalarlos todos. Espera a que alguien toque sus juguetes. O le aparte las manos de los ojos para devolverle los mordiscos y los arañazos. La abuela ha dicho: Desquitarse no es pecado. Pero los niños no la muerden ni la arañan. Métetelo donde te quepa, no lo quiero, gritan.

Son días en que la niña anhela que la madre le pegue. La niña camina deprisa, quiere llegar a casa antes de que la culpa pierda su frescura.

La madre sabe por qué la niña vuelve tan deprisa. No le pone la mano encima. Desde la distancia infinita que separa la puerta de la silla dice: Se ríen de ti, ya puedes comerte los juguetes. Eres demasiado tonta para jugar.

Y en aquel momento volví a tirar de la manga de Edgar: Se van a romper los cordeles, dame esa tortura de gallinas. Torturas de gallinas, gritaron todos. Tortura de gallina suaba, dijo Georg. Seguí gritando, se van a romper los cordeles. Era demasiado mayor para esa avaricia infantil, pero la bestia obstinada había vuelto a adueñarse de mí.

El señor Feyerabend se levantó y entró en su cuarto.

Edgar alzó la mano sobre mi cabeza. Bajo las gallinas vi volar la bola. Comen mientras vuelan, exclamó Edgar. Comen cosas que vuelan, gritó Kurt. Vuelan y comen polvo, espetó Georg. Estaban enloquecidos, la razón volaba a través de sus cabezas como la bola atada al cordel. Cómo deseaba alejarme de mí misma y volar hacia ellos. Sobre todo no estropees el juego, no robes esta locura. Saben, pensé, que pronto no nos quedará nada más que lo que somos y donde estamos. Y de repente me encontré con la muñeca de Edgar entre los dientes, le había arrebatado la tortura de gallinas de las manos y le había arañado el brazo.

Edgar se lamió la sangre con la lengua, y Kurt me miró.

La señora Grauberg gritó: A comer. El nieto, sentado en la copa del tilo, gritó: Qué has preparado. La señora Grauberg levantó el puño con aire amenazador y gritó: Verás cuando te pille. Al pie del tilo se veía una hoz. De la rama más baja pendía un rastrillo.

Cuando el nieto bajó del árbol y estaba en la hierba junto a la hoz, el rastrillo seguía colgado de la rama. Enséñame la tortura de gallinas, dijo el niño, y Georg dijo: No es para niños. El nieto frunció los labios y se puso la mano entre las piernas: Me crecen pelos aquí. Es normal, dije. Mi abuela dice que me hago hombre demasiado deprisa. El niño salió corriendo.

Que desaparezca, dijo Edgar, qué hace aquí. Qué dirán si por casualidad aparece Tereza. Había quedado con ella.

Kurt sacó dos botellas de licor de su enorme bolsa de viaje y un sacacorchos del bolsillo interior. La señora Margit no va a darme vasos, dije. Bebimos a morro.

Kurt nos mostró las fotos del matadero. En una se veían colas de vaca puestas a secar en ganchos. Son las duras, las que se usan en casa como cepillos para limpiar botellas, y estas son las blandas, con las que juegan los niños, dijo Kurt. En otra foto se veía un ternero tumbado. Había tres hombres sentados sobre él. Uno a la altura del cuello. Llevaba un delantal de goma y en la mano sostenía un cuchillo. Tras él había otro con un martillo enorme. Los otros hombres estaban agachados en semicírculo. En las manos sostenían tazas de café. En la foto siguiente, los hombres sentados sobre el ternero le agarraban las orejas y las patas. En la siguiente, el cuchillo degollaba al ternero, los hombres colocaban las tazas de

café bajo el chorro de sangre. En la siguiente bebían. Y luego el ternero solo en la nave. Las tazas alineadas tras él sobre el alféizar.

En una foto se veía tierra removida, azadones, palas, barras de hierro. Detrás un matorral. Aquí estaba sentado el calvo en ropa interior, dijo Kurt.

Kurt nos mostró a sus obreros en las fotos. Al principio no sabía por qué entraban corriendo en la nave. Mi oficina está en la otra punta del edificio, la ventana da al campo: cielo, árboles, matorrales y juncos, es lo que veía durante el descanso. No querían dejarme entrar en aquella nave. En todas las demás sí, pero no en aquélla. Ahora ya no les importa si miro. Georg abrió la segunda botella. Edgar alineó las fotografías sobre la hierba. Estaban numeradas al dorso.

Nos sentamos ante las fotos como los hombres ante el ternero. Tengo las mismas con vacas y cerdos, dijo Kurt. Me señaló al obrero que dejó caer la barra de hierro sobre su mano. Era el más joven. Kurt envolvió las fotos en papel de periódico y sacó el cepillo de dientes del bolsillo de la chaqueta. Vino a verme Pjele, dijo. Olvida las fotos en casa de la modista. Tereza es mejor, dije, tráete también las otras.

Quién es, preguntó Georg. Abrí la boca para hablar, pero Kurt se me adelantó: Una especie de modista.

Las mujeres siempre necesitan a otras mujeres en quienes apoyarse, dijo Edgar. Se hacen amigas para así poder odiarse mejor. Cuanto más se odian, con más frecuencia se ven. Lo veo en las profesoras. Una cotillea, la otra pone la oreja y abre la boca de par en par. Suena la campana, y no pueden separarse. Se quedan eternamente junto a la puerta de la clase, labios pegados a la oreja, así pasa media lección. Y en el recreo siguen cotilleando.

Sólo pueden hablar de hombres, dijo Georg. Edgar se echó a reír: La mayoría sólo tienen uno y otro de reserva.

Edgar y Georg eran hombres de reserva de dos profesoras. En plena naturaleza, dijeron ruborizándose un poco y mirándonos a mí y a Kurt.

Yo era mujer de reserva del invierno, porque el hombre desapareció en cuanto terminó el invierno.

Nunca hablaba de amor. Pensaba en el agua y decía que yo era una brizna de paja para él. Pero si era una brizna de paja, lo era en el suelo. Cada miércoles, después del trabajo, nos tumbábamos en el bosque. Siempre en el mismo lugar, donde la hierba crecía alta y la tierra era firme. La hierba dejaba de ser alta. Nos amábamos a toda prisa, el calor y el hielo se nos mezclaban en la piel. La hierba se enderezaba, no sé cómo. Y contábamos, no sé por qué, nidos de cornejas en las

acacias negras. Los nidos estaban vacíos. Lo ves, decía él. La niebla estaba salpicada de agujeros que no tardaban en cerrarse. Siempre se nos congelaban los pies, por mucho que corriéramos por el bosque. El frío se intensificaba antes de que cayera la noche. Vendrán a dormir, decía yo, están comiendo en el campo. Las cornejas viven cien años.

Las gotas de las ramas ya no relucían. Se habían congelado y convertido en narices. No sabía cómo desaparecía la luz pese a que me pasaba una hora entera contemplándola. Hay cosas que no pasan por los ojos, decía él.

Cuando oscurecía nos dirigíamos a la parada del tranvía y regresábamos a la ciudad. No sé qué decía en casa los miércoles cuando llegaba tarde. Su mujer trabajaba en la fábrica de detergente. Nunca le pregunté por ella. Sabía que no se quedaría sola por mi culpa. Con ese hombre no se trataba de robar. Sólo lo necesitaba los miércoles en el bosque. A veces me decía que su hijo tartamudeaba y vivía en el campo con sus suegros. Lo visitaba cada sábado.

Los nidos de cornejas estaban vacíos los miércoles. Lo ves, decía. Tenía razón respecto a las cornejas. Pero no respecto a la brizna de paja. En el suelo del bosque, una brizna de paja es abono. Eso era yo para él y él para mí. El abono ofrece apoyo cuando la pérdida ya es costumbre.

Trabajaba en la oficina de Tereza y un buen día no volvió al trabajo. Bajo los nidos de cornejas me propuso huir con él por el Danubio. Apostaba por la niebla. Otros apuestan por el viento, la noche o el sol. De ese modo, una misma cosa es distinta para cada persona, como sucede con los colores favoritos, dije. Como sucede con el suicidio, pensé.

Seguro que también en nuestro bosque de acacias había un árbol con picaporte. Ese tronco lo vi más tarde, no entonces en el bosque. Tal vez lo tenía demasiado cerca. Pero él lo conocía y había abierto la puerta.

El miércoles siguiente ya había muerto mientras intentaba huir con su mujer. Esperé alguna señal de vida. No le echaba de menos por amor. Pero no se soporta la muerte de alguien con quien se comparte un secreto. Ya entonces me pregunté por qué iba al bosque con él. Tumbarme debajo de él sobre la hierba espesa, salir a trompicones de la carne encerrada y luego no quedarme atada a sus ojos ni un instante... Tal vez por eso lo hacía.

Al cabo de varios meses apareció un pedazo de papel con su nombre en la enfermería. Tereza, que estaba al corriente de todo en la fábrica, había visto el comunicado oficial: nombre, profesión, domicilio, fecha del fallecimiento. Diagnóstico: muerte natural-paro cardíaco. Lugar de la muerte: en su domicilio. Hora: 17 horas 20 minutos. El sello del forense, una firma de color azul.

En la fábrica de detergente en que trabajaba su mujer, donde Tereza conocía a una enfermera, apareció el mismo pedazo de papel. La misma fecha, muerte natural-paro cardíaco, 12 horas 20 minutos, en su domicilio.

Tereza dijo: Preguntas mucho por él, lo conoces mejor. Estabas liada con él, todos lo sabían. Fue lo primero que supe de ti. Antes de que nos conociéramos en casa de la modista, él estuvo en su casa. Se fue al llegar yo. La modista le echó las cartas. Ahora ya no importa, dijo Tereza, pero yo no me habría fiado de él.

El capitán Pjele nunca me preguntó por él. Tal vez sí había algo que el capitán Pjele no sabía. Pero había ido demasiado a menudo al bosque, cómo no iba a saberlo el capitán Pjele. A lo mejor el capitán Pjele había hablado de mí con él. Pero él nunca me interrogó en el bosque, no sabía nada importante de mí. Me di cuenta precisamente porque no le quería.

Pero quizás podía contarle al capitán Pjele que yo podía cantar cuando no me quedaba otro remedio.

Tenéis vuestro amor. Huele a madera y a hierro, dijo Kurt. Yo lo echo de menos, pero es mejor así. Con las hijas y las mujeres de los bebedores de sangre no puedo acostarme, dijo mientras confeccionábamos la lista de muertos durante la fuga de los que habíamos oído hablar. Llenamos dos páginas. Edgar envió la lista al extranjero.

La mayoría de los nombres los sabía por Tereza, algunos me los había dicho la modista. Su clienta de las manchas de semen, su marido y el primo de éste habían muerto.

Georg segaba la hierba. Nos pesaba la cabeza por culpa de la lista y el licor. Georg se volvió como loco, y los demás nos dedicamos a observarlo. Se escupió en las manos y empezó a dar saltitos detrás del rastrillo mientras hacía paja. Luego volvió a colgar el rastrillo de la rama. Georg se sacó el cepillo de dientes del bolsillo del pantalón. Escupió en él y se peinó las cejas.

Pregunté de quién era la casa de verano. Edgar dijo que pertenecía a un aduanero. Tenía muchas divisas. Lo guardaba escondido en la araña de cristal de mis padres para que nadie lo encontrara. Mi padre lo conoce de la guerra. Ahora está retirado. Él se ocupará de que la lista pase la frontera. Su hijo me dio la llave, vive en la ciudad.

Del cuarto de Edgar habían desaparecido papeles. Tenía otra copia de la lista. No en casa, dijo. Pero sus poemas habían desaparecido. Incluso de mi memoria, dijo Edgar.

Tereza no vino aquella tarde. Le di las fotos en la fábrica. El día anterior

habían advertido a su padre contra mí. El capitán Pjele le había dicho que yo era una mala influencia para su hija. Y que sólo me faltaba el farolillo rojo.

Me hice la tonta, dijo Tereza, y pregunté si con eso se refería al partido. Mi padre dijo: El partido no es un burdel.

Hacía ya mucho que Edgar, Kurt y Georg se habían marchado. La hierba segada se secaba al sol. Cada día veía palidecer y encogerse el montón. Ya era paja. Y los rastros empezaban a crecer.

Una tarde, el cielo se tornó negro y amarillo fuego. Más allá de la ciudad, los relámpagos surcaban el cielo. Los truenos retumbaban sin cesar. El viento doblegó los tilos y arrancó ramas pequeñas. Empujaba los tilos sobre el boj y los volvía a enderezar. Los árboles se agitaban, entre el boj crujía la madera. La luz era de carbón y cristal. Podías extender la mano y tocar el aire.

Bajo los árboles, el señor Feyerabend rellenaba un cojín azul de paja. El viento le arrancaba los puñados de las manos. El señor Feyerabend los perseguía y los atrapaba con el zapato. Parecía un recorte de papel a aquella luz. Temía que el rayo lo viera y lo partiera en dos. Cuando empezaron a caer goterones de lluvia, el señor Feyerabend se refugió bajo el alero del tejado. Para Elsa, dijo antes de entrar con el cojín en su cuarto.

Tras los dolores de espalda de mi madre ponía: La señora Margit me ha escrito que vas con tres hombres. Menos mal que son alemanes, pero aun así eres una puta. Te pasas años pagando la educación de tu hija en la ciudad y a cambio lo que tienes es una puta. Seguro que en la fábrica vas con otro. Dios me libre de que un día me presentes a un caballo capón y me digas: Éste es mi marido. Antes el barbero trabajaba en la ciudad y ya entonces decía que las mujeres con estudios son peores que un escupitajo. Pero una siempre piensa que su propia hija será diferente.

La cera de abeja hervía en la olla, las burbujas estallaban y formaban espuma en torno a la cuchara como si de cerveza se tratara. Sobre la mesa, entre marmitas, pinceles y frascos, se veía un cuadro. La esteticista dijo: Es mi hijo. El niño llevaba un conejo blanco bajo el brazo. El conejo ya no está, dijo, comió trébol mojado y le explotó el estómago. Tereza dijo una palabrota. No lo sabíamos, dijo la esteticista, lo cogimos por la mañana y estaba cubierto de rocío. Creíamos que cuanto más fresco, mejor. Con la cuchara extendió una tira de cera de la anchura de una mano sobre la pierna de Tereza. Ya era hora, dijo, a punto está de crecerte en eldo en las pantorrillas. Cuando arrancó la tira de cera, Tereza cerró los ojos. De todas formas, tarde o temprano habríamos sacrificado al conejo, dijo la esteticista, pero no quería que muriera así. La tira de cera se rompió. La cosmetista volvió a tirar de ella. La

primera tira duele, pero te acostumbras, hay cosas peores, dijo la esteticista.

Cosas peores, yo le podría haber contado algunas. Precisamente por eso ya no estaba segura de querer depilarme.

Tereza entrelazó las manos en la nuca y me miró. Sus ojos se me antojaron dilatados, como los de un gato. Tienes miedo, dijo. La esteticista extendió un parche de cera por la axila de Tereza. Un cepillo de vello quedó pegado a la cera cuando lo arrancó con sus dedos afilados.

Los conejos son bonitos, sobre todo los blancos, dijo Tereza, pero su carne apesta igual que la de los grises. La axila de Tereza estaba desnuda. En ella vi un nudo del tamaño de una nuez.

La tortura de gallinas yacía junto al diccionario. Tereza la hacía oscilar cada día antes de comer. Cuando entraba por la puerta decía: Vengo a dar de comer a las gallinas. Y cada día preguntaba si ya sabía cómo se llamaba en rumano el pájaro de las instrucciones de Georg. Pero sólo podía decirle a Tereza en rumano cómo se llamaba el pájaro en alemán: matar nueve veces<sup>9</sup>. El nombre del pájaro no figuraba en ningún diccionario.

Durante un tiempo tuve una niñera alemana, dijo Tereza. Era vieja porque mi abuela no quería una niñera joven que pudiera hacer caer a mi padre en la tentación. La vieja era muy severa y olía a membrillo. Tenía pelos larguísimos en los brazos. Tenía que enseñarme alemán. La luz, el cazador, la novia. Mi palabra favorita era pienso<sup>10</sup>, porque en mi lengua significa follar. No olía a membrillo:

*No da leche y pany nosotros le damos pienso*

La niñera me cantaba:

*Niños, venid a casa corriendo que la madre la luz ya está apagando.*

Me traducía la canción, pero a mí siempre se me olvidaba. Era una canción triste, y yo quería cosas alegres. Cuando mi madre la enviaba al mercado, me llevaba con ella. En el camino de vuelta me dejaba mirar con ella las novias en el escaparate de la tienda de fotografía. Ella miraba más rato que yo, y al final tenía que tirar de ella. Cuando nos íbamos, el vidrio del escaparate estaba lleno de nuestras huellas. El alemán siempre ha sido para mí una lengua dura de membrillo.

Desde la primera vez que había visto la nuez, cada día le preguntaba a Tereza si había ido al médico. Tereza hacía girar los anillos de sus dedos y los

miraba como si encerraran una respuesta. Meneaba la cabeza, decía una palabrota y dejaba de comer. Su rostro se tornaba de piedra. Un lunes dijo: Sí. Ayer fui a casa de uno. Es un bulto de grasa, no lo que crees.

No lo creí y busqué la mentira fresca y húmeda en sus ojos. En su rostro, alrededor de las comisuras de los labios, vi a la niña de ciudad, obstinada y ágil. Pero Tereza se llevó otro soldadito a la boca y masticó mientras jugaba con las gallinas y la bola. Pensé: Cuando mientes, la comida ya no te sabe a nada. Como Tereza pudo seguir comiendo, mis dudas se disiparon.

Si mañana te fueras a transformar y pudieras escoger, qué pájaro te gustaría ser, preguntó Tereza.

Tereza no pudo decir durante mucho más tiempo: Vengo a dar de comer a las gallinas. Al cabo de poco tiempo dejamos de comer juntas.

Una mañana, cuando llegué al trabajo, oí un golpeteo. El pasillo estaba silencioso y desierto. Me detuve con la llave ante la puerta de la oficina. Agucé el oído. El golpeteo procedía del interior. Abrí la puerta. Había un hombre sentado a mi mesa. Jugaba con la tortura de gallinas. Lo conocía de vista, lo llamaban programador. Estaba riendo como un loco. Le arrebaté el juguete de las manos. A estas horas, la gente civilizada llama a la puerta antes de entrar, dijo. No había llegado tarde, pero ya estaba despedida. Tras cerrar la puerta de golpe vi mis efectos personales en el pasillo: jabón, toalla, el hervidor y la olla de Tereza. En la olla había dos cucharas, dos cuchillos, café, azúcar y dos tazas. En una de las tazas, una goma de borrar. En la otra, una tijera de la manicura. Busqué a Tereza, fui a su oficina, dejé los efectos personales sobre su mesa. El aire estaba enrarecido, todo el mundo corría de aquí para allá. Hormigueaban en esa estancia diminuta, en ese dedal repleto de gente. Me miraban por el rabillo del ojo. Nadie me preguntó por qué lloraba. Sonó el teléfono, uno de ellos lo cogió y dijo: Sí, está aquí. Me envió al despacho del jefe de personal, quien me puso delante un papel para que lo firmara. Lo leí y dije: No. Me miró soñoliento. Por qué, pregunté. Partió una galleta por la mitad. Dos migas blancas le cayeron sobre la chaqueta oscura, no recuerdo qué más le dije. Pero sí que grité. Por primera vez dije palabrotas, porque me habían despedido.

Aquella mañana, Tereza no fue a la oficina.

El cielo estaba desnudo. El viento cálido arrastraba mi cabeza por el cabello a través del patio de la fábrica, no me sentía las piernas. Quien se pone ropa limpia no puede ir sucio al cielo, pensé. Quería estar sucia a despecho del cielo del capitán Pjele, aunque desde entonces me ponía ropa limpia con más frecuencia.

Tres veces más recorrí el mismo camino hasta la oficina de Tereza, abrí y

cerré la puerta sin decir palabra. Los efectos personales seguían sobre la mesa. Dejé resbalar las lágrimas por las orejas y la barbilla. Los labios me ardían, salados, tenía el cuello empapado.

Bajo la consigna veía cómo se arrastraban mis zapatos y cómo caminaban los demás. En sus manos llevaban ovejas de hojalata o papel endeble. Los veía junto a mí desde muy lejos. Sólo sus cabellos me parecían próximos y más grandes que sus camisas y vestidos.

Ya no pensaba en mí misma de tanto miedo que estaba pasando por Tereza. Dije una palabrota por segunda vez.

En aquel momento Tereza estaba en el despacho del director. La había interceptado ya en la entrada de la fábrica. No la dejó marchar hasta tres horas más tarde, cuando yo ya había salido, despedida, de la fábrica. Debía ingresar aquel mismo día en el partido y alejarse de mí. Al cabo de tres horas dijo: De acuerdo.

En la sesión de la tarde, Tereza tuvo que sentarse en primera fila ante el mantel rojo de la mesa. Tras la introducción se rindió homenaje al padre de Tereza. A continuación, el presidente de la sesión presentó a Tereza. Le pidió que se levantara y se adelantara hacia la mesa para que los asistentes pudieran ver al miembro más reciente antes de su ingreso. Las sillas crujieron, los cuellos se estiraron. Tereza percibía hacia dónde se dirigían las miradas: hacia sus piernas.

Me incliné como si estuviera en un escenario, dijo Tereza más tarde. Algunos se echaron a reír, algunos incluso aplaudieron. Entonces empecé a decir palabrotas. No rieron ni aplaudieron mucho rato, porque ningún miembro de la mesa aplaudió. Se sintieron como sorprendidos en una travesura y escondieron las manos.

Podéis hacer la vertical y cazar moscas con el culo, dijo Tereza. Uno de la primera fila apoyó las manos en los muslos. Había estado sentado sobre ellas y las tenía más rojas que el mantel. También las orejas, a pesar de no haberse sentado sobre ellas, dijo Tereza. Abrió la boca de par en par, aspiró una bocanada de aire y dobló los dedos. Su vecino, un tipo flaco de piernas largas, dijo Tereza, me propinó una patada en el tobillo para indicarme que me sentara y cerrara la boca. Tereza apartó el pie y dijo: Y si eso no os basta, podéis meter la cabeza en el retrete y tirar de la cadena hasta que se os ocurra algo mejor.

No se me alteró la voz, dijo Tereza. Sonreí y en el primer momento pensaron que pretendía dar las gracias por el homenaje rendido a mi padre. De repente se les puso cara de búho. En aquella sala había más blanco de ojos que pared.

Un miércoles, Kurt vino a la ciudad de improviso. Pese al sol estaba sentada en mi cuarto aquella tarde, porque en la calle, entre la gente, me daban ganas de

llorar constantemente. Porque me había colocado en medio del vagón del tranvía para gritar a pleno pulmón. Porque había salido a toda prisa de la tienda para no verme obligada a arañar y morder a la gente.

Por primera vez, probablemente porque venía entre semana, Kurt regaló flores a la señora Margit. Eran flores cogidas en el campo, amapolas y ortigas menores blancas. Estaban mustias por el viaje. Ya se recuperarán en el agua, dijo la señora Margit.

No tendría que haberse molestado. La señora Margit se había vuelto dócil como un corderito desde que me habían despedido. Me acariciaba, pero mis entrañas se helaban al contacto. No podía apartarle la mano ni soportarla. También su Jesús me miraba cuando la señora Margit me decía: Tienes que rezar, hija mía, Dios lo comprende todo. Yo hablaba del capitán Pjele, y ella hablaba de Dios. Temía que mis manos se escaparan para abofetearla.

Una vez vino un hombre, dijo la señora Margit, a preguntar por ti. Olía a sudor. Creía que era un *kanod*<sup>11</sup>. Hay tantos que no hay quien se aclare, dijo. El hombre le enseñó un carné, pero sin gafas no había visto qué decía. Antes de que pudiera negarse, el hombre había entrado en la habitación. Le había preguntado de todo, dijo la señora Margit. Por las preguntas se había dado cuenta de que no se trataba de cuestiones amorosas.

Paga el alquiler y va a trabajar, más no sé, le había dicho la señora Margit a aquel hombre. Luego levanté la mano. Se lo juro, dije antes de señalar a Jesús: No miento, él es mi testigo.

Eso fue en primavera, dijo la señora Margit. No te lo he dicho hasta ahora porque el hombre se fue y nunca volvió. Al marcharse se disculpó y me besó la mano. Era un caballero, pero olía a sudor.

Desde entonces rezaba mucho por mí. Dios me escucha, dijo, sabe que lo hago por todo el mundo. Pero tú también tienes que rezar un *kicsit*.<sup>12</sup>

Kurt vino de improviso porque Edgar y Georg habían llamado al matadero y le habían dicho que estaban despedidos. También habían llamado a la fábrica, dijo Kurt. Un programador les dijo que has faltado tanto al trabajo que no les ha quedado más remedio que despedirte. Querían hablar con Tereza y luego colgaron.

Kurt había tenido dolor de muelas toda la noche. Llevaba el pelo alborotado. En el pueblo no hay dentista, dijo, todos van al zapatero. El zapatero tiene una silla que puede cerrarse ante el vientre del cliente con una tabla. Te sientas, y el zapatero anuda un hilo resistente alrededor del diente. Ata el otro extremo del hilo al pomo de la puerta del taller y cierra ésta de una patada. El hilo arranca el diente.

Pagas cuarenta lei, lo mismo que por un par de medias suelas, dijo Kurt.

No habían despedido a Tereza después de la sesión del partido, sino que la habían trasladado a otra fábrica.

Kurt dijo: Es una cría, pero no tiene ideología política. Su padre es adulto, por eso ella puede seguir siendo infantil. Tenía los rabillos de los ojos más rojos que el cabello y la boca mojada.

También mi padre era adulto, dije, si no no habría estado en la SS. Habría fundido monumentos y los habría repartido por el país. Se habría pasado la vida marchando. No se arrepentía del hecho de no resultar políticamente útil después de la guerra. Había marchado en la dirección equivocada, eso era todo.

Cualquiera sirve para espía, dijo Kurt, haya trabajado para Hitler o para Antonescu. Me recordaba a la criatura del diablo a causa de la cicatriz del pulgar. Unos años después de la muerte de Hitler, todo el mundo lloraba por Stalin, dijo. Desde entonces ayudan a Ceausescu a hacer cementerios. Los pequeños espías no quieren ocupar altos cargos en el partido. Saben defenderse mejor que los demás.

Cuando quieren, dije. Odiaba sus uñas sucias porque desconfiaban de Tereza. Odiaba su mentón torcido porque me convencía a medias. Odiaba el botón suelto de su camisa porque pendía de un solo hilo, listo para ser arrancado.

Qué hay que hacer para ser tan político como tú, pregunté. Le arranqué el botón suelto, tiré del hilillo y me lo llevé en la boca. Kurt intentó pegarme en la mano, pero sólo abofeteó el aire.

A tu desconfianza la llamas precisión, dije con el hilo sobre la lengua y el botón en la mano, pero dejas tus fotos en la oficina de Tereza. A ésa no le pasará nada si encuentran las fotos, dijo Kurt.

Crees que si no confías en nadie te volverás invisible, dije. Kurt se volvió hacia el cuadro de la recién muerta, contempló el vestido de rayas y la sombrilla. No, dijo. Pjele ya no nos pierde de vista. Mastiqué el hilo y me lo tragué. Acaso alguien puede escoger a su padre. Kurt apoyó el rostro en las manos. Hay personas que ya no conocen a su padre, dijo. Quiénes, pregunté. Tamborileó con los dedos sobre la mesa vacía, y el sonido recordaba el juego de las gallinas. Cada par de dedos sonaba de un modo distinto sobre la misma madera.

Nos conocemos tan bien que nos necesitamos, pensé. Pero qué fácil sería tener otros amigos si Lola no hubiese muerto en el armario.

Ve al dentista, dije, te da envidia que nadie pueda ayudarnos. Tú también empiezas a volverte infantil, dijo.

Extendió la mano como un niño, pero yo me metí el botón en la boca: Déjalo

aquí que lo vas a perder. El botón tintineó contra mis dientes. Dónde está la tortura de gallinas, preguntó Kurt.

Escribí a mi madre que me habían despedido. Recibió la carta al día siguiente. Y al otro ya obtuve respuesta:

Me lo han dicho en el pueblo. El viernes vendré a la ciudad con el primer tren.

Le contesté:

No iré a la estación tan temprano. Estaré en la fuente a las diez.

Por lo general, las cartas no llegaban tan deprisa.

Mi madre había llegado a la ciudad a primera hora. Nos encontramos junto a la fuente. De sus brazos pendían dos cestas vacías, y a sus pies descansaba una bolsa llena. Me besó junto a la fuente sin soltar las cestas. Ya lo he comprado todo, dijo, salvo frascos para conservas.

Levanté la pesada bolsa. Entramos en la tienda sin mediar palabra. Si yo hubiera llevado una de las dos cestas idénticas, con toda probabilidad la gente nos habría tomado por madre e hija. Pero los transeúntes pasaban una y otra vez entre nosotras porque quedaba sitio de sobra.

Una vez en la tienda, mi madre pidió quince frascos para conservar pepinillos, pimientos y remolachas. Cómo vas a llevarlos, pregunté. Nadie quiere quedarse contigo, dijo ella, ninguna fábrica y ningún hombre. Todo el pueblo sabe ya que te han despedido.

Yo llevaré los frascos de las hortalizas y la bolsa, lleva tú los frascos para fruta, dijo mi madre. Pidió otros diecisiete frascos para ciruelas, manzanas, melocotones y membrillo. En la frente de mi madre aparecieron tres arrugas mientras enumeraba las hortalizas y la fruta. Tenía que recordar los arbustos y los árboles para no olvidar ningún producto. Todos los frascos que el dependiente colocó en fila sobre el mostrador eran idénticos.

Si son todos iguales, dije. El dependiente los envolvió. Claro que son todos iguales, dijo mi madre, pero a ver si no puedo decir para qué los quiero. Tengo que contar con la abuela, seguro que en invierno, cuando llegue el momento de comer las conservas, estará en casa. Tú nunca vienes. En el tren la gente decía que estás embarazada de tres meses. No me han visto porque estaba sentada más atrás. Pero mis vecinos de asiento también lo han oído y se han quedado mirando al suelo. Me habría gustado que se me tragara la tierra.

Fuimos a la caja. La madre se escupió entre el pulgar y el índice antes de pagar. No hace falta que mires tanto, dijo, cuando trabajas se te ponen las manos

ásperas.

La madre dejó las cestas en el suelo, separó las piernas, levantó el trasero y guardó los frascos. Alguna vez en tu vida has pensado en la vergüenza que puede llegar a pasarse como madre, preguntó.

Si no me dejas en paz, si dices una sola palabra más, no volverás a verme, le grité.

Mi madre tragó saliva. Qué hora es, preguntó en un susurro.

En la muñeca llevaba uno de los relojes de pulsera muertos de mi padre. Por qué lo llevas, si no va, dije. Nadie se da cuenta, dijo, tú también llevas reloj. Pero el mío funciona, dije, si no no lo llevaría. Cuando llevo reloj sé a qué atenerme, dijo, aunque no funcione. Entonces por qué preguntas qué hora es, dije.

Porque contigo no se puede hablar de otra cosa, dijo mi madre.

La señora Margit había dicho: *Nincs lóvé nincs muzsika*,<sup>13</sup> pero qué se le va a hacer si no tienes dinero para pagar el alquiler. Puedo esperar dos meses, que Dios te ayude, para no quedarme sola. No es fácil encontrar una chica alemana o húngara, y no quiero a ninguna otra en mi casa. Eres de familia católica, y algún día rezarás. Dios tiene tiempo, más que nosotros los seres humanos. Dios ya nos ve cuando nacemos. Somos nosotros los que tardamos en verle. Cuando era joven yo tampoco rezaba. Comprendo que no quieras volver al campo, dijo la señora Margit, allí sólo hay garrulos. En Pest, cuando alguien no sabía comportarse, decíamos: Es un campesino.

La señora Margit quería comprar queso fresco en el mercado. Muy caro, dijo. Quería arrancar unas migas para probarlo. La campesina me gritó: Quita esas manos sucias. Me lavo las manos más veces en un solo día que ella en todo un año. El queso estaba más agrio que el vinagre.

Tengo entendido que muchos campesinos añaden harina al queso, dijo la señora Margit. Es un pecado decir algo así, pero el propio Dios sabe que los campesinos nunca han sido gente fina.

La señora Margit me acariciará a cambio de perdonarme el alquiler, le dije a Tereza. Se apropia ese derecho. Como no recibe dinero por el cuarto, exige sentimientos. En cuanto pueda pagar el alquiler, sus manos ya no se acercarán a mi cabeza.

Tereza me consiguió unas clases de alemán. Tenía que dar clase a dos chicos en su casa tres veces por semana. El padre de los chicos era capataz en la fábrica de pieles. La madre era ama de casa. Es huérfana, dijo Tereza. Los niños son un poco lentos. El padre se gana bien la vida, lo demás no debe importarte.

Tereza había conocido al peletero y a los niños en los baños termales. Los niños son afectuosos, dijo Tereza. Cuando fue a vestirse, el padre dijo: Nosotros también nos vamos a casa.

Pero luego echó a los niños del vestuario, los envió de vuelta al agua y se coló en la cabina de Tereza con el bañador mojado. Se puso a jadear y a tocarle los pechos. Tereza lo echó. No podía correr el pestillo porque no había. El hombre se quedó parado delante de la cabina. Tereza veía los dedos de sus pies por debajo de la puerta. Ya imaginaba que esto no llegaría a nada, dijo. De todas formas sólo era una broma, jamás he engañado a mi mujer.

Venid aquí, gritó. Tereza oyó el chapoteo de pies mojados sobre las baldosas. Cuando salió de la cabina, el peletero ya se había vestido. Espere un momento, dijo, los niños no le han hecho nada, ahora mismo salen.

Oí gritos en la escalera. Procedían del tercer piso. Era la vivienda donde tenía que dar mis clases de alemán. Una vez en la entrada no pude llamar porque habían descolgado la puerta y la habían apoyado contra la pared del rellano. Del piso salía humo.

El peletero babeaba y apenas podía hablar. Apestaba a licor. Aprender alemán nunca está de más, nunca se sabe, dijo. Sus ojos recordaban ampollas blancas de sapo. La mujer estaba asomada a la ventana abierta en medio de la humareda. El humo la envolvía antes de flotar hacia los árboles en forma de cojines. La tarde no llevaba brisa fresca, sino que empujaba el humo sobre los viejos chopos.

El hijo pequeño se aferraba al trapo de cocina y lloraba. El hijo mayor tenía la cabeza apoyada sobre la mesa.

El pueblo alemán es orgulloso, dijo el peletero, nosotros los rumanos somos perros malditos. Una jauría cobarde, se nota en los suicidios. Todos se ahorcan, nadie se atrevería a pegarse un tiro. Vuestro Hitler no tenía la menor confianza en nosotros. Que te folie tu madre, gritó la mujer. El de las pieles tiró del armario: No estaría mal, pero dónde está.

El suelo de la cocina aparecía salpicado de bolas de pan. Antes de que estallara la pelea, los niños habían estado jugando con ellas.

El peletero se encajó un cigarrillo entre los labios. Le temblaban la mano y la cabeza, la llama del encendedor no encontraba el cigarrillo. El cigarrillo cayó al suelo. El hombre se lo quedó mirando largo rato sin apagar el encendedor. La llama le quemó el pulgar. El hombre no se dio cuenta. Se agachó, pero tenía el brazo demasiado corto. La llama se escondió en el encendedor. El hombre se volvió hacia los dos niños. Ellos no le ayudaron. A punto de pisar el cigarrillo, el

hombre salió del piso dando tumbos.

En el rellano, la puerta chocó contra la barandilla. Oí un estruendo y salí del piso a toda prisa. El hombre yacía en el descansillo, bajo la puerta. Salió a rastras y dejó la puerta en el suelo. Con la nariz ensangrentada bajó la escalera tambaleándose.

Quería bajar la puerta a la calle, dije al regresar a la cocina, se ha ido.

Se ha puesto furioso y por eso ha descolgado la puerta, dijo el hijo pequeño, y luego quería pegar a mamá, pero ella ha salido corriendo y se ha encerrado en el cuarto. Entonces él se ha sentado a la mesa de la cocina y se ha puesto a beber licor. He ido a llamar a mamá para que saliera del cuarto, porque todo estaba tranquilo. Mamá quería preparar carpa asada. Cuando el aceite estaba caliente, papá ha tirado el licor al fuego y al aceite. Decía que quería prendernos fuego. Las llamas han empezado a crecer, podrían haberle quemado la cara a mamá. El armario ha empezado a arder. Hemos apagado el fuego en seguida, dijo el niño.

Viene por primera vez y se encuentra con esta locura, dijo la mujer al niño. Se acercó a la mesa arrastrando los pies y se dejó caer sobre la silla.

No importa, dije. Pero sí importaba, como todo lo que no podía soportar ni evitar. Y entonces me puse a acariciar el cabello de una mujer desconocida como si fuéramos íntimas. La mujer se perdió bajo mi mano. Se consumía en aquel amor atado del que no quedaban más que dos hijos, el hedor del humo y una puerta descolgada. Y una mano desconocida en el pelo.

La mujer sollozaba, percibí cómo la bestia de su corazón saltaba de su vientre a mi mano. Correteaba de un lado a otro, como las caricias de mi mano, pero más deprisa.

Cuando sea de noche volverá, dijo el hijo mayor.

La mujer llevaba el pelo corto. Le vi el cuero cabelludo. Y en los chopos, donde se había refugiado el humo, vi a una joven que abandonaba el orfanato. Sabía en qué lugar de la ciudad se encontraba. Conocía el monumento que se alzaba junto a la valla. El padre de Tereza había creado a la madre de hierro sobre el pedestal, con el niño de hierro aferrado al dobladillo de su falda. Tras la estatua se veía una puerta marrón. Demasiado tarde para regresar. Al otro lado de la puerta, el cuerpo de la mujer habría sido demasiado largo para una cama de niño. La habían arrancado los huérfanos y de los años que querían un amor en el exterior, en el nido de pieles de un hombre. Las mantas, los cojines del sofá, las alfombras y las zapatillas eran de pieles, también la tapicería de las sillas de cocina, incluso el paño.

La mujer miró a los dos niños y dijo: Qué se le va a hacer, uno es un hijo de huérfana y el otro, un niño mimado.

La niña se refugia en su cuarto cuando le entran ganas de llorar. Cierra la puerta, baja las persianas y enciende la luz. Se coloca frente al espejo del lavabo, ante el que jamás se ha maquillado nadie. Es un espejo de dos hojas que pueden abrirse y cerrarse. Es una ventana en la que uno se ve llorar en tres imágenes. La autocompasión crece tres veces más que en el patio. El sol no puede entrar. La niña no siente compasión por tener que estar en el cielo sin piernas.

Al llorar, los ojos ven a una niña de nadie frente al espejo. La nuca, las orejas y los hombros participan en el llanto. A un metro del espejo incluso los dedos de los pies lloran. Cuando está cerrado, el cuarto adquiere la profundidad de la nieve en invierno y abrasa las mejillas igual que el llanto.

El molinillo de café funcionaba ruidosamente, lo sentía en los dientes. La cerilla siseó ante la boca de la mujer. La llama consumió el palito a toda prisa y le quemó los dedos cuando el gas empezó a inflamarse en torno al quemador. El grifo del agua corría con un susurro. De la cafetera surgió un penacho gris. La mujer vertió el café, que creció sobre el borde como una avalancha de tierra.

El hijo pequeño empapó el trapo de agua, lo dobló y se cubrió con él la frente.

La mujer y yo tomamos café bajo la mirada atenta del reno de porcelana que decoraba la parte superior del armario. Al segundo sorbo, su rodilla rozó la mía bajo la mesa. Se disculpó pese a que yo la había acariciado. El humo había desaparecido, el hedor seguía presente. Habría preferido no estar en el lugar donde mi mano sostenía la taza.

Bajad a la arena, dijo la mujer, id a jugar. Parecía que dijese: Enterraos en la arena y no volváis jamás.

El café era espeso como la tinta, el poso me inundó la boca cuando levanté la taza. Sobre mi regazo vi dos manchas de café. El café sabía a pelea.

Encorvada en la silla oí los pasos rápidos de los niños alejarse escalera abajo. Miré el suelo en busca de compasión por la mujer. El estampado de hojas del vestido me llegaba a los tobillos. A la altura de la joroba apoyada contra el respaldo de la silla se sentaba algo sin vida con dos manchas de café en el regazo.

Cuando los pasos de los niños se extinguieron en la escalera, me convertí en alguien que hace compañía a la desgracia para que no desaparezca.

La mujer y yo colgamos la puerta. La mujer trabajaba con ímpetu porque sólo pensaba en la puerta. Pero yo pensaba en ella: en que yo me iría y ella se

quedaría sola tras aquella puerta.

La mujer cogió el trapo mojado de la cocina y limpió las manchas de sangre que su marido había dejado en la puerta.

En el camino de regreso a casa llevaba un gorro de piel de nutria en la mano y un sol vespertino entero sobre la cabeza. La señora Margit sólo llevaba pañuelos de cabeza, nunca gorros de pieles. Los sombreros y las pieles vuelven orgullosas a las mujeres, había dicho. A Dios no le gustan las mujeres orgullosas.

Crucé el puente despacio, también el río olía a humo. Pensé en las piedras y tuve la sensación de que el pensamiento no estaba en mi cabeza. Estaba fuera de ella y pasó junto a mí. Podía alejarse de mí como quisiera, despacio o deprisa, como de las barras de la barandilla. Antes de que terminara el puente quería comprobar si el río estaba tumbado de bruces o de espaldas a aquella hora. El agua fluía lisa entre las riberas. No necesito un gorro de pieles, sino dinero, pensé, para que la señora Margit no vuelva a acariciarme.

Al llegar al patio vi al nieto de la señora Grauberg sentado en la escalera. El señor Feyerabend se cepillaba los zapatos delante de la puerta. El nieto jugaba a revisores consigo mismo. Cuando estaba sentado era un viajero. Cuando se levantaba se convertía en revisor. Billete, por favor, decía. Se pasaba el billete de una mano a la otra. La mano izquierda era el viajero, la derecha, el revisor.

Ven aquí, yo haré de viajero, dijo el señor Feyerabend. Prefiero hacerlo todo yo, dijo el niño, así siempre sé quién no encuentra el billete.

Cómo está Elsa, pregunté. El señor Feyerabend contempló el gorro de pieles que llevaba en la mano. De dónde viene, huele a humo.

Antes de que pudiera responderle, el señor Feyerabend metió el cepillo en un zapato, se levantó y quiso pasar junto al niño. El niño extendió el brazo y dijo: No se puede cambiar de vagón. Usted se queda aquí. Sin decir palabra, el señor Feyerabend levantó el brazo del niño como quien levanta una barrera. Le había agarrado el brazo con demasiada fuerza. Vi sus dedos marcados en el brazo del niño mientras el señor Feyerabend bajaba la escalera que conducía al jardín de boj.

Cuando nos despidieron, Edgar dijo: Hemos llegado a la última estación: Georg meneó la cabeza: A la penúltima, la última es salir del país. Edgar y Kurt asintieron. Creo que me asombró el hecho de que no me sorprendiera. También asentí, pero sin hacerme a la idea de lo que decían. Aquella frase acudió a nosotros por sí sola.

Escondí el gorro de pieles en el fondo del armario. A lo mejor en invierno es más bonito que ahora, pensé. Tereza se lo había probado: Apesta a hojas podridas,

dijo. No sabía si se refería al gorro porque un instante antes me había mostrado la nuez. Se abotonó la blusa y contempló el gorro en el espejo. Se enfureció porque le dije que dos semanas antes la nuez era más pequeña. Quería que le mintiera. Yo quería que fuera al médico. Te acompañaré, dije. Tereza se asustó y enarcó las cejas, el rasposo pelo de nutria sobre la frente le daba asco. Se quitó el gorro y lo olió. No soy una niña, dijo.

Aquella noche jugué mucho rato con la tortura de gallinas. El pico de la gallina roja ya no llegaba a la tabla. La gallina doblaba el cuello como si estuviera mareada. No podía picotear el maíz. El hilo que debía levantarle y bajarle el cuello a través de la barriga estaba enredado. La luz me iluminaba el brazo pero no las manchas de café sobre mi regazo. La gallina roja brillaba obstinada y escuálida como una veleta. Aunque había dejado de picotear no parecía enferma, sino bien alimentada y loca por las moscas.

La señora Margit llamó a la puerta y dijo: Ese ruido no me deja rezar.

El capitán Pjele dijo: Vives de clases particulares, disturbios y puteo. Todo eso va contra la ley. El capitán Pjele estaba sentado a su mesa grande y bruñida, mientras que yo estaba sentada junto a la pared opuesta, a una mesita desnuda para pecadores. Vi dos nudillos blancos bajo la mesa. Y en la cabeza una calva tan húmeda y curvada como mi paladar. Levanté la punta de la lengua. En su idioma, la cavidad bucal recibe el nombre de cielo bucal. Vi la calva sobre un cojín de ataúd, los nudillos bajo una estameña.

Y cómo te van las cosas, preguntó el capitán Pjele. Su expresión no reflejaba odio alguno. Sabía que debía andar con cuidado, porque la dureza siempre surgía de detrás. Tengo suerte con usted, dije. Las cosas me van como usted quería que me fueran. Al fin y al cabo, ése es su trabajo.

Tu madre quiere salir del país, dijo el capitán Pjele, lo dice aquí. Agitó un papel. Estaba escrito a mano, pero no creía que fuera la letra de mi madre. Que ella quiera salir no significa que yo también quiera, dije.

Aquel mismo día envié una carta breve a mi madre preguntándole si era su letra. Nunca la recibió.

Una semana más tarde, el capitán Pjele dijo a Edgar y Georg que vivían de los disturbios y de ser unos parásitos. Todo eso va contra la ley. Todo el mundo sabe leer y escribir en este país. Por así decirlo, todo el mundo escribe poemas sin por eso pertenecer a una organización opuesta al Estado ni criminal. El pueblo mismo hace su arte, para eso nuestro país no necesita un puñado de asociales. Si escribís en alemán, pues marchaos a Alemania, a lo mejor os sentís bien en el fango. Creía que entraríais en razón.

El capitán Pjele arrancó un cabello a Georg. Lo sostuvo bajo la lámpara del escritorio y se echó a reír. Un poco estropeado por el sol, como pasa con los perros, dijo. Pero eso tiene remedio en la sombra. En las celdas se está fresquito.

Podéis marcharos, dijo el capitán Pjele. Pero Pjele el perro bloqueaba la puerta. Le importaría llamar al perro, preguntó Edgar. El capitán Pjele dijo: Por qué, si está muy cómodo junto a la puerta.

Pjele el perro empezó a gruñir. No saltó, sino que arañó los zapatos de Georg y mordisqueó el dobladillo del pantalón de Edgar. Cuando Edgar y Georg salieron al pasillo, una voz, al otro lado de la puerta, llamó: Pjele, Pjele. No era la voz del capitán, dijo Edgar. Quizás era el perro que llamaba al capitán.

Georg se deslizó el dedo índice por los dientes. Los dientes chirriaron. Nos echamos a reír. Esto es lo que haces cuando te detienen sin cepillo de dientes, dijo Georg.

Di tres clases de alemán a los niños del de las pieles. La madre es buena. El árbol es verde. El agua fluye.

Los niños no repetían: La arena es pesada, sino: La arena es bonita. No decían: El sol quema, sino: El sol brilla. Cómo se dice en alemán trabajador modelo, querían saber, y cómo se dice cazador. Y cómo se dice pionero.

El membrillo está maduro, dije mientras pensaba en la niñera de Tereza, en la dura lengua de membrillo, el alemán. El membrillo es peludo, dije. El membrillo tiene gusanos.

A qué debía de oler yo para esos niños.

No nos gusta el membrillo, dijo el pequeño. Y las pieles, pregunté. Es una palabra muy corta, dijo el mayor. Pelo, dije. No es más larga, dijo el niño.

Cuando llegué para la cuarta clase, la madre de los niños estaba con la escoba en la calle, ante el portal. La vi de lejos. No barría, sino que permanecía inmóvil, con el codo apoyado sobre el palo de la escoba. Cuando me acerqué empezó a barrer. No me miró hasta que la saludé. En la escalinata vi un paquete envuelto en papel de periódico.

Las cosas no van bien en la fábrica, dijo, ya no podemos pagar las clases. Apoyó la escoba contra la pared, cogió el paquete y me lo alargó. Un cojín de marta y unos guantes de cordero auténtico, susurró.

Mantuve los brazos pegados al cuerpo, ni siquiera alcé la mano. Qué barre, pregunté, si los chopos están allí. Sí, dijo, pero el polvo está aquí.

El palo de la escoba proyectaba en la pared la misma sombra que el azadón

de mi padre en el jardín, cuando la niña deseaba que los abrojos sobrevivieran al verano.

La mujer dejó el paquete en la escalinata y me siguió. Espere, quiero decirle una cosa. Vino un tipo a hablar mal de usted. No me creo nada de lo que dijo, pero esas cosas no las queremos en casa. Tiene que entenderlo, los niños son demasiado pequeños para estas cosas.

Era la letra de mi madre la que había visto en el papel que el capitán Pjele había agitado. A las ocho de la mañana la habían mandado acudir al puesto de policía del pueblo. El policía dictaba y ella escribía. La encerró en su despacho durante diez horas. Mi madre se sentó junto a la ventana. No se atrevía a abrirla. Cuando pasaba alguien, golpeaba el vidrio con los nudillos. Nadie alzó la cabeza. Todo el mundo sabe que no hay que mirar, dijo la madre. Yo tampoco habría mirado, porque de todos modos no se puede hacer nada.

Me aburría tanto que me puse a quitar el polvo de la oficina, dijo mi madre. Encontré un trapo junto al armario. Mejor que quedarse sentada y pensar en la abuela, me dije.

Oí las campanas de la iglesia antes de que la llave entrara en la cerradura. Eran las seis de la tarde, dijo mi madre. El policía encendió la luz. No se dio cuenta de que todo estaba limpio. Me daba miedo decírselo. Ahora me arrepiento, le habría gustado. Un hombre joven solo en el pueblo, nadie le echa una mano.

Me ayudó mucho, dijo mi madre. Estoy de acuerdo con lo que me dictó. No lo habría podido escribir sola. Seguro que hay muchas faltas, no tengo mucha práctica con eso de escribir. Pero seguro que se entiende, si no no lo habría enviado a la oficina de pasaportes.

Sobre la cama había Tetrahosen. Setenta pares, dijo la modista. Sobre la mesa había muchas piezas de cristal. Me voy a Budapest, dijo, por qué no vives en casa ahora que te han despedido. Eso ya no es mi casa, dije. La mujer se estaba cosiendo un albornoz para el viaje.

De día no estaré en la habitación, pero por las mañanas y las noches sí. Esta vez me quedará una semana. Quien pierde la razón como tu abuela no puede ser insensible, dijo. Ya sólo por ella tendrías que volver a casa. Se puso el albornoz. Un alfiler le pinchó en la nuca. Lo saqué y dije: Tienes miedo de que tus hijos te abandonen cuando sean mayores. No te vas a librar de lo que me reprochas.

De los alfileres pendía una gran capucha. Hundí el brazo en ella hasta el codo. La modista volvió la cabeza hacia mí y dijo: La capucha es el corazón del albornoz. Se puede llorar sin pañuelo, anoche lo comprobé. Me resbaló sobre la cara y me secó las lágrimas sin que yo tuviera que hacer nada. Metí el dedo en la

punta de la capucha y pregunté: Por qué llorabas.

Se quitó el albornoz antes de que pudiera sacar el dedo de la punta de la capucha. Mi hermana y su marido huyeron anteayer, dijo. A lo mejor lo han conseguido. Las cartas señalaban ese día. Pero el solitario muestra viento y lluvia. Puede que lloviera e hiciera viento en la frontera, aquí no.

La máquina de coser oprimía la capucha lentamente bajo la aguja, la bobina hacía girar el hilo. Las palabras de la modista sonaban secas como los saltos del hilo en el motor de hierro de la máquina:

Espero que el aduanero se acuerde de mí. Para el viaje me pondré la misma ropa que la última vez, así quedamos. Prefiero que la gente encargue lo que quiere, dijo la modista con un alfiler en la boca. Vienen a buscar sus cosas cuando vuelvo. Así no vienen los indecisos que lo tocan todo y apenas compran nada.

Había retirado todos los alfileres de la tela y se los había metido uno tras otro en la boca como las frases antes de dejarlos junto a la máquina de coser. La capucha ya estaba cosida con un dobladillo doble y triple. La modista anudó los extremos de los hilos. Para que nunca más se abran, dijo. Sacó la punta de la capucha con la tijera. Se colgó la capucha sobre la cabeza sin introducir los brazos en las mangas.

En Hungría puedes conseguir unos enanos con la nariz muy larga, dijo. Mueven la cabeza. Si les das un golpe y ese día sólo caminas en la dirección en la que se detiene su nariz, te acompaña la suerte. Son caros, pero en cada viaje me traigo un enano de la suerte, dijo. La capucha cubría los ojos de la modista. El enano se llama Imré. Siempre mira hacia la derecha o hacia la izquierda, nunca hacia delante.

Abrí la carta de mi madre. Tras sus dolores de espalda ponía: Ayer enterraron al barbero. En las últimas semanas había envejecido y chocheaba tanto que no lo habrías reconocido. Anteayer fue la Inmaculada Concepción. Me senté en el patio a descansar, porque en las festividades no hay que trabajar. Vi las golondrinas posarse sobre los cables eléctricos y pensé, pronto acabará el verano. Y entonces llegó el barbero. Llevaba dos zapatos diferentes, uno cerrado y una sandalia. Bajo el brazo llevaba el tablero de ajedrez, preguntó por el abuelo. Pero si está muerto, dije. Entonces levantó el tablero y dijo: Y ahora qué hago. No hay nada que hacer, dije, lo mejor es que se vaya a casa. Sí, claro, dijo, pero primero quiero jugar una partida con él.

Se quedó a mi lado y siguió mi mirada para contemplar las golondrinas. Entonces le dije: Mi padre ha ido a su casa, le espera allí. Y se fue.

Tras el despido, Edgar y Georg me dijeron: Somos libres como perros

callejeros. Sólo Kurt sigue atado para custodiar el secreto de los bebedores de sangre. Provisionalmente, según dijo, Georg se mudó a casa de Kurt, al pueblo de los cómplices.

Cuando Georg pasea por el pueblo, los perros ladran, dijo Kurt, les resulta desconocido. Sólo en un aspecto había dejado de ser desconocido: Georg tenía una aventura con una joven vecina.

Con la hija de un bebedor de sangre que jamás deja de sonreír, dijo Kurt. Ya la primera noche, cuando volví del matadero, Georg volvía con aquella ingenua por el campo de rastros donde aquella tarde aún había crecido el trigo. Ambos tenían el pelo lleno de semillas.

Georg dijo que había ligado con la vecina en el jardín, pero era al revés. La vecina también lo había intentado con Kurt.

Tiene los ojos moteados, dijo Kurt, y meneaba el trasero como un barco. Y con ella sólo se puede hablar del crecimiento de los tomates. Pero tampoco de eso sabe más de lo que su abuela ha olvidado. Se abre de piernas para todo el mundo. En primavera fue el policía quien se tumbó con ella en el campo, como si hubiera ido a comprobar qué tal andaban los nabos. Edgar estaba convencido de que el policía del pueblo había ordenado a la mujer vigilar primero a Kurt y luego a Georg.

Los días pendían del hilo de las casualidades, oscilaban y me zarandeaban desde el despido.

La enana de la trenza de hierba seguía sentada en la plaza Trajans. Entre los brazos mecía una mazorca de maíz verde y hablaba con ella. Por fin la abrió y arrancó un mechón de pelo de maíz con el que se acarició la mejilla. Por fin se comió el pelo y los granos lechosos.

Todo lo que comía la enana se convertía en un niño. Era delgada, pero su vientre aparecía hinchado. Los obreros de los turnos la habían hinchado al amparo de una noche de primavera que sin duda era tan silenciosa como muda era la enana. Los vigilantes habían ido a otras calles en busca de ciruelos. O bien habían perdido de vista a la enana o bien les habían ordenado hacer la vista gorda. Tal vez había llegado el momento de que la enana muriera dando a luz.

Los árboles de la ciudad se tornaron amarillos, primero los castaños, luego los tilos. Desde el despido había visto las ramas claras en un solo estado, nunca en otoño. Que el cielo despidiera a veces un olor amargo se debía a mi propio olfato, no al otoño. Me costaba cavilar sobre plantas que renunciaban a sí mismas cuando era yo misma quien debería hacerlo. Por eso las miré sin verlas hasta que la enana se metió pelos de maíz y granos lechosos en la boca aquel día de principios de otoño.

Me encontré con Edgar en la plaza Trajans. Llegó con una bolsa de lona blanca. Estaba medio llena de nueces, me las dio. Van bien para los nervios, dijo en tono burlón. Dejé un puñado de nueces sobre el regazo de la enana. Cogió una, se la llevó a la boca e intentó cascarla de un mordisco. Luego la escupió como si fuera una pelota. La nuez rodó por la plaza. La enana cogió las nueces una a una y las hizo rodar por las piedras. Los transeúntes reían. Los ojos de la enana eran grandes y solemnes.

Edgar cogió una piedra del tamaño de una mano que yacía junto al bidón de la basura. Tienes que cascarla de un golpe, le dijo a la enana, dentro hay una cosa que se come. Cascó la nuez. La enana se cubrió los ojos y meneó la cabeza.

Edgar empujó la nuez abierta con el pie hacia la cuneta y tiró la piedra a la basura.

La niña pone una nuez en la mano izquierda de su padre y otra en la derecha. En las nueces imagina dos cabezas: la de la madre y la del padre, la del abuelo y la del barbero, la de la criatura del diablo y la suya. El padre cierra los puños.

La nuez cruje.

Basta, dijo la abuela cantora, me da dentera.

La niña excluye a la abuela cantora del juego porque de todas formas le da dentera.

Cuando el padre abre las manos, la niña comprueba qué cabeza ha sobrevivido y cuál ha quedado aplastada.

Desde la plaza Trajans recorrimos la estrecha lateral que tiene forma de hoz. Edgar caminaba demasiado aprisa, había hecho llorar a la enana al cascar la nuez. Pensaba en ella.

Te lo prohíbo, dijo Edgar, tengo que volver esta noche, dónde voy a dormir. Tienes que prometerme que no lo harás. No dije nada. Edgar se detuvo y gritó: Me oyes. Un gato trepó a un árbol. Mira, lleva zapatos blancos, dije.

No se trata sólo de ti, dijo Edgar. No puedes hacer nada que no hayamos acordado. Si te cogen, todos seremos culpables. Es inútil. Edgar tropezó con una raíz que sobresalía del asfalto como un brazo.

Estaba harta de su voz. No me eché a reír porque había tropezado, sino de rabia. Cuando vosotros estabais lejos, en vuestras escuelas, yo ya existía, dije. Hablas en nombre de todos, pero Georg y Kurt estarían de acuerdo.

Cómete las nueces, dijo Edgar, te harán más sensata.

Edgar vivía con sus padres en el campo. No le echaban en cara el despido. Antes también era así, dijo el padre de Edgar. En la época húngara, tu abuelo no pudo ascender a jefe de estación porque no quiso adaptar su nombre al magiar. Siguió siendo peón caminero y construyó el viaducto del valle. Y a un paleta que escribía su nombre con sz le dieron el uniforme y le dejaron calentarse el trasero en el sillón de cuero. Y cuando sonaba el silbato del tren, se levantaba de un salto y salía de su garita con la banderita mugrienta. Erguía las piernas para parecer más alto. Mi abuelo se echaba a reír cuando lo veía.

Cuando el tren de la noche salió de la estación con Edgar, vi las piedras entre los travesaños. No eran más grandes que nueces. Más allá, las vías corrían por entre hierba grasienta. El cielo llegaba más lejos que ellas. Caminé despacio en la dirección del tren hasta que se acabó el andén. Entonces di media vuelta.

Me detuve bajo el enorme reloj de la estación y contemplé a las personas que se apresuraban cargadas con sacos y cestas, observé el segundero del reloj, los autobuses que doblaban el vientre en la esquina, muy cerca de las casas. Sólo llevaba el bolso y había olvidado las nueces de Edgar en el banco. Volví al andén. Había llegado otro tren. El banco estaba vacío.

Sólo había un camino bajo mis pies, el que llevaba a la cabina telefónica.

El teléfono sonó dos veces, dije otro nombre, el padre de Tereza me creyó y la llamó.

Tereza vino a la ciudad, nos encontramos en los sauces de tres troncos que crecían en la orilla. Le enseñé el frasco y el pincel que llevaba en el bolso.

Te enseñaré la casa, dijo Tereza, pero no te ayudaré. Te esperaré en la otra calle. Había cagado en el frasco y me había propuesto embadurnar la casa del capitán Pjele. Quería escribir cabrón o cerdo en la pared, alguna palabra que pudiera terminar en poco tiempo.

En la casa que debía ser la del capitán Pjele ponía otro nombre. Pero Tereza sabía dónde vivía el director de la fábrica. Fuimos allí.

Tras las cortinas aún había luz. Tereza y yo esperamos. Faltaba poco para medianoche, recorriamos la calle una y otra vez. Los brazaletes de Tereza tintineaban. Quítatelos, dije. De repente, el viento empezó a soplar contra toda clase de objetos negros. Vi personas donde antes sólo había arbustos. Vi rostros en coches aparcados, donde antes sólo había asientos vacíos. Cayeron hojas de donde no había árboles. Nuestros pasos sonaban como golpeteos arrastrados. Tus zapatos no son buenos, dijo Tereza.

La luna era una galleta en forma de cuernecillo. Mañana brillará más, dijo

Tereza, está creciendo porque tiene la joroba a la derecha. Delante de la casa se alza una farola. Estas casas siempre están iluminadas. Eso está bien, porque así ves la fachada sin que te vean a ti.

Busqué el lugar adecuado entre las dos ventanas centrales. Me guardé el pincel en el bolsillo de la chaqueta, abrí el frasco y se lo di a Tereza. Dejé el bolso abierto.

Apesta como si ya te hubieran cogido, dijo Tereza. Se fue a la otra calle con la tapa del frasco.

Cuando llegué a la otra calle la encontré desierta. Recorrí valla por valla, portal a portal, árbol a árbol. Al final de la calle, alguien surgió del tronco de un árbol como si de una puerta se tratara. Tuve que mirar tres veces hasta reconocer a Tereza. Olí su perfume.

Vamos, dijo tirándome del brazo, Dios mío, sí que has tardado, qué has escrito. Nada, dije. Me he limitado a dejar el frasco delante de la puerta.

Tereza se echó a reír como una gallina. Su cuello largo y pálido caminaba como sobre zancos junto a mí, como si las piernas le empezaran a la altura de los hombros. Aún apesta, dijo Tereza, te has enguarrado. Dónde está la tapa, pregunté. En el árbol donde te he esperado, dijo.

Arrojamos el pincel al río desde el puente. El agua estaba negra y silenciosa como la espera en la cabeza. Contuvimos el aliento, pero no oímos caer el pincel. Estaba segura de que el pincel no había llegado al agua. Aspiré una bocanada de aire y empecé a toser porque los pelillos del pincel me escocían la garganta. Miré el cuerno de la luna, convencida de que el pincel se había quedado suspendido en el aire para pintar sobre esta ciudad la bola moteada de negro, la noche.

Edgar estaba de nuevo en la ciudad. Llevábamos horas esperando a Georg en la bodega. No llegó. Pero sí llegaron dos policías que iban de mesa en mesa. El proletariado de las ovejas de hojalata y los melones de madera mostró sus carnes y dijo sus lugares de trabajo.

El loco de la barba blanca tiró a un policía de la manga, abrió su pañuelo y dijo: Profesor de filosofía. El camarero echó al loco de la bodega. Lo voy a denunciar, joven, gritó el loco, a usted y al policía, pero las ovejas comen. Las ovejas irán a por vosotros, no os engañéis. Esta noche caerá una estrella, y las ovejas os devorarán sobre la almohada como si fuerais hierba.

Edgar les mostró el carné. Profesor en el Instituto de Industria Ligera, junto al museo, dijo. Alargué mi carné y dije: Traductora y el nombre de la fábrica de la que me habían despedido. Me ardía la cabeza, miré al joven policía fijamente a la

cara para que no advirtiera cómo me palpitaban las sienas. El policía ojeó nuestros carnés y nos los devolvió. Menos mal, dijo Edgar.

Miró el reloj, tenía que coger el tren. Me quedé sentada, mirando cómo acariciaba el asiento vacío cuando se levantó para marcharse. Acercó el respaldo a la mesa y dijo: Georg ya no viene.

Los obreros se tornaron más ruidosos cuando Edgar se marchó. Los vasos tintineaban, el humo se retorció y enroscaba en el aire. Golpes de silla, pasos arrastrados. Los policías se habían marchado. Tomé otra cerveza pese a que cada sorbo me sabía a bilis.

Un hombre gordo de carrillos enrojecidos tiró de la camarera para sentarla en su regazo. La mujer se echó a reír. Un hombre desdentado sumergió una salchicha en mostaza y se la metió a la camarera en la boca. Ella dio un mordisco y mientras masticaba se enjugó la mostaza de la barbilla con la mano.

Qué avidez la de aquellos hombres, con qué ansia, fuera de casa y entre turnos, buscaban amor y lo ridiculizaban. Eran los mismos que habían seguido a Lola al parque desgredado, los que habían hinchado a la enana en la plaza tantas noches silenciosas. Los que vendían al Jesús crucificado del saco y se emborrachaban con las ganancias. Los que llevaban a casa riñones de ternera para sus mujeres o parquet. Los que regalaban a sus hijos o amantes conejos gris polvo para que jugasen. También Georg y su tortura de gallinas pertenecían a ese grupo, también la vecina de los ojos moteados en el círculo de cómplices, que según Kurt reía como un animal mimado. Pero tampoco Kurt era distinto con sus ramos de flores silvestres que tras los largos y calurosos viajes llegaban demasiado tarde a manos de la señora Margit y dejaban caer la cabeza sin resuello. También la modista que cobraba por augurar el destino y regalaba corazones de oro a sus hijos. También la mujer del peletero con su gorro de piel de nutria. También Edgar con sus nueces. También yo con mis caramelos húngaros para la señora Margit. Y con el hombre al que no echaba de menos tras su muerte. Lo que había sucedido entre nosotros se me antojaba más corriente que un trozo de pan ya comido. También los parches de hierba en el bosque. Y que yo sea la brizna de paja con las piernas abiertas y los ojos cerrados que soporta los árboles cargados de nidos de cornejas mientras miran un pedazo de estiércol arder y helarse en la tierra.

El loco del pelo blanco había regresado a la bodega. Se acercó a rastras a mi mesa y apuró el resto del vaso de Edgar. Oí cómo tragaba la cerveza y pensé en el sueño que le había contado a Edgar:

Un pequeño patinete rojo con ruido de motor. Pero el patinete no tiene motor, el hombre del patinete tiene que impulsarlo con el pie. Avanza deprisa, su

bufanda ondea al viento. Debía de ser en una habitación, le había dicho, porque el patinete corre sobre suelo de parquet hacia el zócalo y desaparece en la grieta oscura entre el parquet y el zócalo. Cuando el patinete y el hombre desaparecen, sólo queda un par de ojos blancos en la grieta. Uno de los transeúntes que pasa junto a mí dice: Es el patinete de los accidentes.

Es preferible que la abuela cante siempre, que mi madre extienda siempre la masa sobre la mesa, que el abuelo juegue siempre al ajedrez, que mi padre arranque siempre los abrojos a que todos ellos cambien de repente y quién sabe cómo. Mejor que queden congelados así, tan feos, a que se conviertan en personas distintas, piensa la niña. Mejor vivir entre feos en el cuarto y en el jardín que pertenecer a un grupo de desconocidos.

Al cabo de dos días, Kurt llegó a la ciudad y regaló a la señora Margit un ramo de convólvulos. Las flores sacaban las lenguas rojas y olían a pastel.

La vecina de ojos moteados llamó a mi ventana anoche, dijo Kurt. Llevaba un conejito en brazos y dijo que Georg se había metido en una pelea con unos desconocidos en la estación. Georg está en el hospital. Anteayer por la tarde estuve en el pueblo, dijo Kurt. El policía me llamó desde la acera de enfrente. No crucé la calle, sino que me quedé donde estaba. Me agaché y recogí una hoja amarilla del suelo. Me la metí en la boca. El policía cruzó la calle, me estrechó la mano y me invitó a tomar un copa en su casa. Le dije que dejara de tutearme. Eso ya lo veremos, dijo. El policía vivía en la casa ante la que estábamos. No acepté el licor. El policía esperaba que me fuera, pero no me moví, sino que hice girar la hoja en la boca cada vez más deprisa. El policía ya no tenía nada más que decir, pero tampoco podía marcharse. Para no ver cómo hacía girar la hoja en la boca se agachó y se anudó el cordón del zapato. Escupí la hoja junto a él y lo dejé allí plantado. Me gritó algo, seguramente algún insulto.

Kurt y yo fuimos al hospital. Kurt le dio una botella de licor al conserje. El hombre la cogió y dijo: Está solo en una habitación del tercer piso. Os lo digo a pesar de que me lo han prohibido. No puedo dejaros subir.

En el camino de regreso, Kurt dijo: Georg le regaló a la vecina ese conejito. Georg lo salvó de un gato en el campo y se lo regaló a la hija del bebedor de sangre. Es muy bonito, gris como la tierra polvorienta. Temblaba como una hoja cuando Georg lo trajo. Tiene la piel finísima en la barriga. Tuve la impresión de que se le saldrían las entrañas cuando saltó de mi mano.

Cómo sabe la amante que Georg está en el hospital, pregunté. Se lo ha dicho el conejo, dijo Kurt con una carcajada.

Georg tenía la mandíbula destrozada. Cuando le dieron el alta, Georg dijo:

Conozco a los de la cantina que me pegaron. Pero sólo de vista, no sé cómo se llaman.

Se habían abalanzado sobre él cuando bajó del tren. Él los había esquivado. Creí que empezarían a pegarme en seguida, dijo Georg. Pero me dejaron salir de la estación porque en el andén había demasiada gente.

Empujaron a Georg contra la pared tras el quiosco que hay junto a la parada del autobús. Puños y zapatos, es lo único que vi, dijo Georg.

Un hombre bajito y escuálido había despertado a Georg en el hospital. Estaba de pie ante la cama, se sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta y dejó dinero en la mesilla de noche. Estamos en paz, dijo. Georg le arrojó la almohada y luego la taza de té a la cabeza. El hombre sonrió mientras el té le goteaba del pelo, dijo Georg. Cogió su asqueroso dinero de la mesilla y se marchó. No era ninguno de los atacantes.

La amante de ojos moteados puso a su conejillo polvoriento en una cesta y vino a la ciudad a visitar a Georg en el hospital. Le permitieron subir a la habitación, pero tuvo que dejar el conejo a cargo del conserje. La amante le dio a Georg manzanas y pastel, y le acarició el pelo. Pero Georg quería saber cuándo había visto al policía del pueblo por última vez.

Es demasiado tonta para mentir, dijo Kurt, bebió un sorbo del té de Georg y se echó a llorar. Georg empezó a gritarle. Arrojó las manzanas y el pastel a la cesta y la echó. La amante dejó el conejo en el hospital, pertenecía al paciente al que había visitado, le dijo al conserje. Lo vendrá a buscar cuando le den el alta.

Diez días más tarde, cuando Georg salía por la puerta del hospital, el conserje golpeó el vidrio con los nudillos y señaló el conejo. Estaba sentado en una jaula, en el guardarropa, comiendo pieles de patata. Georg se limitó a agitar el brazo y siguió su camino. Pues luego no vuelva a buscarlo, gritó el conserje, el sábado lo sacrificamos.

El tribunal rechazó los cargos contra los atacantes. No habíamos esperado otra cosa.

Cuando Georg acudió al juzgado, el funcionario sabía quién era. El capitán Pjele había tenido diez días de tiempo. Lo intentaré de todas formas, dijo Georg.

Dónde trabaja usted, dijo el funcionario. Denunciar sin pruebas a unos desconocidos, eso lo puede hacer cualquiera que se aburra en este país.

Yo no me aburro, acabo de salir del hospital porque me dieron una paliza de muerte, dijo Georg. Y dónde está el alta, preguntó el funcionario. No me dieron ningún papel porque el médico estaba en una boda cuando me dieron de alta, dijo

Georg.

Georg llevaba el alta en el bolsillo, pero lo que decía era: fiebre estival con náuseas.

Usted lo que padece es pereza, imaginación desbordada y manía persecutoria, dijo el funcionario. Llévase este papel. Tiene suerte de que no mencione su verdadera enfermedad. Se siente usted inocente. A nadie le dan una paliza sin motivo.

Georg pasó aquel día en la bodega, junto a la estación. Había comprado un billete para ir a casa de sus padres. Llegó al andén con el billete y se sentó en el banco. Contempló a la gente que levantaba cestas y sacos y subía al tren. Las puertas estaban abiertas, las cabezas asomadas en fila a las ventanillas. Las mujeres comían manzanas, los niños escupían al andén, los hombres escupían sobre sus peines y se peinaban. A Georg lo acometió una oleada de náuseas.

Las puertas se cerraron. Sonó el silbato del tren, las ruedas empezaron a girar, los viajeros se quedaron mirando el andén.

No quería ir a casa de una modista pecosa, dijo Georg, que cose, plancha y dice que su hijo es un desperdicio. Que a espaldas de su marido le da al hijo un poco de dinero y muchos reproches en el mismo sobre. Y no quería ir a casa de un padre jubilado que piensa más en su bicicleta que en su hijo. Tampoco quería volver a casa de Kurt, al pueblo de los cómplices. No quería volver a ver jamás a la vecina de ojos moteados.

Tampoco quería ir a casa de los padres de Edgar ni de la señora Margit, dijo Georg. El único deseo que experimentaba era no dar un solo paso más en la tierra. Cansado y vacío entré en la sala de espera, enseñé mi billete al interventor y me tumbé en un banco. Me quedé dormido de inmediato, como una maleta olvidada. Dormí profundamente hasta que se hizo de día y un policía vino a hacer su trabajo con la porra. Los viajeros hablaban de trenes matutinos cuando me fui. Todos ellos tenían una meta.

Nada más despertarse y sin decirnos ni una sola palabra a Edgar, Kurt o a mí, Georg se dirigió a la oficina de pasaportes.

Vuestro consuelo no me inspiraba ni la más mínima curiosidad, dijo Georg, no quería oír de vuestros labios palabras tranquilizadoras. Os odiaba, no podía veros, estaba demasiado trastornado. Sólo pensar en vosotros me hacía hervir de rabia. Me habría gustado vomitaros a vosotros y a mí mismo de mi vida porque percibía cuánto nos necesitábamos.

Por ello, sin percatarme siquiera del camino, fui a la oficina de pasaportes,

rellené la solicitud de salida junto a la ventanilla y la entregué de inmediato. A toda prisa, antes de que apareciera el capitán Pjele. Mientras escribía tenía la sensación de que me observaba desde el papel.

Georg no recordaba con exactitud qué había escrito.

Pero lo que he escrito con toda seguridad es que me encantaría salir hoy mismo del país. Ahora me encuentro mejor, ya soy casi un ser humano. Después de entregar la solicitud me moría de impaciencia por veros.

Georg apoyó una mano en mi cabeza y con la otra tiró del lóbulo de Edgar.

Ha sido tu inseguridad, dijo Edgar, has tenido que engañarte a ti mismo. Ninguno de nosotros habría dicho una sola palabra tranquilizadora para disuadirte.

La modista no había regresado del viaje a Hungría. Quién lo habría dicho, dijo Tereza. El solitario había tornado a la modista impenetrable para todo el mundo. Tereza estaba ofendida, había encargado un trébol de cuatro hojas para su cadenita de oro y no había intuido siquiera las intenciones de la modista.

La abuela está en su casa con los niños, dijo Tereza. Estaba sentada a la máquina de coser cuando Tereza llegó a la casa, como si se hubiera pasado la vida allí. Los niños la llamaban mamá y, durante un rato, Tereza no supo si en realidad aquella mujer era la modista. La mujer es igual que la modista, sólo que veinte años mayor. Semejante parecido da miedo. La abuela habla húngaro con los niños, sabías que la modista era húngara, por qué nos lo ocultó. Porque nosotras no hablamos húngaro, dije. Tampoco hablamos alemán, dijo Tereza, pero sabemos que tú eres alemana. Los niños aún no son conscientes de que su madre se ha ido. Durante cuánto tiempo podrán seguir diciendo sin llorar: Nuestra madre ha ido a Viena, está ahorrando para comprar un coche.

La nuez de la axila de Tereza era ya del tamaño de una ciruela y empezaba a madurar azulada en el centro. El abedul del picaporte observaba la habitación. Tereza se estaba haciendo un vestido, quería que la ayudara a coser los ojales y los pespuntos del dobladillo.

El hilo de los botones es tan gordo que parece una chapuza y el dobladillo se arruga, dijo Tereza.

El novio de Tereza, el médico, a quien sólo había visto una vez con Tereza en la ciudad, trabajaba en el hospital del partido. Tenía turnos de día y de noche. Trató la columna vertebral del padre de Tereza, las varices de su madre, la calcificación ósea de la abuela, pero no quería examinar a Tereza.

Día y noche no veo más que enfermos, le dijo a Tereza, estoy harto de tanto

enfermo. No quiero jugar a médicos también contigo. Que fuera al médico al que había ido hasta entonces, dijo. Cuando Tereza le explicó la opinión del otro médico, el novio meneó la cabeza y dijo: Él sabrá. Según el otro médico, si es que Tereza había acudido a su consulta alguna vez, decía: No podemos extirpar el bulto hasta que termine de crecer.

Me resulta extraño que el hombre al que amo no quiera examinarme, dijo Tereza. Pero por otro lado me resultaría desagradable que me tratara. Sería como todos aquellos cuya carne pasa por sus manos, ya no tendría ningún secreto.

La mano de porcelana blanca con las joyas de Tereza estaba sobre la mesa, junto a ellas yacían esparcidos retales de tela.

Cuando me acuesto con él me dejó la blusa puesta para que no vea la nuez, dijo Tereza. Se tumba sobre mí y jadea hasta llegar a su objetivo. Luego se levanta y fuma, aunque a mí me gustaría que se quedara en la cama conmigo un poco más. Los dos pensamos en la nuez. Me dijo que era una cría cuando le pregunté: Por qué te levantas en seguida. Ahora ya no le pregunto nada, dijo Tereza, pero eso no significa que no me moleste.

Ponte el vestido, dijo Tereza, a lo mejor te sienta bien. Sabes perfectamente que me va enorme, dije.

Aun cuando me hubiera cabido, no me lo habría puesto. Dentro estaba la nuez. Sólo sosteniendo el vestido durante la confección había tenido la sensación de que me cosía una nuez al cuerpo. Que la nuez atravesaba el hilo y se metía en mi cuerpo.

Mientras cosía los ojales, Tereza se convenció de que el vestido ya no le gustaba.

El padre de Tereza había ido a pasar doce días en el sur del país para fundir un monumento. Por ello pude ir a su casa. La madre de Tereza había ido a reunirse con su marido para asistir al descubrimiento de la estatua.

La abuela no quería saber que yo estaba allí. Tereza la retuvo en el jardín hasta que estuve en su habitación. No tiene nada contra ti, dijo Tereza, a veces pregunta por ti. Hace un par de años se habría callado. Pero desde que tiene los huesos calcificados se le ha soltado la lengua.

En la carta de mi madre había trescientos *lei* para el alquiler. Detrás de los dolores de columna ponía: He vendido patatas y ahorrado para que no hagas nada malo para pagar el alquiler. Ya refresca por las noches, ayer encendí el fuego en la chimenea por primera vez. La abuela sigue durmiendo fuera. Los campesinos que salen a arar el campo de madrugada suelen verla detrás del cementerio. A lo mejor

le atrae el sitio, no estaría mal.

Ayer vino a verme el cura todo ruborizado. Primero pensé que había bebido demasiado, pero estaba rojo de rabia. Por el amor de Dios, esto no puede ser, dijo. Ayer la abuela se coló en la sacristía a espaldas del sacristán. Cuando el cura llegó para la misa solemne, la abuela señaló su sotana negra y el alzacuellos blanco. Tú también eres una golondrina, dijo, voy a cambiarme y así podremos volar juntos.

Los dos cajones del armario de la sacristía estaban vacíos, la abuela se había comido todas las hostias. Empezó la misa. Se confesaron seis personas, dijo el cura. Se acercaron al altar para comulgar y se arrodillaron con los ojos cerrados. El cura tenía que cumplir con su obligación ante el Señor. Pasó delante de cada uno de ellos con el cáliz, en el que sólo quedaban dos hostias mordisqueadas. Tenía que decir el cuerpo de Cristo, como siempre. A los dos primeros les colocó las hostias mordisqueadas sobre la lengua. A los cuatro siguientes les dijo el cuerpo de Cristo y les apretó la yema del pulgar contra la lengua.

Tuve que disculparme, dijo mi madre. Lo lamento mucho, dijo el cura, pero tendré que informar al obispo.

Georg fue a casa de los padres de Edgar.

La vecina de ojos moteados se ha esfumado de la faz de la tierra, dijo Georg. El policía se la ha llevado. En su huerto ya ha terminado la cosecha, sólo la hierba crece desmedida. Qué voy a hacer todo el día en casa de Kurt, con lo temprano que oscurece. Kurt se pasa el día en el matadero. Por la noche preparaba cuatro huevos fritos, tomábamos licor para la digestión. Luego se metía en la cama con las manos sucias. Cuando Kurt se dormía, me paseaba por la casa con la botella de licor. Fuera ladraban los perros y chillaban algunos pájaros nocturnos. Me dedicaba a escucharlos y a beberme la botella entera. Cuando ya estaba medio borracho, abría la puerta de entrada y contemplaba el jardín. En la ventana de la vecina había luz. Durante el día estaba el jardín escuálido, y durante la noche no se me había perdido nada en su casa. Pero cuando caía la noche, me entraban ganas de ir a su casa. Cerraba la puerta y dejaba la enorme llave sobre el alféizar. Me moría de ganas de volver a abrir para atravesar el jardín y llamar a su ventana. Ella esperaba que fuera alguna noche. Cada noche era una tortura. Sólo la enorme llave del alféizar me retenía. Estuve a punto de volver a aterrizar en su cama.

Si Kurt abría la boca durante la cena, era sólo para hablar de tubos, zanjas y vacas. Y por supuesto, de los bebedores de sangre. Me veía incapaz de probar bocado cuando Kurt comía y hablaba de los bebedores de sangre. Pero a él le gustaba decir: Cuanto más frío hace, más sangre beben. Se comía también mi ración y mojaba pan en la sartén.

Durante el día tenía que salir de casa, dijo Georg, ir a alguna parte, porque si no me habría vuelto loco. La calle del pueblo estaba desierta, así que echaba a andar en dirección opuesta, hacia las afueras del pueblo. No hay lugar en el que no haya estado tres veces. No tenía sentido vagar por los campos. La tierra estaba empapada de rocío y ya no se secaba con el frío. Todo estaba destrozado, arrancado, segado, atado. Sólo las malas hierbas seguían creciendo, madurando hasta las raíces, echando semillas. Cerraba la boca con fuerza y sentía las semillas de hierba en la nuca, las orejas y el pelo. Escocía, tenía que rascarme. Gatos gordos acechaban entre las malas hierbas. Los tallos no susurraban. Los viejos conejos conseguían escapar. Sus crías tropezaban unas con otras, y muy pronto todo había terminado. No era mi garganta la que destrozaban. Helado y más sucio que un topo pasaba junto a la masacre, jamás volveré a salvar a un conejo.

Es cierto, dijo Georg, esa hierba es bonita, pero por todas partes los campos abren la boca. El cielo se alejaba, la tierra se pegaba a los zapatos. Las hojas, los tallos y las raíces de las briznas aparecían rojos como la sangre.

Edgar vino a la ciudad sin Georg. La noche anterior, Georg se había alegrado de poder salir por fin del pueblo y volver a ver asfalto y tranvías en lugar de suciedad y hierba. Por la mañana empezó a remolonear.

Georg no quería apresurarse, Edgar advirtió que quería perder el tren. A medio camino se detuvo y dijo: Me vuelvo a casa, no voy a la ciudad.

Sus lamentos sobre el hecho de quedarse solo en casa de Kurt no eran más que una excusa, dijo Edgar. Ahora no está solo, me paso el día en casa y mis padres también. Pero no se puede hablar con Georg. Es como un fantasma.

Georg se levantaba temprano y se sentaba junto a la ventana. Cuando los platos y cubiertos tintineaban, cogía la silla y se acercaba a la mesa. Después de comer volvía a llevar la silla junto a la ventana. Miraba por ella. Siempre veía la misma madera desnuda de la acacia, la zanja, el puente, suciedad y hierba, nada más. Cuando llega el periódico, preguntaba. Cuando llegaba el cartero, ni siquiera tocaba el periódico. Esperaba noticias de la oficina de pasaportes. Cuando Edgar salía a pasear o iba al pueblo, Georg nunca le acompañaba. No merece la pena ponerse los zapatos, decía.

Mis padres empiezan a estar hartos de él, dijo Edgar. No porque coma y duerma en casa, al fin y al cabo paga pese a que mis padres no quieren el dinero. Mi madre dice: Vive en nuestra casa, pero somos nosotros quienes le molestamos, no tiene modales.

A Edgar le cuesta cada día más decirles a sus padres que conoce a otro Georg, que se ha tornado tan obstinado porque tiene muchas preocupaciones. Por

qué, si están a punto de darle el pasaporte, decían ellos.

Todo empezó aquella mañana de octubre en que Georg dio media vuelta y Edgar llegó solo a la ciudad, un mal día.

En el tren había un grupo de hombres y mujeres que cantaban canciones de iglesia. Las mujeres sostenían velas encendidas en las manos. Pero las canciones no eran ampulosas ni pesadas, como en la iglesia, sino que se adaptaban al rugido y el zarandeo del tren. Los cantantes se balanceaban. Las mujeres cantaban con voz tenue y aguda, como si las amenazaran, como si se lamentaran en lugar de gritar. Los ojos se les salían de las órbitas. Con las velas trazaban grandes círculos, parecía que en cualquier momento prenderían fuego al vagón. Los que subían al tren se susurraban al oído que eran miembros de una secta del pueblo vecino. El revisor no entró en el vagón, los cantantes no querían que nadie les molestara y lo habían sobornado. El campo retrocedía como una exhalación, maíz escuálido y olvidado, tallos negros de girasoles sin una sola hoja. Y en medio de aquel desierto, después de un puente cubierto de maleza, uno de los cantantes tiró del freno de emergencia. Tenemos que rezar, dijo.

El tren se detuvo, y el grupo se apeó. Entre la maleza, donde se situaron sus integrantes, aún se veían muñones de velas de la última vez. El cielo pendía bajo, el grupo cantaba, y el viento extinguió las velas encendidas. Los demás viajeros del tren se apretujaron para mirar por las ventanillas.

Un hombre y Edgar se habían quedado sentados. El hombre temblaba y apretaba los puños. Se golpeó los muslos con la mirada clavada en el suelo. De repente se arrancó la gorra y rompió a llorar. Me están esperando, dijo en voz alta. Se cubrió el rostro con la gorra, maldijo a la secta y dijo: Tanto dinero malgastado.

Cuando los miembros de la secta subieron de nuevo al tren, éste arrancó despacio. El hombre que lloraba abrió la ventanilla y asomó la cabeza. Sus ojos querían acortar la distancia a lo largo de las vías. Se caló de nuevo la gorra y suspiró. El tren se lo tomaba con calma.

Poco antes de llegar a la ciudad, las mujeres apagaron las velas y se las guardaron en los bolsillos de los abrigos. Sus abrigos y los bancos del tren aparecían manchados de cera. Goterones de grasa fría.

El tren se detuvo. Los hombres se apearon, tras ellos las mujeres. Tras las mujeres los demás viajeros.

El hombre que lloraba se levantó, se dirigió al fondo del vagón y miró el andén. Luego volvió sobre sus pasos, se sentó en un rincón y encendió un cigarrillo. En el andén había tres policías. Cuando todos los demás se hubieron apeado, los policías subieron al tren y empujaron al hombre al andén. La gorra

quedó atrás, los policías se llevaron al hombre. De la chaqueta le cayó una caja de cerillas. El hombre miró dos veces a Edgar por encima del hombro. Edgar recogió la caja de cerillas y se la guardó en el bolsillo.

Se detuvo delante del gran reloj de la estación. Soplaban un viento cortante. Vio la esquina en la que habían propinado la paliza a Georg. Entre el quiosco y la pared se arremolinaban hojas secas y papeles. Edgar echó a andar por la calle en dirección al centro. La ciudad estaba por todas partes cuando uno caminaba sin rumbo. Edgar fue al barbero. Porque por las mañanas hay poca gente, dijo. Como no sabía qué hacer, el pelo empezó a molestarme. Quería refugiarme en un lugar cálido, tenía la impresión de que alguien que no sabe nada de mí me cuidaría durante un rato.

Edgar sigue llamando nuestro barbero al que les cortaba el pelo cuando estudiaban. Por aquel entonces, Edgar, Kurt y Georg iban juntos al establecimiento del hombre de ojos astutos, porque la desvergüenza del barbero resultaba más fácil de soportar si iban los tres. Y porque sólo era malvado hasta que empezaba a cortar el pelo. Entonces se volvía casi tímido o simplemente guardaba silencio.

El barbero estrechó la mano a Edgar. Vaya, ha vuelto a la ciudad. Y los dos pelirrojos, preguntó. Su rostro no había envejecido. Muchos ya no vendrán hasta la primavera, dijo. Se ponen gorras y se gastan el dinero de la barbería en licor.

El barbero llevaba la uña del índice derecho muy larga, pero todas las demás las tenía cortas. Con la uña larga dividió el cabello de Edgar en mechones. Edgar oyó el siseo de las tijeras, su rostro se tornaba cada vez más pequeño, el espejo empezó a alejarse. Edgar cerró los ojos, sentía náuseas.

El barbero no me preguntó cómo quería el pelo, dijo Edgar. Me esquiló en nombre de todos aquellos que no volverán hasta la primavera, dijo Edgar. Cuando me levanté de la silla, mi pelo había quedado tan corto como el pelaje de un animal.

Seguíamos viendo muchas cosas como una sola persona, como cuando Edgar, Kurt, Georg y yo aún estudiábamos. Pero la desgracia afectaba a cada uno de manera distinta desde que estábamos desperdigados por el país. Seguíamos necesítndonos. Las cartas con los cabellos no servían más que para leer el propio miedo en la caligrafía del otro. Cada uno debía afrontar sus propios cardos, alcaudones, bebedores de sangre y máquinas hidráulicas, cada uno debía abrir y al mismo tiempo cerrar con fuerza los ojos por su propio esfuerzo.

Cuando nos despidieron nos dimos cuenta de que las cosas nos iban peor sin esa perturbación fiable que bajo su yugo. Puesto que en nuestro entorno se nos consideraba fracasados tanto si teníamos trabajo como si nos despedían, nosotros

mismos empezamos a considerarnos fracasados. Pese a que repasábamos todos los motivos y los defendíamos, nos sentíamos fracasados. Estábamos agotados, hartos de la muerte inminente del dictador, de los muertos durante las fugas, sin darnos cuenta nos acercábamos cada vez más a la obsesión por la fuga.

El fracaso se nos antojaba tan corriente como respirar. Era nuestro denominador común, al igual que la confianza. Y sin embargo, cada uno de nosotros aportaba su propio granito de arena: el propio fracaso. En ese fracaso, cada uno de nosotros se había forjado una mala imagen de sí mismo, una imagen salpicada de arranques de engrimiento atormentado.

El pulgar lastimado de Kurt, la mandíbula rota de Georg, el conejo gris polvo, el frasco hediondo en mi bolsillo... Cada cosa pertenecía a uno de nosotros. Y los demás estaban al corriente.

Cada uno de nosotros imaginaba cómo abandonar a los amigos a través del suicidio. Y les reprochaba, sin jamás hablar de ello, el hecho de tener que pensar en ellos y de no haber llegado a tal extremo por su causa. De ese modo, cada uno de nosotros se tornaba vanidoso y tenía siempre a mano el silencio que culpaba a los demás por el hecho de que tanto él como ellos siguieran vivos.

El esfuerzo de salvarnos residía en la paciencia. No podía acabársenos la paciencia, o si se nos acababa debíamos recuperarla de inmediato.

Cuando Edgar atravesaba la plaza tras pasar por la tijera del barbero, oyó pasos de perro tras sus zapatos. Se detuvo y dejó pasar al hombre con el perro. Era Pjele el perro, dijo Edgar. No conocía al hombre del sombrero negro. El perro olisqueó el abrigo de Edgar y gruñó. El hombre tiró de la correa para alejarlo de Edgar, el perro se resistió y se volvió para mirarlo. Al llegar al siguiente semáforo, el hombre y el perro volvían a estar detrás de Edgar. Cuando cambió a verde, cruzaron la calle pero se adentraron en el parque. Sin embargo, alguien debía de estar esperando al perro allí, porque al cabo de unos minutos, el hombre subió al tranvía tras Edgar.

Edgar dijo: Pensé que el del sombrero no era un ser humano y yo, pese al pelaje, no era un perro. Pero lo parecemos.

Tras volver sobre sus pasos, Georg entró en la casa sin resuello. Con toda probabilidad había corrido. La madre de Edgar preguntó: Has olvidado algo. A mí mismo, dijo Georg. Colocó la silla junto a la ventana y contempló el día vacío.

Poco antes de mediodía, el cartero llamó a la puerta. Además del periódico llevaba una carta certificada. Georg no se movió. El padre de Edgar dijo: La carta es para ti, tienes que firmar.

Dentro del sobre esperaba el aviso del pasaporte. Georg se encerró con la carta en su habitación, se tendió en la cama. Los padres de Edgar lo oyeron llorar. La madre de Edgar llamó a la puerta. Le traía una taza de té. Georg le dijo que se fuera.

Cuando los platos tintinearón, Georg no fue a comer. El padre de Edgar llamó a la puerta. Le traía una manzana pelada. Dejó la manzana sin decir nada. Georg se había cubierto la cabeza con una almohada.

Los padres de Edgar salieron al patio. Su madre dio de comer a los patos, su padre cortó leña. Georg cogió la tijera, se colocó ante el espejo y se cortó el pelo.

Cuando los padres de Edgar entraron en casa, Georg estaba sentado junto a la ventana. Parecía un animal medio devorado. El padre de Edgar se asustó, pero mantuvo la compostura. De qué sirve, dijo.

Cuando vi a Georg por primera vez, dije: No puedes salir del país así, ve al barbero. Cuando esté en Alemania no haré nada por vosotros, dijo. Me habéis oído, no moveré ni un dedo por vosotros. Kurt, Edgar y yo vimos las zonas en las que Georg se había cortado el pelo hasta el cuero cabelludo. Tú también tienes el pelo raro, le dijo Kurt a Edgar.

Cuando la niña ya no sabe cómo acabar el día se va a su habitación con la tijera. Baja las persianas y enciende la luz. Se coloca frente al espejo del lavabo y se corta el pelo. La niña se ve reflejada por triplicado, y el flequillo aparece torcido.

La niña recorta los mechones torcidos, pero entonces son los contiguos los que quedan desiguales. Se los recorta, pero entonces son los primeros los que vuelven a quedar torcidos.

En lugar de flequillo le queda un cepillo torcido sobre el rostro, la frente descubierta. Rompe a llorar.

La madre pega a la niña y pregunta: Por qué lo has hecho. La niña dice: Porque no me soporto.

En la casa todos esperan a que el cepillo torcido vuelva a convertirse en un flequillo. La niña es quien espera con más impaciencia.

Pasan los días. El flequillo crece.

Pero un buen día, la niña no sabe cómo acabar el día.

Hay muchas fotos de árboles desnudos en invierno y árboles frondosos en verano. Delante de los árboles se ven muñecos de nieve o rosas. Y en primer plano se ve a una niña con una sonrisa tan torcida como el cepillo que le enmarca el rostro.

En la caja de cerillas del hombre del tren se veía un árbol y una hoguera tachada. Debajo ponía: Proteged el bosque. Edgar dejó la caja de cerillas en la cocina. Al cabo de dos días, su madre dijo: Debajo de las cerillas hay unos números.

En la estación de maniobras había trenes de mercancías extranjeros, dijo Edgar, ese hombre quería cruzar la frontera.

Los números de la caja parecían lugares lejanos. Edgar llenó la caja de cerillas, apilando una a una las cabecitas rojas. Cerró la caja a medias, como si se tratara del embozo de una cama: Cuando llegues a Alemania, llama a este número.

Georg cerró la caja sobre las cabecitas. Con el pelo esquilado, al que nadie podía acostumbrarse, ya parecía un forastero. Todavía no me he marchado, dijo Georg. Si no me tiran del tren en marcha, llamaré.

Nunca supimos si Georg había llamado. No le entregaron el pasaporte en la oficina, sino que lo mandaron a ver al capitán Pjele. El capitán Pjele fingió no darse cuenta del cabello esquilado de Georg. Siéntese, dijo. Por primera vez lo llamaba de usted.

El capitán Pjele dejó una declaración y un bolígrafo sobre la mesa pequeña y se sentó a la grande. Estiró las piernas y apartó la silla. Sólo una firmita, dijo el capitán Pjele. La declaración decía que Georg no debía hacer nada en el extranjero que perjudicara al pueblo rumano.

Georg no firmó.

El capitán Pjele dobló las piernas y se levantó. Abrió el armario y sacó un sobre. Lo dejó sobre la mesa pequeña. Ábralo, dijo el capitán Pjele. Georg abrió el sobre.

Ahora que le puedo escribir cartas resultarían muy útiles, dijo el capitán Pjele.

En el sobre había cabellos rojos. No eran míos, dijo Georg, creo que eran de Kurt.

Georg subió al tren tres días más tarde. Llevaba la caja de cerillas en el bolsillo del abrigo. No lo tiraron del tren en marcha. Llegó a Alemania.

Antes de marcharse dijo: Nunca más escribiré cartas, sólo postales. La primera la dirigió a los padres de Edgar: Un paseo invernal con árboles nudosos a la orilla del río. Les dio las gracias por haberle permitido vivir en su casa. La postal tardó dos meses en llegar. Cuando cayó en el buzón ya se había convertido en un testamento.

Dos semanas antes, el cartero había llamado a la puerta. Edgar había firmado el acuse de recibo.

Seis semanas después de salir del país, Georg había aparecido una mañana tumbado en el asfalto de Frankfurt. En el quinto piso del albergue había una ventana abierta.

Murió en el acto, decía el telegrama.

Cuando la postal de Georg cayó en el buzón, Edgar, Kurt y yo ya habíamos llevado dos veces una esquila a la redacción del periódico.

La primera vez, el redactor asintió y cogió el papel.

La segunda vez nos gritó y nos echó. Antes de irnos dejamos el papel sobre la mesa, junto a sus gafas.

La tercera vez, el conserje no nos dejó pasar.

La esquila no apareció jamás.

La postal de Georg estaba en la habitación de los padres de Edgar, delante de los vasos de la vitrina. El paseo invernal daba a la cama. Cuando se levantaba, la madre de Edgar se acercaba descalza a la vitrina y contemplaba el paseo invernal. Voy a guardarla en el cajón, decía el padre de Edgar. Vístete. La madre de Edgar se vestía, pero la postal no desapareció de la vitrina.

La madre de Edgar ya no utilizaba para coser la tijera con la que Georg se había cortado el pelo.

Desde la muerte de Georg ya no podía tenderme en la oscuridad. La señora Margit: Tienes que dormir para que también su alma encuentre reposo, quién va a pagar la luz. Aunque no duermas descansarás mejor a oscuras.

Oía a la señora Margit al otro lado de la puerta. Gemía mientras reflexionaba o en sueños. Los dedos de mis pies sobresalían de la manta. Sobre la barriga tenía la tortura de gallinas. El vestido colocado sobre la silla se transformó en una mujer ahogada. Tuve que guardarlo. Las medias pendían del respaldo de la silla como piernas amputadas.

A oscuras me habría tendido en un saco. En el del cinturón, en el de la ventana. Y en el que nunca fue mío, el de las piedras.

La señora Margit dijo: Puede que alguien lo empujara. Me parece que tengo buen ojo para la gente. Georg no parecía de éstos. No volverá a salir de su tumba. Si ha sido asesinado, Dios lo llevará de la mano. Si se ha suicidado, irá al purgatorio. Rezaré por él.

Kurt encontró nueve poemas de Georg en el fondo del armario. Ocho de ellos se titulaban: Alcaudón. Y el último: Quién puede dar un paso con la cabeza.

Edgar tenía el mismo sueño con frecuencia: Kurt y yo estábamos tumbados en una caja de cerillas. Georg estaba de pie ante nosotros y decía: Vosotros sí que vivís bien. Cerraba la caja hasta la altura de nuestros cuellos. El árbol de la tapa de la caja de cerillas era un haya en el sueño. Sus hojas susurraban. Dormid, que yo protegeré el bosque, decía Georg. Luego os tocará a vosotros. A los pies de la caja de cerillas ardía el fuego.

Kurt no iba a trabajar desde la muerte de Georg. En lugar de acudir al matadero iba a la ciudad.

Una noche, la vecina de ojos moteados cruzó el jardín y llamó a su ventana. Estás enfermo, preguntó. Pero si no estás en la cama.

Kurt dijo: Como ves, estoy en la puerta.

En el pueblo ladraban los perros porque el viento golpeaba los canalones. La vecina había apagado la luz de su casa. Su ventana era un cuadrado oscuro. Se había abrigado demasiado poco, de modo que se abrazó a sí misma para entrar en calor. Llevaba sandalias de verano bordadas con tacón de corcho. A causa de los gruesos calcetines de lana de oveja le iban pequeñas, los talones sobresalían.

Quería que Kurt le diera la dirección de Georg en Alemania. Intentaba permanecer inmóvil, pero se tambaleó y estuvo a punto de caer. La luz iluminó sus sandalias. En la oscuridad, sus piernas surgían escuálidas de los calcetines, como patas blancas de cabra. No llevaba medias.

Para qué quieres la dirección, preguntó Kurt, si ni siquiera se despidió de ti.

La vecina se encogió de hombros: No estamos peleados, y necesito medicamentos.

Pues ve al médico, dijo Kurt.

Para que no despidieran a Kurt, Tereza llevó a Kurt un certificado médico en el que Kurt podía poner su nombre. El certificado había costado un cartón de Marlboro. Cuando Kurt quiso pagarle, Tereza dijo: Lo he robado del armario de mi padre.

La carta de mi madre decía tras los dolores de espalda: Tengo los impresos grandes. El policía los ha rellenado para mí y para la abuela. Dice que ahora te toca a ti poner tus datos, que sabes suficiente rumano. Le he dicho que seguramente no querrás acompañarnos. Pues se va a retrasar todo bastante. El relojero dice que ya te lo pensarás. Le gustaría acompañarnos en tu lugar, pero cómo.

Se lo he explicado todo a la abuela, ella también ha tenido que firmar. No se entiende su firma, pero es su letra. Peor sería que se entendiera, porque ya no sabe ni cómo se llama. Cantó un poco. Me alegro de no saber lo que le pasa por la cabeza cuando me mira como un turón.

Hoy he vendido los muebles de la sala. No han querido llevarse la alfombra, está carcomida por las polillas. Te enviaré dinero para dos meses de alquiler. Luego tendrás que arreglártelas. No quiero que te quedes aquí. Tienes toda la vida por delante.

Rellené los formularios: nacimiento, escuelas, lugar de trabajo, ejército del padre. Oí sus canciones para el *führer*. Vi su azadón en el jardín y sus plantas más necias. No sabía si en Alemania también había abrojos. Pero sí había un montón de soldados repatriados de la SS.

El abuelo, el barbero, el relojero, mi padre, el cura y el maestro llamaban a Alemania la madre patria. Aunque habían sido los padres quienes habían recorrido el mundo por Alemania, era la madre patria.

Al salir del país, Georg había trillado el camino para Edgar y para mí. Salir del callejón sin salida, había dicho. Y seis semanas más tarde yacía sobre el asfalto en el invierno de Frankfurt.

Los alcaudones se quedaron en el armario de Kurt, dentro de un zapato. En su lugar, Georg había salido del callejón para meterse en el saco de la ventana. El charco que inundaba su cabeza tal vez reflejaba el cielo. Cada persona tiene un amigo en cada pedacito de nube..., y pese a todo, Edgar y yo seguíamos los pasos de Georg. También Edgar rellenó la solicitud. En el bolsillo de la chaqueta llevaba el telegrama con la muerte de Georg.

Kurt no se veía capaz de emprender el viaje. No tiene sentido quedarse, dijo, pero marchaos vosotros primero. Yo iré más tarde. Se mecía en la silla, el suelo chirriaba al ritmo de la desesperanza. A ninguno de nosotros nos asustaba.

Soy cómplice de los bebedores de sangre, dijo Kurt, por eso no me despiden. Cuando os marchéis me tendrán cogido. Desde el verano pasado llevan a los presos en autobuses al campo detrás del matadero. Están cavando un canal. Cuando se cansan les echan a los perros. Los llevan de vuelta al autobús; se quedan ahí tumbados hasta las seis de la tarde, cuando el autobús los lleva de regreso a la ciudad. Yo hago fotos desde mi oficina. Dos obreros me sorprendieron, dijo Kurt, fueron los primeros en enterarse. Tal vez los demás también lo saben. Guardo los carretes en el fondo del armario. Así fue como encontré los poemas de Georg. Se los llevaré a Tereza y los iré a buscar antes de ir a casa del padre de Edgar. Os los enviaré a través del aduanero.

Puede que sí me despidan, dijo Kurt. Enviadme dos fotos cuando lleguéis a Alemania, una de la ventana y otra del asfalto. Seguro que llegan, el capitán Pjele sabe que duelen.

Tereza se echó a llorar cuando le dije que había rellenado la solicitud. Su novio la había dejado. Una mujer sin hijos es como un árbol sin frutos, había dicho. Tereza y él habían ido al tranvía. En la parada, el novio había señalado a los que esperaban y le había dicho qué enfermedades padecían.

Pero si no los conoces, dijo Tereza. Pero él no dejó de repartir diagnósticos: Ése está enfermo del hígado, ésa del pulmón. Cuando ya no se le ocurría nada, dijo: Ves cómo lleva la cabeza. Y ésa está mal del corazón. Y ése de la laringe. Y yo, preguntó Tereza. Su novio no respondió. Los sentimientos no están en la cabeza, dijo. Proceden de las glándulas.

A Tereza le dolía la nuez desde hacía un tiempo. La nuez tendió un puente de la axila al pecho.

No quería que Tereza se quedara sola y dije: No te separes de Kurt. Tereza asintió. De todos modos, ya sólo soy la mitad de la nuez, dijo. Tú te llevas una parte de mí. Lo que queda se lo das a Kurt. Lo que deja de ser entero se puede dividir fácilmente.

Ahora me tocaba a mí bajar el picaporte del abedul. Tereza sabía que esa puerta se cerraba entre nosotras, que no podría volver de visita al país.

Sé que nunca volveremos a vernos, dijo.

También a Kurt le había dicho: No te separes de Tereza. Una amistad no es una chaqueta que pueda heredar de ti, dijo él. Puedo ponérmela. Es posible que me siente bien por fuera, pero por dentro no abriga.

Se dijera lo que se dijera, siempre era definitivo. Con las palabras en la boca aplastamos tantas cosas como con los pies sobre la hierba, así era cualquier despedida.

Quien ama y abandona, éramos nosotros. Habíamos escrito la maldición de una canción en la punta:

*que Dios lo castigue  
que Dios lo castigue  
con el paso del escarabajo  
con el susurro del viento  
con el polvo de la tierra.*

Mi madre llegó a la ciudad con el primer tren. En el tren se tomó un tranquilizante y de la estación fue al peluquero. Era la primera vez en su vida que iba al peluquero. Quería cortarse la trenza antes de salir del país.

Por qué, la trenza forma parte de ti, dije.

Parte de mí sí, pero no de Alemania.

Y eso quién lo dice.

Te tratan mal si llegas a Alemania con trenza, dijo. A la abuela se la cortaré yo misma. El barbero ha muerto. Cualquiera peluquero de la ciudad perdería la paciencia con ella, no puede estarse quieta delante de un espejo. Siempre tengo que atarla a la silla.

Se me ha desbocado el corazón, dijo. El viejo que me ha cortado la trenza tenía la mano ligera. El joven que luego me ha lavado el pelo tenía la mano pesada. Me he estremecido cuando me ha acercado la tijera. Como si hubiera ido al médico.

Mi madre lleva la permanente. Pese al frío no se puso el pañuelo de cabeza, así podía exhibir sus rizos. Llevaba la trenza cortada en una bolsa de plástico.

Te la vas a llevar, pregunté.

Se encogió de hombros.

Fuimos de tienda en tienda. Mi madre compró el ajuar para Alemania: Una tabla para hacer pastas con rodillo, un molinillo de nueces, una vajilla, un juego de copas de vino y un servicio de platos de postre. Y una cubertería inoxidable. Ropa nueva para ella y para la abuela.

Como si fuera una novia, dijo mirando el reloj. Puedes enviar una caja de ciento veinte kilos a Alemania. El reloj muerto que llevaba en la muñeca tenía correa nueva. Qué hora es, preguntó.

No hizo falta cortarle la trenza a la abuela cantora. Cuando mi madre regresó de la ciudad la encontró tumbada en el suelo con un trozo de manzana en la boca. Había muerto antes de ver el ajuar de novia. El trozo de manzana estaba atascado entre los labios. No se había asfixiado por su causa. El trozo de manzana tenía la piel roja.

Al día siguiente, el policía no encontró en toda la casa ninguna manzana a la que le faltara un trozo.

Puede que primero se comiera la manzana y guardara el primer bocado para el final, dijo el relojero.

Hay que borrarla de los impresos, dijo el policía. Mi madre le dio dinero.

Tanto tiempo que ha estado en el mundo, dijo mi madre, bien podría haber esperado a que llegáramos a Alemania. Ahí también hay ataúdes. Pero no le caía bien, por eso ha cerrado los ojos ahora. Era lo que tramaba mientras me miraba con

ojos de turón. Ahora tendré que ocuparme de los enterradores y del cura. Hay que enterrarla aquí. Era lo que quería, que lo dejara todo atrás.

Había empezado el rigor mortis. La madre y el relojero cortaron la ropa de la muerta con las tijeras y tiraron de ella hacia abajo por la piel. La madre trajo una palangana de agua y un paño blanco. El relojero dijo: Los parientes no deben lavar a sus muertos. Tiene que hacerlo un desconocido, si no mueren todos. Le lavó a la abuela la cara, el cuello, las manos y los pies. Ayer pasó junto a mi ventana, dijo. Quién habría dicho que hoy la lavaría. No me da apuro que esté desnuda. El relojero cortó también la ropa nueva con la tijera. La madre cosió los vestidos al cuerpo de la muerta.

Quien se pone ropa limpia no puede ir sucio al cielo. Es la única forma, dijo el relojero, su cuerpo ya no coopera, no hay manera de doblarla. Y a mí me dijo: Podrías ayudarnos.

Saqué el hilo de la caja de coser y enhebré una aguja gruesa con el hilo doble. Dejé la aguja sobre una silla. No lo uses doble, es un hilo muy resistente, dijo mi madre. Aguantará hasta el cielo. Cosía puntadas grandes y hacía nudos gruesos en los extremos. Había dejado la tijera a un lado y arrancaba el hilo a mordiscos de la muerta.

La abuela tenía la boca abierta pese a llevar un pañuelo anudado a la barbilla. Reposa la bestia de tu corazón, le dije.

Mi madre vivía en Aquisgrán. Me envió a Berlín una carta con sus dolores de espalda. No estaba segura de ser ella quien escribía, por ello anotó en el sobre el nombre de la viuda en cuya casa vivía: Helene Schall.

La carta de mi madre decía: La señora Schall también fue refugiada. Después de la guerra se quedó sola con tres hijos y sin marido. Crió sola a sus hijos y aquí está. Como persona sola se puede vivir bastante bien de la pensión. Bueno, se lo merece.

La señora Schall dice que Landshut es más pequeño que Aquisgrán. Por qué, si ahí vive mucha gente de nuestro pueblo. La señora Schall me ha enseñado el mapa. Pero en él están colgados los nombres de las poblaciones como en los escaparates los vestidos que no te puedes permitir.

Cuando leo en la ciudad lo que pone en los autobuses se me ponen los pelos de punta. Leo los nombres de las calles en voz alta. Cuando pasa el autobús los olvido. Tengo la foto de nuestra casa guardada en la mesilla de noche para no tener que verla en todo el día. Pero por la noche, antes de apagar la luz, miro nuestra casa, y entonces me muerdo los labios y me alegro de que se haga oscuro en seguida.

Aquí las calles están bien, pero todo está tan lejos. No estoy acostumbrada al asfalto, me duelen los pies y la cabeza. Aquí en un solo día me canso tanto como en un año entero en casa.

No es nuestra casa, ahora viven otras personas en ella, le escribí a mi madre. El hogar está donde estás tú.

En el sobre escribí con letra grande: Señora Helene Schall. El nombre de mi madre lo escribí debajo entre paréntesis y con letra mucho más pequeña. Vi a mi madre caminar, comer, dormir y amarme con miedo entre los paréntesis. El suelo, la mesa, la silla y la cama pertenecían a la señora Schall.

Y mi madre me respondió: No puedes saber qué es el hogar. Ahí donde el relojero cuida de las tumbas, eso es el hogar, sin duda.

Edgar vivía en Colonia. Recibíamos las mismas cartas con las hachas cruzadas:

Estáis condenados a muerte, pronto os cogemos.

El matasellos era de Viena.

Edgar y yo nos llamábamos por teléfono. No teníamos suficiente dinero para viajar. La voz a través del teléfono tampoco era suficiente. No teníamos costumbre de revelar secretos por teléfono, la lengua nos quedaba paralizada de miedo.

Las amenazas de muerte también me llegaban por teléfono, por el auricular que debía apoyar contra la mejilla cuando hablaba con Edgar. Al hablar me acometía la sensación de que nos habíamos traído con nosotros al capitán Pjele.

Edgar seguía viviendo en el albergue. Un anciano en la flor de la vida, se mofaba, un profesor fracasado. Al igual que yo dos meses antes, Edgar debía demostrar que en Rumania lo habían despedido por motivos políticos.

Los testigos no bastan, dijo el funcionario. Sólo un papel sellado que lo verifique.

Y de dónde lo saco.

El funcionario se encogió de hombros y apoyó el bolígrafo verticalmente contra el jarrón. El bolígrafo se desplomó.

A causa del despido no cobrábamos el paro. Nos veíamos obligados a contar tres veces el dinero y no podíamos visitarnos tan a menudo como queríamos vernos.

Viajamos dos veces a Frankfurt para ver el lugar en el que había muerto Georg. La primera vez no hubo fotos para Kurt. La segunda vez fuimos lo bastante

duros como para pulsar el botón. Pero Kurt ya yacía en el cementerio.

Vimos la ventana por dentro y por fuera, el asfalto desde arriba y desde abajo. Por el largo pasillo del albergue caminaba un niño que respiraba ruidosamente. Andábamos de puntillas. Edgar me cogió la cámara y dijo: Volveremos, llorando no conseguiremos nada.

En el cementerio del bosque recorrimos el sendero principal. La quietud de la hiedra desgarraba el alma. Sobre una tumba se veía un cartel:

Esta sepultura se encuentra en un estado descuidado. Rogamos la arreglen en el plazo de un mes, ya que de lo contrario será objeto de aplanamiento. La administración del cementerio.

No derramé lágrimas junto a la tumba de Georg. Edgar metió la punta del zapato en el surco mojado que bordeaba la sepultura. Está ahí dentro, dijo. Cogió un puñado de tierra y lo lanzó al aire. Lo oímos caer. Luego cogió otro puñado de tierra y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. No lo oímos caer. Edgar se miró las palmas de las manos. Qué porquería. Sabía que no se refería tan sólo a la tierra. La tumba yacía allí como un saco. Y la ventana, pensé, no debe de ser más que la imagen de una ventana. La había tocado sin sentir nada en las manos, no había sentido al abrirla y cerrarla más de lo que sentía al abrir y cerrar los ojos. La verdadera ventana debía de estar ahí enterrada.

A las personas asesinadas se las llevan, pensé. No podía imaginar un ataúd, sólo una ventana.

No sabía cómo había ido a parar la palabra sobreinfinito al cementerio. Pero junto a aquella tumba supe lo que debía de haber significado siempre.

Jamás lo olvidé.

Podría haberle dicho a Tereza: Sobreinfinito es una ventana que no desaparece cuando alguien cae por ella. No quería escribirlo en una carta. Al capitán Pjele no le incumbía el significado de sobreinfinito. Era demasiado infame para asociar esa palabra consigo mismo. El capitán Pjele hacía cementerios incluso en lugares que jamás había pisado. Conocía muchas ventanas en muchos pasillos.

Cuando Edgar y yo salimos del cementerio, los árboles se mecían. El cielo se apretujaba contra sus ramas retorcidas. Fresias y tulipanes congelados se erguían sobre las tumbas como si de mesas se tratara. Edgar se limpió las suelas de los zapatos con un palito. Los troncos de los árboles deberían haber tenido picaportes. Ciega como estaba, como aquellos días en el bosque, no los veía.

Tras los dolores de espalda de mi madre ponía: Esta semana ha llegado de Rumania la caja con mis cosas. La tabla para hacer pastas y el rodillo han

desaparecido. El sábado por la tarde traje a casa dos palomas en los bolsillos. Para hacer una buena sopa, pensé. La señora Schall me dijo que estaba prohibido, que las palomas pertenecen a la ciudad. Me obligó a devolverlas. Le aseguré que no me había visto nadie. Las palomas podrían haberse marchado volando, dije. Si se dejan cazar es su problema, por mucho que pertenezcan a la ciudad. En el parque hay palomas de sobra.

Tuve que volver a guardarme las palomas en los bolsillos y salir de casa. Quería soltarlas a dos portales de casa. Si pertenecen a la ciudad, pensé, seguro que encuentran el camino de vuelta. No había nadie en la calle en aquel momento. Dejé las palomas en la hierba. Y te crees que salieron volando. Agité las manos, pero ni se movieron. De repente llegó un niño en bicicleta y preguntó qué pasaba. Pues dos palomas, dije, no quieren marcharse. Pues que se queden, dijo el niño, a usted qué le importa. Cuando el niño se marchó, llegó un hombre: Estas palomas son del parque, quién las ha traído, preguntó. Ese niño que va en bicicleta, dije. Pero qué se ha creído, gritó el hombre, ése es mi nieto. No lo sabía, dije. Y es verdad que no lo sabía. Me volví a guardar las palomas en los bolsillos del abrigo. Como el hombre me miraba con recelo, le dije: Todo el mundo se queda ahí parado y nadie hace nada. Voy a llevar las palomas de vuelta al parque.

A través del aduanero, Kurt envió un sobre muy grueso con una lista de muertos en intento de fuga, los poemas del alcaudón, fotografías de los bebedores de sangre y los presos. En una de las fotografías salía el capitán Pjele.

Tereza ha muerto, decía la carta. Cuando se tocaba la pierna con el dedo, le quedaba la carne abollada. Sus piernas se habían convertido en mangueras. El agua ya no desaparecía con pastillas, le llegaba al corazón. Las últimas semanas se sometió a radioterapia, le subía la fiebre y no paraba de vomitar.

No me separé de ella hasta que fue a visitarte. La envió el capitán Pjele. Yo no quería que fuera. Te corroe la envidia, me dijo.

Cuando volvió de Alemania empezó a rehuirme. Fue a informar del viaje. Sólo la vi otras dos veces. Le pedí que me devolviera todo lo que le habíamos dado para guardar. Me lo devolvió todo. Pero no me extrañaría que Pjele lo sacara cualquier día del cajón de su escritorio.

He solicitado el permiso de salida, nos veremos en primavera.

La muerte de Tereza me dolió como si tuviera dos cabezas que acabaran de entrechocar. En una de las cabezas anidaba el amor segado, en la otra, el odio. Quería que el amor volviera a crecer. El amor crecía en una maraña de hierba y paja, se convirtió en la más fría de las aseveraciones en mi frente. Era mi planta más necia.

Pero tres semanas antes de recibir el grueso sobre, Edgar y yo recibimos dos telegramas idénticos:

Kurt fue hallado muerto en su casa. Se había ahorcado con una sogá.

Quién había enviado los telegramas. Leí en voz alta como si me tocara cantar para el capitán Pjele. En esos cantos, la lengua me atravesaba la frente como si la punta estuviera atada a una batuta manejada por el capitán Pjele.

Edgar vino a visitarme. Colocamos los telegramas uno junto a otro. Edgar hizo oscilar la tortura de gallinas, la bola echó a volar, los picos se estrellaron contra la tabla. Contemplé las gallinas con toda tranquilidad. No me acometió la envidia ni la avaricia. Sólo el miedo. Un miedo tan grande que no me atrevía a arrebatárle el juego a Edgar.

No es casualidad que envíen el correo en sacos, dije. Los sacos del correo tardan más en llegar a su destino que los sacos de la vida. La gallina blanca, la roja, la negra, quería mirarlas de una en una. De una en una se hacía imposible por los picoteos. Pero no era imposible mirar de uno en uno los sacos con el cinturón, la ventana, la nuez, la sogá.

Tú con tu saco de pan suabo, dijo Edgar, si te oyen decir eso, te tomarán por loca.

Alineamos las fotografías de Kurt en el suelo. Nos sentamos ante ellas como aquel día en el jardín de boj. Tuve que volver los ojos al techo del cuarto para comprobar que el blanco de allá arriba no era el cielo en realidad.

En la última fotografía, el capitán Pjele caminaba por la plaza Trajans. Llevaba un paquetito envuelto en papel blanco. De la otra mano llevaba a un niño.

En el dorso de la fotografía, Kurt había escrito:

El abuelo compra pastel.

Deseé que el capitán Pjele llevara un saco con todos sus muertos. Que su pelo cortado oliera a cementerio recién segado cuando fuera al barbero. Que sus delitos apestaran cuando después del trabajo se sentara a la mesa con su nieto. Que a ese niño le repugnarán los dedos que le daban el pastel.

Percibí que estaba abriendo y cerrando la boca:

Kurt dijo una vez que esos niños ya son cómplices. Cuando les dan el beso de buenas noches, perciben que sus padres beben sangre en el matadero y quieren ir allí.

Edgar movía la cabeza como si estuviera hablando conmigo. Pero no decía nada.

Estábamos sentados en el suelo, mirando las fotos. Cogí la foto del abuelo. Miré al niño de cerca. Luego el paquetito blanco del abuelo.

Nosotros aún decimos mi barbero y mi tijera de la manicura, mientras que otros jamás volverán a perder un botón.

Se me habían dormido las piernas de estar sentada.

Cuando callamos, nos tornamos desagradables, dijo Edgar. Cuando hablamos, nos tornamos ridículos.

## Glosario

**a fene** (húngaro) Diablos.

**édes drága istenem** (húngaro) Dulce Dios misericordioso.

**gazember** (húngaro) Pelagatos.

**ide-oda** (húngaro) Tontería.

**kanod** (húngaro) Semental.

**kicsit** (húngaro) Poquito.

**kurva** (húngaro) Puta.

**mojics** (rumano) Brutos, también nombre que reciben los soldados del Ejército Rojo.

**nem stép** (húngaro) Feo.

**nincs lóvé, nincs muzsika** (húngaro) Sin dinero no hay música.

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> En la página 193 hay un glosario de expresiones y términos húngaros y rumanos, que en la novela aparecerán destacados en *cursiva* la primera vez.

<sup>2</sup> (rumano) Brutos, también nombre que reciben los soldados del Ejército Rojo.

<sup>3</sup> (húngaro) Diablos.

<sup>4</sup> (húngaro) Puta.

<sup>5</sup> (húngaro) Tontería.

<sup>6</sup> (húngaro) Pelagatos.

<sup>7</sup> (húngaro) Dulce Dios misericordioso.

<sup>8</sup> (húngaro) Feo.

<sup>9</sup>*Neuntöter* [nueve veces asesino] es el vocablo alemán equivalente a «alcaudón». (*N. de la T.*)

<sup>10</sup> Juego de palabras: la palabra alemana *Futter* [pienso] en rumano viene a significar «follar». (*N. de la T.*)

<sup>11</sup> (húngaro) Semental.

<sup>12</sup> (húngaro) Poquito.

<sup>13</sup> (húngaro) Sin dinero no hay música.